

JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS

El Aferez Real

ADAPTACIÓN DE JULIO CÉSAR LONDOÑO



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA
Y TURISMO

Construyendo hoy
la Cali del mañana

ALCALDÍA DE CALI

JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS

El Aférez Real

ADAPTACIÓN DE JULIO CÉSAR LONDOÑO



El alférez real

© José Eustaquio Palacios

Adaptación de Julio César Londoño

Diseño: El Bando Creativo

Primera edición, diciembre de 2014

Impreso en Santiago de Cali, Colombia

Presentación

La tradición de publicar versiones infantiles o juveniles de los clásicos data del siglo XVIII. Gracias a ellas muchas generaciones de jóvenes han conocido *La divina comedia*, *Don Quijote*, *El viejo y el mar*, *Los viajes de Gulliver*, *La isla del tesoro* o *Platero y yo*, entre muchas otras obras literarias.

Por el Camino de Swann, circula en formato cómic, lo mismo que *Moby Dick*, *Gargantúa y Pantagruel*, *el Cid Campeador*, *Los miserables*, etc.

Michín, el gato bandido, *La pobre viejecita*, *El renacuajo paseador* y *Simón el bobito* son versiones libres de Rafael Pombo de viejas y anónimas tonadas infantiles estadounidenses. No hace mucho que Dylan Thomas reescribió *La playa de Falesá*, de Robert Louis Stevenson, y Alessandro Baricco publicó con mucho éxito su versión de la *Ilíada*, en 2004, y la leyó para la Radio Italiana.

De manera que intentar ahora adaptaciones de *María* y *El alférez real* es un ejercicio válido, una estrategia perfectamente lícita de popularización de estos libros fundacionales de la vallecaucanidad.

Como todas las adaptaciones, estas que ahora presentan la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo, buscan la formación de nuevos públicos, seducir a otros lectores, que el libro circule con fluidez, que se reviva su lectura en las casas y en las bibliotecas; que libros escritos para los adultos de hace muchos años, puedan ser leídos con los ojos (y la impaciencia) de los jóvenes de hoy.

Podemos decir que la adaptación es a las letras lo que el ensayo de divulgación es a la ciencia. Ambos buscan poner los textos en un lenguaje más asequible para lectores no especializados.

No se trata, hay que dejarlo en claro, de hacer resúmenes, parodias ni modernizaciones de nuestros dos clásicos, sino de reescribirlos como ejercicios de actualización literaria. Para lograrlo se deben obviar repeticiones innecesarias de ciertos pasajes, cambiar algunas palabras, en especial los arcaísmos que no tengan un peso específico en la atmósfera ni en el estilo de los libros, y modificar un poco la estructura espacio-temporal de los relatos para lograr versiones más rápidas y de lenguaje más llano.

Todo esto debe hacerse conservando, en lo posible, el estilo, el melodrama e incluso algunas de las ingenuidades narrativas de los originales, para acuñar versiones que logren:

Revivir dos obras emblemáticas de la vallecaucanidad.

Inducir a los jóvenes a la lectura en general y a la lectura de estos dos clásicos en particular.

Hacer un ejercicio intercultural entre épocas a partir de nuevas lecturas de estas viejas y queridas obras.

Es por estas razones que la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo coordinan y patrocinan las adaptaciones de *María* y *El alférez real*, un proyecto que encaja perfectamente con el eje de equidad de nuestro Plan de Desarrollo, que fortalece la identidad de los habitantes de Cali y del Valle del Cauca, y se inscribe dentro del Plan Nacional de Lectura y Escritura *Leer es mi Cuento*.

Rodrigo Guerrero Velasco

Alcalde de Santiago de Cali

Diciembre de 2014

La adaptación de *El alférez real*

Emprender el reto de reescribir una obra pilar de la cultura vallecaucana y un clásico de la literatura colombiana como *El alférez real*, supone en principio despojarse del papel de lector raso y asumirse como una suerte de «alter Eustaquio Palacios» parado en pleno siglo XXI, para contar la historia de Inés y Daniel y describir al paso de la emoción del primer amor, los paisajes edénicos que permeaban a sus personajes y a la sociedad vallecaucana en su más minucioso andamiaje de costumbres, organización, cultura y tradiciones.

Siempre se ha dicho que el escritor se fragmenta en múltiples espejos que reflejan la anatomía de su haber, su psiquis, sus frustraciones y sus demonios. *El alférez real* no es una excepción, basta con echar un vistazo a la biografía de Eustaquio Palacios y pescar en cada personaje un aspecto del autor, una suerte de “proyección”, como la definió Freud en 1895, cuando ya se hojeaba la primera edición de *El alférez*.

Eustaquio Palacios Pasó la mayor parte de su vida en Cali, aprendió latín en el convento de San Francisco, hizo estudios de Derecho y Ciencias políticas, fue concejal y alcalde de Cali y rector del colegio de Santa Librada. Esta diversidad de actividades puede explicar la complejidad de un personaje como el padre Escovar, escolástico y humanista que mezcla su compasión por los esclavos con versos latinos y rutinas monásticas

Nunca se podría igualar el pulso de Eustaquio Palacios, pero aterrizar su obra emblemática en estos días de "cyber-lecturas", conquistas virtuales y jóvenes lectores de sagas de otros mundos, exige hacer un cambio en el lente del catalejo para volver la mirada a una obra fundacional que además de su valor histórico y cultural, nos invita a reconocernos como sociedad pluricultural y diversa en constante construcción y evolución.

La historia del romance de Inés y Daniel está inscrita en un tópico de la tragedia griega, la *anagnórisis* o reconocimiento. En este caso particular, significa que la pareja enamorada debe superar muchas trabas para ser aceptada, sortear impedimentos legales y sociales, reales o ficticios, hasta que de golpe, los nudos de la trama se desatan en la curva dramática de mayor tensión por un hecho milagroso que conlleva el reconocimiento de la legalidad de esa relación. En la reescritura, se le dio mayor protagonismo a la emotividad de los enamorados, causada por la sorpresa de noticias que cambiaron radicalmente su sino.

Ahí el principal objetivo de esta nueva versión, promover la lectura espontánea y placentera de un clásico que ha recorrido decenios en los programas de educación escolar, y que por su extensa información de archivos parroquiales y su densa descripción social, topográfica y política, aleja la atención del joven lector de la trama narrativa.

No sorprende entonces el saldo de lectores que han cumplido con una tarea cuyo fin ha sido obtener un “aprobado” en Castellano y Literatura, en lugar de ser lectores críticos y sensibles de una historia que les pertenece como legado de la genética social, y cultural y hasta cinética –pienso en el caminado de sus gentes, en esas cadencias de las caleñas, por ejemplo, que bien pueden venir de los ritmos de sus ancestros africanos.

Durante el proceso de reescritura, se trazó un replanteamiento del terreno narrativo, ya que Palacios en su afán de describir minuciosamente la sociedad de la época, echa mano a los extensos registros y actas parroquiales, hace un trasvase de información de las actas del Ayuntamiento, incluyendo listas de funcionarios públicos, sus títulos y cargos.¹ Este tipo de información fue resumida, dejando solo datos específicos que se ligan directamente con el hilo de la trama.

Lo mismo con la recreación de los trajes, topografías, escenas, y algunos diálogos cuya información ya había sido narrada o no representaban un aporte determinante en las acciones.

Los diálogos conservaron la intención de cada mensaje, solo que se les hizo más dinámicos y naturales, despojándolos de exceso de formalismo rígido para darle mayor verosimilitud y calidez.

A pesar de que hacía ya 36 años que José Hilario López había promulgado el decreto de la abolición de la esclavitud en Colombia cuando se publicó la novela (1886), esta práctica infame siguió empleándose durante mucho tiempo, como puede verse en *María* y en *El alférez real*, si bien hay que reconocer que en esta última se insinúan las tensiones que esa forma de explota-

1 *El alférez real* (2011) de Editorial Panamericana (p. 72, 213, 220). Esta edición es copia fiel e íntegra de la que hizo Eustaquio Palacios en su propia imprenta en Cali en 1886.

ción generaba entre “amos” y “esclavos”, mientras que en *María* todo parece desarrollarse en una arcadia donde “los esclavos son felices hasta donde es posible serlo en su estado”, como dice Isaacs en la única frase del libro que alude al problema.

El alférez real fue publicado en los días en que la Estatua de la Libertad levantaba por primera vez su antorcha en la isla de Manhattan, al ritmo de los primeros golpes del jazz, se develaba *El pensador* de Rodin, y unos cuantos hojeaban la primera edición de *La muerte de Iván Ilich* de Tolstoi. En Colombia, se cumplían 34 años de la ley de la abolición de la esclavitud, Rafael Núñez promulgaba una nueva constitución y José Eustaquio Palacios veía abrirse por primera vez, en Cali, el libro que nos ayudaría a comprender los últimos años de la Colonia y a la sociedad inmediatamente anterior a la Independencia. Hoy, en los días en que celebramos la diversidad racial y cultural, la pluralidad de pensamiento y religión, la igualdad de derechos de género, buscando incesantemente una sociedad incluyente e igualitaria, presento esta versión de *El alférez real* con la esperanza de alcanzar lectores más críticos y sensibles y fomentar así el empoderamiento de la historia de nuestros orígenes y de la identidad que nos habita.

Julio César Londoño

Capítulo I

De Cali a Cañasgordas

El sol de las cinco y media caía sobre las espaldas de los tres jinetes que salían por el sur de Cali en dirección a la Hacienda Cañasgordas. Corrían los primeros días de marzo de 1789. La tarde estaba magnífica, el sol se ocultaba ya detrás de los Farallones, y sus últimos fulgores apuntaban sobre las cumbres de las montañas.

Encabezaba la caravana un hombre joven, de ojos negros rasgados y cuerpo delgado pero fuerte, propio de sus veintidós años. Montaba un potro rucio que andaba con la suavidad con que trotan las bestias cuando van a su dehesa. El joven también iba muy tranquilo. Ignoraba los tremendos acontecimientos que lo esperaban en un futuro cercano.

El jinete que lo seguía era un sacerdote del convento de San Francisco. Andaba el padre en los cuarenta años. Llevaba el hábito de su orden, una tela rústica de lana gris llamada sayal, una ruana pastusa de anchas listas moradas y azules, y un sombrero de paja con cordón. En la cabeza de la silla y envuelto en un pañuelo fino, cargaba el breviario. Iba sobre una mula retinta de paso manso.

El último de los tres jinetes era un joven moreno como de veinticuatro años, más negro que blanco, con facciones más de blanco que de negro, que dejaba ver su gallardía en el brillo de sus ojos pardos.

Cabalgaba un esbelto trotón castaño; en el arzón de la silla colgaba la sogá enrollada y en la cintura un machete envainado en cuero.

Las afueras de la ciudad era una romería animada, jornaleros que volvían del surco con el azadón al hombro, bestias cargadas de plátanos o leña, mujeres con atados de leña en la cabeza, viajeros que llegaban de los pueblos del sur, arrieros con sus recuas cargadas de papas o anís; los criados de la hacienda de Isabel Pérez apartaban las vacas de los terneros; el mugido de las vacas, el berrido de los terneros, los gritos de los criados y los cantos de los arrieros acompañaban la caída de la noche sobre las casas del campo.

Al llegar a la quebrada de Cañaveralejo se detuvieron los tres jinetes, aflojaron las riendas a sus cabalgaduras para dejarlas beber y entraron en el extenso llano de Meléndez. Todo el llano estaba sombreado de árboles y la luz era un dorado satín que se colaba por el Oriente.

—Y bien, Daniel, ¿sigues contento en la hacienda? —le preguntó el padre a uno de los jóvenes.

—Mucho, señor —contestó el joven.

—¿Te tratan bien todos?

—Sí señor.

—Lo mereces. El hombre honrado que cumple sus deberes, lo merece todo. ¿Cuáles son tus ocupaciones en la hacienda?

—Por lo común, trabajo con don Manuel en el despacho de su habitación, escribo algunas cartas, contesto otras, hago apuntes de cosas relativas a la hacienda y saco cuentas. Cuando él no me necesita, sirvo de auxiliar al mayordomo.

—¿Y dejaste el estudio?

—No señor, al estudio le dedico la noche y los domingos.

—¿Qué libros tienes?

—Solo los que usted me dio en el convento.

—¿Y cuáles son esos?

—Los clásicos latinos, la *Filosofía del Lugdunense*, el *Tratado de Matemáticas* de Wolfio y la *Historia de España* del padre Mariana, que estoy leyendo ahora.

—Cuando hayas leído al padre Mariana, avísame para darte otros libros de Historia. Pero continúa ejercitándote en la Aritmética. Tal vez algún día puedas vivir de los números.

—¡Y cómo!

—Trabajando en el comercio, por ejemplo.

—En el comercio ¿yo? ¿Con qué recursos?

—Qué sabemos... Manéjate bien, sé dócil, humilde y laborioso. El trabajo obra prodigios. ¿No has oído decir que *Labor omnia vincit improbus*?

—Sí señor. Está en *Las Geórgicas*.

—¿Y qué significa?

—“El trabajo lo vence todo”.

—Bien, Daniel —dijo el padre orgulloso de su discípulo—, veo que no has perdido el tiempo. Ya buscaremos por ahí algún

amigo que te dé la mano para que trabajes independiente. Pero todavía no es tiempo, eres muy joven ¿qué edad tienes?

—Veintidós.

—¿Y doña Mariana es tu madre?

—No señor, pero ella me ha criado y casi le debo la vida. Yo no conocí a mi madre, murió al darme a luz.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Tampoco lo sé, porque la señora Mariana dice que no la conoció.

—¿Y tu padre?

—No sé quién fue mi padre, ni si está vivo o muerto.

—¡Pobre Daniel! No te va a faltar la protección del cielo. Sé noble ante los designios de la Providencia, la humildad es la virtud que acerca a Dios. El Profeta dice que “es bueno para el hombre el haber soportado el yugo desde la niñez”.

—¡Cuánta falta me ha hecho usted para seguir estudiando!

—No importa, sabes bastante para tu edad. Continúa leyendo y después de leer reflexiona mucho sobre lo que hayas leído. Cuando venga a la hacienda resolveré las dudas que tengas.

Habían pasado ya el llano de Meléndez y llegaban al río del mismo nombre.

El joven moreno, que no había perdido una sílaba de la conversación, se acercó a Daniel y le dijo en voz baja:

—Niño Daniel, ¡cómo lo quiere a usted el padre! Es un santo y un sabio, todos dicen eso. Para nosotros, los esclavos, es nuestro mayor consuelo, siempre nos defiende.

Al entrar en el gran llano de la hacienda de Cañasgordas se oyó por el lado de abajo, la melancólica tonada de un instrumen-

to rústico, hecho de carrizos. Luego apareció el intérprete: era un negro que iba camino a la casa de la hacienda.

—Es una castrera, Daniel —dijo el padre—. Está hecha de cañas de distinta longitud. Las pegan con cera.

En esto llegaron a la puerta de la hacienda.

Fermín se adelantó a abrirla, y entraron todos en el gran patio que precedía a la casa.

Desde la puerta principal hasta la casa, a un lado y a otro del patio, estaban alineadas las habitaciones de los esclavos, hechas de guadua con techos pajizos. En todas ellas se colaba por entre las tablas de las paredes el fuego del hogar en el que esposas y madres preparaban la cena de sus maridos y de sus hijos.

Atravesaron el patio en medio de los latidos de los perros y el graznido de los gansos.

Llegados al gran corredor del frente, echaron pie a tierra.

Al llegar el padre a la puerta de la sala, se detuvo diciendo:

—*Deo gratiae*.

—A Dios sean dadas —respondieron don Manuel y su esposa.

—Siéntese compadre —dijo don Manuel—, llega un poco tarde.

—Es verdad, salí a las cinco y media, confiado en que el camino está bueno y hay luna.

El padre fue recibido con alegría por los dueños de la casa en la sala principal, donde lo esperaban don Manuel de Caicedo y Tenorio, su esposa, doña Francisca Cuero, sus hijas, Gertrudis, Josefa y Rosa, y la joven Inés de Lara, que no era de la familia.

Entre tanto, Daniel y Fermín llevaban los caballos a otro corredor para desensillarlos.

Poco después entró Daniel y llevó la ruana y el sombrero del padre al cuarto que le tenían reservado.

El sacerdote, padre fray José Joaquín Escovar era un hombre muy respetable y respetado, de gran talento, de una familia noble de la ciudad y que, siendo abogado de la Real Audiencia de Santafé, se despidió del mundo a los treinta y dos años y tomó los hábitos franciscanos.

Este fervor religioso no era raro entonces entre los hombres de alta posición en el mundo; hacía solo cinco años que otro abogado de la Real Audiencia, el doctor Pedro de Herrera, perteneciente a una de las principales familias, había tomado también los hábitos en el mismo convento.

Continuaron hablando sobre diferentes asuntos hasta las ocho, cuando entró una criada y tendió sobre la mesa de la sala un mantel de lino blanco, sirvió los cubiertos y trajo la cena: una sopa humeante, carne, pan de trigo y pan de maíz, queso, chocolate y dulce.

La riqueza de los anfitriones de la casa se dejaba ver en cada detalle; la vajilla toda era de plata: platos, platillos, fuentes, tachuelas, tazas para el chocolate, cucharas, tenedores y jarros.

En cada extremo de la mesa había un candelero de plata con vela de sebo, y a poca distancia de la mesa, una criada atendía el servicio.

Antes de que se sentaran a la mesa, la criada llamó al mayordomo, que era un español alto y grueso, de buena presencia, como de cincuenta años, llamado don Juan Zamora, y a Daniel, que estaba en el corredor conversando con él.

Don Manuel y el padre ocuparon las cabeceras de la mesa, doña Francisca se sentó a la derecha de su marido y la joven Inés, a la izquierda; el padre tenía a don Juan a su derecha y a

Daniel a su izquierda. Las señoritas se sentaron a los lados de la mesa, e Inés quedó frente a Daniel.

Mientras cenaban, el padre, don Manuel y su mujer no dejaban de hablar; los demás comían en silencio.

Daniel levantaba de vez en cuando la mirada y se encontraba tímidamente con los ojos de Inés, no podía evitar el sobresalto y una extraña agitación se apoderaba de él. Pero a veces Inés también recorría con una mirada a todos los comensales, y al fijarlos en Daniel, sin intención especial, él era incapaz de sostener la mirada de sus ojazos.

Terminada la cena, la criada rezó un Padrenuestro de gratitud por los alimentos, aunque ella no había probado bocado aún.

Daniel llevó al padre a su cuarto, dejó un candelabro sobre la mesa de noche y se retiró. En cuanto estuvo solo, el padre abrió su Breviario y rezó sus maitines.

Don Manuel se dirigió a su habitación con don Juan y estuvo largo rato hablando con él acerca de los trabajos de la hacienda, pidiendo informes y dando órdenes.

Las señoras se retiraron a una de las recámaras y allí rogaron a Inés que continuara la lectura de la obra *El símbolo de la fe* de fray Luis de Granada.

Sentados en las puertas de sus cabañas, algunos negros conversaban y fumaban tabaco en pipas de barro; otros tocaban flauta de caña o de carrizo en los corredores de sus cabañas o en el gran edificio del trapiche.

Una hora después, la hacienda estaba sumida en silencio, rompían el denso azul algunos alientos de luz que salían de la ventana de la habitación del padre y de algunas cabañas de los negros, donde nunca se apagaba la lumbre de la leña.

Capítulo II

La hacienda de Cañasgordas

Cañasgordas era la hacienda más grande, rica y productiva de todo el valle, a la vera izquierda del río Cauca. Iba desde la ceja de la cordillera Occidental de los Andes y el río Cauca, hasta la quebrada de Lili y el río Jamundí.

Los paisajes son de lo más bello y pintoresco que pueda imaginarse. Desde el pie de la empinada cordillera, que tiene allí el nombre de “los Farallones”, se desprende una colina que va descendiendo tan suavemente hacia el río Cauca que no se observa en ella un solo relieve ni un escollo; tampoco se ve árbol alguno, ni arbustos, ni maleza, porque es limpia en toda su extensión y está cubierta de grama menuda. Podría erigirse allí la capital de una gran nación, y gozaría de una perspectiva tan poética y de horizontes tan vastos, como no los tiene ciudad alguna.

Descendiendo por la colina, se ven a la derecha vastas praderas bañadas por las aguas del Pance; a la izquierda, graciosas colinas cubiertas de pasto, por entre las cuales murmura el Lili, casi oculto a la sombra de los carboneros; y allá abajo, en donde desaparece la gran colina, se extiende una dilatada llanura cubierta de verdores que van a terminar en las selvas del Cauca, espesos bosquillos dejados allí a propósito para que a su sombra se recojan a sestear los ganados en las horas calurosas del día.

Por todas partes corren arroyos de agua clarísima que se bifurcan ruidosamente por el sensible desnivel del terreno.

La riqueza de la hacienda consistía en vacadas tan numerosas que ni el dueño mismo sabía el número de reses que pacían en sus prados. Allí había ganado bravío, que nunca entraba en los corrales de la hacienda, ni toleraba que se le acercara criatura humana.

Los toros, sultanes soberbios de esos serrallos al aire libre, grandes, de gruesa cerviz, de cuernos encorvados y de ojos de fuego, se lanzaban feroces contra la persona que se les ponía a su alcance, lo que provocaba frecuentes desgracias.

Además de las vacadas, había hatos de yeguas de raza. Extensas plantaciones de caña dulce, un ingenio para fabricar el azúcar, y grandes cacaotales y platanares en un sitio del terreno bajo llamado Morga.

En las selvas del Cauca era abundante la caza de aves y de cuadrúpedos que terminaban bien condimentados en la mesa de los amos; y con más frecuencia, aunque sin condimento, en la humilde cocina de los esclavos.

Los esclavos, más de doscientos, estaban divididos por familias, y cada familia tenía su casa por separado. Los varones iban vestidos de calzones anchos y cortos de lienzo, camisa corta de lana basta y sin cuello, conocida como capisayo; pero era normal verlos con su fuerte torso al aire y eso sí, siempre con sus sombreros de junco. Las mujeres se envolvían de la cintura abajo un pedazo de bayeta de Pasto, y se terciaban del hombro abajo otra tira de la misma tela, asegurados en la cintura; cubrían la cabeza con monteras de paño de diferentes colores.

La mayor parte de los esclavos había nacido en la hacienda; pero algunos eran originarios de África, que una vez en Carta-

gena fueron vendidos a los dueños de minas y haciendas. Estos esclavos hablaban poco o nada la lengua castellana, razón por la cual los blancos los llamaban despectivamente “bozales”.

Los negros estaban bajo las órdenes de un capitán llamado tío Luciano. Los lunes recibían su ración de carne, plátanos y sal según el número de integrantes de cada familia.

Estaban obligados a trabajar toda la semana en las plantaciones de caña; en el trapiche moliendo la caña, cociendo la miel y haciendo el azúcar; en los cacaotales y platanares; en sacar madera y guadua de los bosques, hacer cercas, reparar edificios, montar rodeos, herrar terneros y curar animales enfermos.

El día sábado podían trabajar en su provecho. Algunos se iban a cazar guaguas o guatines en el río Lili o en los bosques de Morga, o iban a pescar en el Jamundí o en el Cauca; los que abrigaban la esperanza de comprar su libertad, dedicaban ese día a atender sus sembrados de plátano y maíz, criaban marranos y aves de corral, para luego dar a su amo el precio en que él los estimaba. Cuando un marido alcanzaba así su libertad, se sometía a jornadas más duras para librar a sus hijos y a su mujer.

A la falda oriental de la gran colina que hemos descrito, estaba la casa de la hacienda, que hasta ahora existe, con todos los edificios adyacentes, casi a la orilla de la quebrada de Lili. Esa casa consta de un largo cañón de dos pisos, con un edificio adicional en cada uno de los extremos, los cuales forman con el tramo principal la figura de una Z al revés. A continuación de uno de estos edificios estaba la capilla, y detrás de esta, el cementerio.

La fachada principal de la casa da vista al oriente, y tenía en aquella época un gran patio al frente, limitado por las cabañas de los esclavos, colocadas en línea como formando plaza, y por

un extenso y bien construido trapiche, en donde estaba el molino, movido por agua, y se fabricaba el azúcar.

La casa grande solo tenía, en el piso bajo, una puerta en la mitad del corredor del frente, la cual daba entrada a la sala principal y al patio interior; a los lados de la sala había recámaras. En el piso alto había otra sala, recámaras y cuartos.

Los muebles de la sala eran grandes canapés forrados en vacueta, con patas torneadas como patas de león y con una bola en cada garra, sillas de brazos con las armas de la familia con sus colores heráldicos, oro, azul y grana, y una gran mesa de guanabanillo, fuerte y sólida, que servía de comedor, una función que no tenía espacio propio en las salas de la época.

En las recámaras estaban las camas de las señoras, labradas en maderas finas; sillas de brazos, poltronas forradas en terciopelo o en damasco; y tarimas con tapetes, arrimadas a las ventanas, llamadas estrados, en donde se sentaban las señoras a coser o bordar.

En todas las piezas había cuadros de santos al óleo, con sus marcos dorados y con relieves, trabajados en Quito o España.

La hacienda de Cañasgordas pertenecía a don Manuel de Caicedo y Tenorio, coronel de milicias disciplinadas, alférez real y regidor perpetuo de Santiago de Cali. La ciudad tenía esos títulos por cédula real, y el mismo origen tenían los de don Manuel de Caicedo.

Probablemente se le dio el nombre de Cañasgordas por los extensos y robustos guaduales que por allí se encuentran, principalmente a orillas del río Jamundí (los conquistadores llamaban “caña” a la guadua).

Capítulo III

Doña Inés de Lara

Aquella noche todos lucían finos trajes. Don Manuel llevaba sobre el calzón corto de paño con hebilla de oro, un chaleco de terciopelo. Camisa de lino con gorguera alechugada, a la que daban el nombre de arandela o gola. Medias de seda y zapatos negros de piel; encima, una especie de bata de lana de colores, con mangas y que le caía hasta los tobillos. Este manto se llamaba talar, y solían usarlo solo los caballeros en ocasiones casi litúrgicas para distinguirse de quienes no lo eran.

Su esposa vestía camisa blanca de lienzo de lino con tirillas bordadas, de mangas largas hasta el codo y anchas arandelas bien plegadas alrededor de las tiras y en el extremo de las mangas; falda larga hasta los tobillos de bayeta azul de Castilla, medias, zapatos negros, zarcillos pequeños, que eran los de moda, y rosario con cuentas y cruz de oro. Sus hijas vestían igual pero llevaban, además del rosario, gargantillas de corales y oro.

Don Manuel tenía un poco más de sesenta años, y su cabello negro ya se iluminaba con mechones plateados. Era de regular estatura, bien formado, ojos negros, frente espaciosa, mejillas llenas y sonrosadas; no usaba bigote ni pera, solamente patillas, que le caían muy bien. Su carácter era de verdadero hidalgo cas-

tellano, aunque podía pasar de generoso a iracundo en un parpadear.

Vivía muy orgulloso de su linaje de alcurnia, le gustaba repetir la larga serie de nobles ascendientes, quienes habían traspasado el honroso cargo de alférez real de padres a hijos, título conferido directamente por los reyes de España.

Este cargo, unido a la gloria de su origen, a su ilustración y a sus riquezas, le conferían una autoridad casi ilimitada. Era de hecho y de derecho, el personaje más importante de la ciudad.

Defendía celosamente los privilegios de su familia, y solo de tarde en tarde bajaba el puente levadizo que lo separaba de la plebe.

Sin embargo, el campesino que recurría a él podía estar seguro de que no perdía inútilmente la vergüenza, porque siempre conseguía sus favores.

Doña Francisca conservaba, a sus cuarenta y tantos, su primitiva belleza. Era una mujer dulce y caritativa. Sus hijas podían presumir de las virtudes heredadas de la madre: eran unas jóvenes de carácter afable y habían sido educadas con el esmero que su posición demandaba: sabían leer y escribir, hilar, coser y bordar, hacer encaje en almohadilla y tocar el clavicordio (algo semejante al piano moderno). También estaban instruidas en el oficio de la administración de una casa y el gobierno de la familia.

Siempre habrá una manzana más roja y brillante en el edén. Inés de Lara, una jovencita de diecisiete años, era la imagen misma de la pureza, con su rostro blanco finamente ovalado, una nariz pequeña bien trazada, ojos grandes y rasgados capaces de petrificar al que osara detenerse mucho tiempo en ellos: eran violetas y estaban enmarcados por unas cejas negras hechas a pincel. Sus labios eran rosados, ligeramente gruesos y muy bien

delineados. La perfección de su rostro la sellaba un hoyuelo apenas perceptible en medio de la fina barbilla, donde solo cabría, si mucho, un beso.

Inés era huérfana, su padre, don Sebastián de Lara, un comerciante y noble caballero santafereño, había venido a Cali veinte años antes, con su esposa, doña María Portocarrero.

Inés era caleña. Su madre murió cuando ella tenía siete años, y su padre se consagró a una soltería rígida y a los cuidados de la niña.

Ocho años más tarde, una dolencia grave atacó a don Sebastián. Preocupado, buscó a su mejor amigo, Manuel de Caicedo, que era, además, padrino de Inés. Ellos se habían conocido desde jóvenes en Santafé.

—Compadre —le dijo Sebastián a Manuel—, sé que mi enfermedad no tiene remedio. No me importaría morir si no fuera por Inés. Le ruego que se haga cargo de ella y la trate como si fuera su hija. Dígame, por favor, si puede hacerme este enorme favor.

—No se angustie mi amigo, usted está en las buenas manos del padre Mariano Camacho, y no tardará en recobrar la salud. Pero si por desgracia sucediera lo que teme, sepa que cuenta conmigo. Inés tendrá un hogar, un padre y una vida honorable. Le juro que amor y atenciones no le faltarán.

—Su palabra tiene para mí más valor que una escritura —dijo don Sebastián—. Ahora, le ruego que escuche mi última voluntad: hoy haré el testamento y lo nombraré tutor de Inés. En mis baúles hallará quince mil patacones, además del valor de las mercancías existentes, este es el caudal de Inés que usted manejará. Trate de casarla con un hombre de abolengo, que sea

digno de ella y que ella lo apruebe. No quiero que me recuerde como un tirano.

Pocos días después murió Sebastián, Manuel le hizo un entierro suntuoso, se llevó a Inés a su casa y la confió con grandes recomendaciones a su mujer y a sus hijas; recogió los bienes pertenecientes a la huérfana, vendió las mercaderías y puso el dinero a interés.

Los ojos de Inés tuvieron por años un velo de insondable tristeza, como niebla sobre un pueblo triste. Por fortuna, fue recibida en la familia del alférez como una hija más, y la siguió acompañando su criandera, Andrea, una mulata robusta y bien formada que tenía la misma edad de Inés, había crecido con ella, siendo su compañera de juegos en la infancia, y de tristezas y oficios en la adolescencia de orfandad.

El dolor que esta niña había sufrido con la pérdida de sus padres a tan temprana edad, marcó su carácter; no le gustaban los juegos ni las diversiones, reía muy poco y solía buscar rincones donde pudiera estar a solas, tal vez para llorar a sus padres y repararlos, como en un dibujo, para retenerlos, para que no desaparecieran como ondas en el agua.

Diariamente cosía o bordaba y a menudo las flores de la tela templada en el tambor eran regadas por sus lágrimas. Tenía muchos pretendientes, por supuesto, y su padrino recibía con frecuencia propuestas de matrimonio. Pero cuando don Manuel las consultaba con ella, siempre recibía una respuesta negativa. Su corazón no estaba para amores.

Capítulo IV

Daniel

Entre las rústicas cabañas de los esclavos de la hacienda, la mejor era la de Fermín, que vivía con Martina, su madre.

Era como las demás, de paredes de guadua y barro con techo pajizo, pero se diferenciaba por el esmero del repello, en la lisura del barro. El interior tenía una salita y una habitación; en la sala había dos anchas bancas de guadua, que servían de asientos. En una de estas dormía Fermín. También había una vieja silla de brazos y una mesa pequeña, de las que desechaban en la casa grande.

En la habitación estaba la cama de la negra Martina, un baúl para la ropa y un cuadro de la Virgen de los Dolores.

En el suelo, en un rincón de la sala, se veía una silla de montar, de cabeza enorme, estribos de palo y, atada a la cabeza, una soga de enlazar, porque Fermín era el principal vaquero de la hacienda.

La negra Martina gozaba en la casa de ciertos privilegios, porque había sido la criandera de los niños.

Martina no se confundía con los demás esclavos; se sabía que su único hijo tenía padre blanco. Martina atendía oficios espe-

ciales “adentro” (así llamaban a la casa grande), en el servicio de despensa y cocina.

La relación con las señoras y con la gente blanca de Cali le había dejado cierta finura en el trato y los modales; jamás había querido casarse.

De entre todos los esclavos, ella y Andrea eran las únicas que trataban de cerca a Inés. Estas dos criadas siempre iban mejor vestidas que todas las demás, porque Inés disfrutaba verlas con los vestidos que ella les regalaba de su armario.

Fermín tenía veinticuatro años; los privilegios de la madre se habían extendido hasta él; de suerte que en vez de ir a los trabajos con la cuadrilla, estaba consagrado a la vaquería, a servir de paje a sus señoras, a acompañarlas en los paseos a caballo y a servirles de mandadero.

La casi igualdad de edades había hecho de Daniel y Fermín dos amigos entrañables. Desde que Daniel llegó a la hacienda, hacía dos meses, Fermín lo trató con camaradería. Fermín era un mulato atractivo y valeroso.

Cuando terminó la cena y las señoras se retiraron a sus habitaciones, Daniel se dirigió a la casa de su amigo. Ya Martina había despachado sus quehaceres de “adentro” y estaba remendando la ropa de su hijo, mientras él reparaba su más preciado tesoro, su silla de montar.

—Buenas noches, Martina —dijo Daniel al entrar.

—Buenas se las dé Dios, niño Daniel.

—Siéntese, pues. Fermín, dale un cigarro al niño Daniel.

La tabaquera de Fermín era una larga tira de piel de nutria adobada. En ella envolvía los cigarros de manera que quedaran bien apretados, y luego la ataba con un cordón.

Dio uno de estos a Daniel y tomó otro para él.

Los cigarros eran hechos por Martina, sin arte, iguales por ambos extremos y con capa arrugada, pero de tabaco exquisito.

—Niño Daniel —dijo Martina—, Fermín me dice que el padre lo quiere mucho a usted.

—Si usted los hubiera visto cómo venían conversando por todo el camino —dijo Fermín—, ¡como si fueran iguales! El padre le decía latines a Daniel, y él los entendía.

—¿Cómo llegó usted a tener ese protector tan poderoso? —preguntó Martina.

—El padre iba de vez en cuando a casa de doña Mariana Soldevilla, mi madre adoptiva, y allí me conoció. Un día me dijo:

—Daniel, ¿cómo vamos de escuela?

—Bien, señor, le contesté.

—Sé leer en libro y en carta, las cuatro operaciones de la Aritmética, las oraciones y la doctrina cristiana.

—Veamos cómo lees. Toma un libro.

Entonces cogí un librito de misa y leí. Luego quiso ver mi letra y me preguntó:

—¿Quieres aprender algo más?

—Ojalá pudiera, señor, pero en la escuela no enseñan más que lo que ya sé.

—¿Y en qué te ocupas ahora?

—Estoy de oficial de carpintería en casa del maestro Saucedo.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Desde mañana irás al convento todos los días. Tú podrás asistir a las aulas. Yo hablaré con el padre fray Claudio Salcedo, nuestro guardián, para que te permita la entrada. Yo te daré los libros.

Hace de esto cinco años ya.

—¿Y cómo hizo usted para venir a la hacienda? —preguntó Fermín.

—En diciembre pasado me dijo el padre que ya era tiempo de que comenzara yo a ganar algo, y sabiendo que el señor alférez real necesitaba un escribiente, me mandó a él con una carta. ¡Si hubieran visto ustedes lo que decía la carta! Yo la había entregado cerrada al señor don Manuel, porque así me la dio el padre, pero don Manuel, luego de leerla, me la entregó diciéndome: “Mira lo que mi compadre me dice. Yo la leí y se la devolví avergonzado”.

—¿Qué decía la carta?

—Elogios que no sonarían bien en mi boca.

—Usted es muy humilde, Daniel —dijo Martina—. Lo cierto es que usted “cayó parado” en esta casa. Mi amo el padre lo quiere y ha decidido protegerlo. Y mi señora y mis señoritas también lo estiman, he visto que lo tratan con mucho cariño. Hasta a la niña Inés le cambia la mirada y hasta se alegra un poquito cuando usted va con ellas de paseo.

—Madre —observó Fermín—, se imagina usted que el niño Daniel fuera blanco y rico, ¡qué linda pareja haría con la señorita Inés, se imagina que llegaran a gustarse, y quién sabe, hasta casarse!

—Calla, Fermín —dijo Daniel, al tiempo que sentía encender sus mejillas como grana ardiente—, ¿quién soy yo para atreverme a pensar en una señorita tan noble y tan rica?

—Claro que lo sé, eso es imposible, por lo mismo digo, que si usted fuera blanco...

—No creas, Fermín —replicó Martina—, a la señorita Inés no le bastaría un hombre blanco y rico, hace falta mucho más que eso para conquistar su triste corazón. La última vez se molestó con ella mi amo por sus repetidos desplantes, y le dijo que la gente podría pensar que si no se casaba era porque quería seguir gozando del caudal que le dejó su padre. Pero ella contestó que si no le permitía vivir soltera, se iría de monja a Popayán.

—¿De monja? —preguntó Daniel.

—Sí, de monja, yo lo oí, porque estaba barriendo allá adentro y no perdí una palabra de la conversación, y lo hará el día que menos se piense. Conozco muy bien su carácter.

Daniel quedó enmudecido, y ya no escuchó nada más.

De pronto se levantó diciendo:

—Ya es tarde, son tal vez las once, y mañana es día de misa.

Y despidiéndose se dirigió a su cuarto.

Ahora nosotros diremos algo más sobre la historia de Daniel, pues si no la sabemos completa, sí sabemos más de lo que él mismo podría conocer.

Daniel, como nos lo dijo él mismo, era un pobre huérfano, que no solo no había conocido a sus padres, sino que ni siquiera sabía quiénes habían sido.

Sus recuerdos más lejanos se referían a la casa de doña Mariana Soldevilla, en donde había visto la luz por primera vez, y donde había sido criado con particular esmero.

Doña Mariana era una señora de buen linaje, viuda hacía muchos años de un español que no le había dejado otra fortuna que la casa donde vivía y una esclava negra llamada Juliana.

Fue una viuda honorable que ganaba su sustento con las costuras que le encargaban los vecinos.

A sus sesenta y cinco años, disfrutaba de hacer encajes en almohadilla y bordar en bastidor, trabajos muy bien pagados que le bastaban para llevar una vida modesta. Con cuatro reales podía cubrir los gastos de la comida de la semana, y ella ganaba mucho más que eso.

Ya habían pasado veintitrés años de aquella oscura madrugada. Tres golpes en la ventana de la habitación que daba a la calle solitaria, las voces angustiadas de dos mujeres despertaron a doña Mariana, que sobresaltada reconoció la voz de una de ellas, y se apresuró a abrir. En aquellos tiempos no se permitía que las personas anduvieran por la calle después de que se tocaban las nueve en la gran torre de San Francisco, toque al cual daban el nombre de “la queda”, a estilo de las plazas fuertes.

Doña Mariana, sin despertar a su negra, salió, echó llave a la puerta y se dirigió hacia el Vallano a acompañar a las dos mujeres (ella vivía en el Empedrado, cerca del convento de la Merced), cruzando calles para no pasar por la plaza.

Una vez en la esquina de San Agustín, tomó por esa calle abajo, y después de caminar varias cuadras y doblar una esquina, entró con el mayor silencio en una casa de modesta apariencia.

Las dos mujeres la dejaron en la puerta y se fueron con prisa a sus casas.

A las tres de la madrugada salió doña Mariana llevando un envoltorio debajo de la mantilla, y con paso largo y disimulado, volvió a su casa.

Entró, cerró la puerta con llave, puso el envoltorio en su cama, sacó candela y encendió una lámpara.

Volvió con ansiosa curiosidad al envoltorio y con cuidado lo abrió.

Sus ojos no daban crédito a lo que veía: ¡un niño, un recién nacido estaba en su cama!

Inmediatamente se puso a preparar almíbar para darle en caso de que llorara, y contentísima con lo que ella creía un regalo que Dios le enviaba, ya que nunca había tenido hijos, se sentó en un baúl junto a la cama, llevó el pequeño a su regazo y se quedó contemplándolo con tanta ternura como si hubiera acabado de parirlo.

Cuando oyó las lentas campanadas del alba que tocaban en San Francisco, resolvió acostarse. Besó amorosamente al niño y lo acostó en la cama, diciendo para sí: “¡A buena hora voy a aparecer con hijo pequeño, a los cuarenta y dos años! ¿Qué dirá la gente? Poco importa, esta es una caridad que Dios aprueba. Sobre todo, buena falta me hacía un niño en la casa. La vejez sin muchachos es muy triste... Sí, angelito de mi alma, bienvenido... mañana te buscaré una nodriza y nada te faltará”.

Lo hizo bautizar siendo ella la madrina, le formó el corazón con paciencia y lo matriculó en la escuela cuando tuvo ocho años.

El niño, por su parte, se ganaba el amor de su madre adoptiva, por la dulzura de su carácter, por su habilidad e inteligencia. Siendo el niño único en la casa, y por lo mismo muy contemplado, se desarrolló con admirable precocidad.

Cuando cumplió catorce años, lo puso de aprendiz de carpintero por elección de él mismo, porque decía que ese era un oficio de hombres.

Tres años después ya era un buen oficial de carpintería, y entregaba todos los sábados la paga a su madre. Entonces fue cuando el padre Escovar comenzó a darle lecciones.

Por ese mismo tiempo, doña Mariana le confesó su origen, y ante la afligida pregunta por sus verdaderos padres, no tuvo más opción que confesarle su ignorancia.

La propuesta de trabajar para el alférez lo llenó de alegría porque significaba vivir en una hacienda, montando a caballo, enlazando ganado y yendo y viniendo. A su edad, anhelaba sentir la plenitud del movimiento al aire libre.

Daniel imaginaba que así debería ser el paraíso, entre gente noble que le prodigaba afecto, siempre ocupado en actividades que le daban más satisfacción que trabajo. Un paraíso sin culebra, salvo el serpenteo en la espalda que le producía un sentimiento que aún no llegaba a su corazón de veintidós años.

El día que llegó por primera vez a esa casa, don Manuel lo llevó a la sala principal. Allí estaban las señoras, cosiendo unas y bordando otras. Entonces don Manuel dijo:

—Vean ustedes este muchacho que me manda mi compadre Escovar, con grandes recomendaciones, para que me asista. Voy a emplearlo como mi escribiente y como auxiliar de Zamora, para que le ayude. ¿Te parece bien, María Francisca?

—Por supuesto, basta con que sea recomendado de mi compadre. No dudo de que sea bueno.

Daniel saludó inclinándose con respeto y pasó la mirada a lo largo de todos esos rostros nuevos que veía por primera vez, y cuando sus ojos se encontraron con el rostro de Inés, se quedó sin aliento. Jamás había visto una criatura así.

Inés levantó sus ojos, lo miró por un instante, y eso fue suficiente. No hicieron más estrago los lentes de Arquímedes sobre la flota de Marcelo, que los ojos de Inés de Lara en el corazón de Daniel.

Quedó herido de muerte... y hasta alcanzó a soñar... Pero no, era una necesidad siquiera pensarlo: Inés era una dama; él, un plebeyo.

Luego, don Manuel examinó a Daniel. Lo puso a escribir y a hacer cuentas con enteros y con quebrados, y al final quedó satisfecho. Salió a la puerta del cuarto y llamó a Zamora:

—Vea usted, don Juan, este muchacho sabe leer, escribir y contar y otras muchas cosas. Me lo envía mi compadre Escovar. Yo lo ocuparé para despachar mi correspondencia, y a usted le servirá para llevar los apuntes y las cuentas de la hacienda. Se lo recomiendo. Enséñele la habitación que debe ocupar y vea que no le falte nada.

Don Juan Zamora era un español de gran talla, muy comedido y de buen carácter. Los amos lo trataban con mucha familiaridad y lo invitaban por las noches a las tertulias de la sala. Las señoras gustaban de jugar con él a los naipes. Rígido en el cumplimiento de su deber, era siempre afable con los esclavos.

Así eran los demás españoles que había entonces en Cali, que no eran pocos; hombres formales; fieles a su palabra. Difícil habría sido ver a uno de estos tocando el organillo en una esquina para ganar la subsistencia. El hidalgo castellano en América, cuando era pobre, en vez de hacer ostentación de miseria, trataba de ocultar su pobreza, y, como dice Cervantes, estando aún en ayunas en altas horas del día, salía a la calle limpiándose los dientes para hacer creer que ya había almorzado.

Capítulo V

El domingo en la hacienda

Daniel entró a su cuarto y volvió a salir al momento. Largo rato estuvo en el corredor, mirando las ventanas de la casa, absorto en sus pensamientos y fantasías.

A la hora del alba del domingo sonó la campana, tocada por el negro Luciano, capitán de la cuadrilla, y al punto toda la hacienda se puso en movimiento.

Don Juan Zamora esperaba que los negros se reunieran en la capilla. A su lado estaba Daniel. En la puerta de la capilla ya se encontraba el tío Luciano inspeccionando la entrada.

Pronto estuvieron reunidos todos los esclavos. De rodillas, rezaron el trisagio, guiados por el tío Luciano, luego cantaron alabado y recitaron unos versos, una salve.

El aire de esas canciones era muy melancólico, como ha sido siempre el canto de los esclavos.

Era sobrecogedor escuchar en el tono de las negras jóvenes el *Super flumina Babylonis*: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion”, un canto de razas históricamente subyugadas por la esclavitud sufrida muy lejos de su patria.

Eran las seis de la mañana. A esa hora se notaba ya movimiento de criados en la casa grande, lo que probaba que se habían levantado las señoras.

El padre se había levantado primero que todos, había rezado las *Horas* y estaba paseándose en el corredor del piso alto. Viendo a Daniel que atravesaba por el patio, lo llamó y le dijo: “Ve si están preparadas las señoras para oír la misa y pregúntale a mi compadre si le parece bien que despachemos”.

Sonó la campana a misa, y todos los habitantes de la hacienda fueron entrando en la iglesia y ocupando sus respectivos lugares. Las señoras asistieron con sayas y mantos negros y se arrodillaron cerca al altar en gruesas alfombras de lana y seda. Don Manuel, don Juan Zamora y Daniel se sentaron en los escaños; a los lados, detrás de los escaños, se sentaron los demás.

La capilla podía albergar más de quinientas personas; era de adobe y teja, tenía coro, púlpito y confesionarios; en el altar había un crucifijo de gran tamaño pero de poco mérito.

El padre explicó el evangelio del día con la mayor claridad para que los esclavos entendieran el mensaje que el sacerdote había preparado para ellos, paciencia y resignación, pero también exhortó a los amos a ser sus padres y no sus verdugos.

Concluida la misa, don Juan y Daniel fueron los primeros en salir y pararse en el atrio de la capilla para saludar a las señoras.

El patio de la hacienda era un festín, los esclavos varones se habían quedado allí, distribuidos en grupos, y todos conversando.

Comentaban las palabras de consuelo que les había dirigido el padre; y los consejos de misericordia que había dado a los amos, y los planes que tenían para el domingo.

En la puerta de la capilla, Zamora le dijo a Daniel:

—¿Cómo se porta el rucio?

—Bien, don Juan, es un caballo manso, y de mucho brío.

—Sí. Lo domé yo mismo, ¿sabías?

—¿Cuánto valdrá ese potro?

—Ese potro no vale menos de una onza.

—Quisiera comprarlo, para que fuera mío en propiedad.

—Está bien, se lo diré a don Manuel, y estoy seguro de que te lo dará.

Durante el almuerzo, Daniel pudo disfrutar lo que más deseaba, contemplar a su gusto a Inés. Luego de recogida la mesa, el padre se quedó en la sala conversando con las señoras. Sabiendo que Inés era lectora insaciable, Daniel le preguntó:

—¿Qué libro está leyendo ahora?

—El *Símbolo de la Fe*.

—Muy bien: léalo usted con mucha atención y despacio, vale más leer poco y meditar mucho, que leer mucho sin meditar nada. La doctrina de fray Luis de Granada es eminentemente evangélica, y su estilo tan ameno, que nunca cansa.

—Padre —dijo doña Rosa—, quisiera leer las obras de Santa Teresa.

—Las tendrá usted, yo se las enviaré. ¿Quiere usted acaso hacerse monja?

—Tal vez —contestó sonriendo—. ¿Cómo se llaman esas obras?

—*Las Moradas*, que es la principal, y las *Cartas*. Allí verá también la vida de la santa doctora.

—Compadre —dijo doña Francisca—, estoy cansada de leer el *Flos Sanctorum* y deseo leer otra cosa, como la *Biblia*.

—Ya ha leído usted el Nuevo Testamento. El Antiguo no es lectura propia para señoras.

—¿Por qué, compadre? ¿La *Biblia* toda no es un libro santo?

—Es verdad, pero a la vez que refiere las virtudes de los patriarcas y de otros personajes, cuenta también con crudeza los errores y pecados del pueblo de Israel.

Continuaron hablando algo más, siempre sobre libros devotos, pues las señoras de ese tiempo, las que sabían leer, que eran pocas, no conocían libros profanos y mucho menos novelas.

El padre Escovar se retiró a su cuarto, y un momento después llegó don Manuel, que acostumbraba siempre visitarlo en la habitación y conversar con él en la camaradería de dos buenos y antiguos amigos, y llegaron al caso de Inés.

—A propósito, compadre, esa niña Inés me tiene preocupado, muchos caballeros han venido a pedir su mano y a todos los ha desairado. Ayer recibí carta de don Fernando de Arévalo. Me pide una entrevista para tratar un asunto que le interesa mucho. Estoy seguro de que va a pedírmela, pero yo sé que es tiempo perdido.

—Deje quieta a esa muchacha, que todavía es muy joven, don Manuel.

—Sí, no ha cumplido dieciocho años.

—No hay prisa. Cuando las jovencitas son alborotadas, es prudente casarlas temprano. Pero cuando son juiciosas como las suyas, debe dejárselas vivir a su gusto.

—Dice bien, compadre, María Josefa ha rechazado varias propuestas, y ahora que la pide don Nicolás de Larraondo, está

dispuesta a aceptarlo sin que yo se lo suplique. Yo no quiero que Inés se case con un forastero, sino con un hijo de Cali, con un hombre conocido de buen linaje. No me faltan ganas de casarla con uno de mis hijos, pero son menores que ella. Inés tiene el abolengo y la belleza de muy pocas. Hace dos años vive en mi casa y cada día descubro en ella nuevas virtudes, la quiero como si fuera mi hija.

—Sea así, compadre. ¿Cuándo iré a Cali?

—El jueves próximo me iré con toda la familia por la Semana Santa, como de costumbre, y no regresaré hasta mediados de abril.

Serían las cinco de la tarde cuando el padre Escovar, después de despedirse de los dueños de la hacienda, montó en la mula retinta y tomó el camino al convento, acompañado de Daniel y Fermín.

Capítulo VI

De Cañasgordas a Cali

El jueves siguiente por la mañana estuvo don Manuel trabajando en su cuarto con Daniel en el arreglo de algunas cuentas. Cuando terminar le dijo don Manuel:

—Zamora me ha dicho que te gusta mucho un potro de la hacienda.

—Es verdad, señor.

—¿Cuál es ese potro?

—Es uno rucio, que don Juan ha destinado para mi silla.

—¿Y es muy bueno?

—Es magnífico, señor.

—Me alegra que sea bueno y que te guste, así será un placer regalártelo. Llévatelo, pues.

—¡Mil gracias, señor!

Los ojos de Daniel brillaban de felicidad.

—¡Muchas gracias, don Manuel!

—Bien. Dile a Zamora que a las cuatro de la tarde saldremos para Cali.

—Está bien, señor.

Las monturas de las señoras eran sillones forrados en terciopelo azul, con bordados de oro en el espaldar y bordeado en flecos, grandes chapas de plata en los brazos; gualdrapas de paño colorado con bordados de seda.

Daniel ensilló el rucio con renovada emoción. ¡Era su potro ahora! Se imaginó a Inés a horcadas sobre ese lomo y un estremecimiento turbador recorrió su cuerpo.

A las cinco partieron. Las criadas del servicio interior con Martina y Andrea habían salido adelante, junto a un par de negros que llevaban dos cargas de petacas con la ropa de las señoras, libros y sus labores de aguja.

Daniel deliraba con la idea de poder hablar con Inés, pues aunque hacía ya tres meses que él vivía bajo el mismo techo que ella, no habían cruzado más de dos palabras.

Ella iba adelante y él le servía de escudero; las otras jóvenes en medio, a las que servía Fermín; doña Francisca iba de última, acompañada de don Manuel.

Daniel tomó aire y se atrevió a preguntarle:

—¿Cómo le parece ese caballo?

—Suavísimo —contestó ella—, nunca había montado un caballo tan tranquilo, podría llevar un vaso de agua sin derramarla.

—Así es, en la hacienda no hay otro como él.

—Debieron ensillarlo para mi madrina.

—A ella solo le gusta su retinto, porque ya lo conoce, aunque ese es de andadura.

—Por lo mismo deben destinarle este. Pídaselo a don Juan Zamora.

—Ese potro es mío, dijo lleno de orgullo.

Ella guardó silencio y él no se atrevió a decir más.

A eso de las seis y media entraron en la ciudad, y al poco rato estaban en su casa. Desde ese momento Daniel estaba allí de más. Se le nubló el ánimo al pensar que no la vería en varios días. Era ella la que le daba color al mundo. Su vida solo tenía sentido si la veía por unos instantes y podía llevarse a la almohada la turbulencia que lo hacía fantasear, felizmente.

De manera que se despidió de todos y salió como ánima en pena. Había oscurecido ya.

Al salir a la plaza, ordenó a los criados que se fueran para la hacienda, y se fue con Fermín a visitar a su madre cuando el reloj de San Francisco dio las siete.

La ventana de la sala estaba cerrada, pero se veía luz adentro y se oía el murmullo del rosario, una costumbre de esa hora en cada casa de la ciudad.

Daniel dio un golpe en el portón de madera, la tía Juliana abrió la puerta, Daniel la saludó con cariño y besó a su madre, que lo esperaba en el corredor.

—¡Hijo, te esperaba el sábado!

—Sí, madre, pero don Manuel se vino hoy con toda su familia a pasar la Semana Santa, y Fermín y yo hemos venido acompañándolos.

La negra Juliana se fue a la cocina; doña Mariana empezó a preparar la mesa, mientras Daniel y Fermín ataban sus caballos al naranjo del patio.

No pasó mucho rato sin que doña Mariana y su criada llevaran a la sala una bandeja llena de carne asada y pan de maíz, queso, chocolate y dulce.

Después de la cena. Daniel le contó a su madre de lo bien que lo pasaba en la hacienda, del cariño que todos le tenían y del regalo del caballo que ese mismo día le había hecho don Manuel, mientras que doña Mariana y la criada escuchaban como embobadas.

Daniel invitó a Fermín a dar un paseo por la ciudad mientras daban las nueve, y ya en la calle le dijo:

—Deseaba salir para fumar un cigarro.

—¿Y por qué no lo encendió allá adentro?

—¿Delante de mi madre? ¿Estás loco?

Encendieron sus cigarros y tomaron calle abajo en dirección a la plaza. La verdad era que Daniel quería pasar por la casa donde estaba Inés. Pasó y se detuvo en la esquina con cualquier pretexto y con la remota esperanza de verla.

Cerca de las nueve, le dijo a Fermín:

—Vámonos, que ya pronto tocarán la queda.

¿Eso qué le hace? Demos un paseo, quizá habrá por ahí algún baile y vemos bailar un rato.

—No nos expongamos. Después de la queda sale el alcalde con la ronda, y si nos encuentra nos llevará a la cárcel. ¡Qué vergüenza para nosotros!

—Eso no es fácil, porque don Andrés Camarada anda con linterna.

—Sí, pero a veces la apaga. Al fin y al cabo, ¿al alcalde quién lo ronda? Vámonos, Fermín.

Cuando llegaron a la Chanca detuvieron el paso. Fermín dijo entonces a Daniel:

—Hace días he querido decirle una cosa, y no me he atrevido.

—Dila, Fermín, sin tapujos.

—Usted ama a la señorita Inés.

—¿De dónde sacas eso? ¡No soy tan iluso como para aspirar semejante altura! Dijo mientras un calor rojo le encendía las mejillas.

—No lo niegue, yo sé que la ama, y mucho, y sin esperanza.

—Dime, ¿de dónde sacas esa locura?

—Cuando va donde mi madre, usted no habla sino de ella, cuando la alcanza a ver se queda inmóvil, como si viera un santo en una procesión. Hace días suspira mucho y anda triste y pensativo. Hoy le dio su caballo para que viniera a Cali. ¿Por qué no se lo dio a la señora, que es de más respeto? Y esta noche fue dos veces a pararse frente a las ventanas de su casa y allí se hubiera quedado como estatua de plaza toda la noche a no ser por el temor de la ronda. Yo no debería meterme en sus asuntos, pero sepa que puede contar conmigo.

—No, Fermín, no hay tal amor. Sin embargo, agradezco tu lealtad y te aseguro que de mí también la tendrás.

Luego, para cambiar de conversación, preguntó a Fermín:

—Ahora, dime ¿no amas a nadie? ¿No piensas en casarte?

—¿Casarme? ¡Jamás! Mi madre me ha dicho que viva y muera soltero, que a ella le duele haberme dado la vida, que es muy doloroso tener hijos esclavos, a los que castiga y manda otro y no la madre.

—Qué buen juicio el de Martina. Tiene razón. Yo también he resuelto morir soltero.

—¿No le digo? ¡Niéguelo todavía! ¡Y qué lástima! Si usted fuera blanco y rico se casaría con la señorita Inés, nos compraría a

mí y a mi madre. Yo le serviría a usted, y mi madre a la señorita Inés. ¡Qué felicidad!

—No hables disparates. Mejor dime, ¿no hay por ahí alguna mujer que te guste?

—Eso sí, y aunque usted no me tiene confianza para confesarme su secreto, yo sí confío en usted. La única muchacha que me gusta y con quien me casaría, si ella y yo fuéramos libres, es Andrea.

—¿Andrea? ¿La criada de Inés?

—La misma. Y no es por lucirme, pero la verdad es que ella me quiere tanto a mí como yo a ella. ¡Si viera cómo me atiende! Ya sabe que yo como en la cocina de la casa grande, ¡si viera cuánto me cuida! Los pañuelos que la señorita le regala, me los da a mí. Vea este que me dio ahora al despedirme de ella —dijo, y sacó del bolsillo un pañuelo blanco de fino cambray, todavía perfumado, y se lo enseñó. Daniel lo tomó, lo desdobló y al tacto supo que tenía las iniciales de Inés bordadas.

—Estos pañuelos son muy buenos para atarse la cara, cuando le duelen las muelas a uno —dijo Daniel—. Si quieres cambie-mos, toma este que es de seda, y me das el tuyo.

—No es necesario el cambio, niño Daniel, tómelo usted, yo tengo mucho gusto en dárselo.

—No, hombre, recibe el de seda, que es nuevo, muy fino y regalo de mi madre, y te sirve para regalárselo a Andrea. No es justo que ella te haga obsequios y que tú nunca le regales nada. El hombre debe darle a la mujer, y no al contrario.

—Tiene razón. Le recibo su pañuelo para lucirme con Andrea.

Daniel se acercaba el pañuelo a la nariz, buscaba sentir entre los pliegues el olor de Inés y muy cerca de sus labios. Al fin lo

dobló con la delicadeza de una caricia y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Ya no se creía tan desgraciado. ¡De cosas así tan pequeñas e insignificantes, se forma muchas veces la felicidad de un hombre!

Capítulo VII

Cali en 1789

En aquel tiempo Cali era más pequeña y menos poblada. En 1793, solo había seis mil quinientos cuarenta y ocho habitantes; y de estos, mil ciento seis eran esclavos.

Había sido fundada el 25 de julio de 1536 por el capitán Miguel López Muñoz, por orden de don Sebastián de Belalcázar, y fue la ciudad que más prosperó de cuantas fundaron en el valle los españoles. En poco tiempo llegó a ser muy populosa; pero después muchas familias principales se mudaron a Popayán en busca de mejor clima.

En ese año, de 1789, la ciudad se extendía desde el pie de la colina de San Antonio hasta la capilla de San Nicolás, y desde la orilla del río hasta la plazuela de Santa Rosa.

Aunque el área de la población era grande, las construcciones no eran muchas; había manzanas con solo dos o tres casas, cada casa con un espacioso solar, y cada solar sembrado de árboles frutales, principalmente cacao, plátano y algunas palmas de coco. Los árboles frutales eran los mismos que hay ahora, con excepción del mango que no era conocido todavía.

Casi todos los solares estaban cercados de cercas de guadua, y solo los de los ricos tenían paredes de tapia bajitas.

No había empedrados sino al frente de algunas de las casas de la plaza y en algunas calles de los alrededores. Esta característica hizo que se le diera a ese barrio el nombre de El Empedrado. El resto y todo el Vallano tenían calles en tierra. En tiempo de lluvias las calles se volvían lodazales, pero los caballeros y las señoras usaban zuecos altos de madera, y andaban por el lodo con asombrosa agilidad.

En los meses de julio y agosto de 1787 estuvo de visita oficial en Cali don Pedro de Beccaria y Espinosa, gobernador de Popayán, y expidió un decreto en el cual ordenó que se empedrara el frente de todas las casas, en especial las de la plaza, para que en las procesiones ni sacerdotes ni el pueblo tuvieran que andar “pisando el barro”.

Cinco conventos de frailes tenía la ciudad: San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, La Merced y San Juan de Dios.

Este último con su hospital, estaba a cuadra y media arriba de la plaza, y había sido fundado en 1758 por don Leonardo Sudrot de la Garde, francés, casado en Cali con doña Francisca Paula Ramos.

Le costó mucho trabajo hacer esa fundación, porque no faltó quién se opusiera, ¡cosa increíble!, pero finalmente alcanzó del rey Fernando VI la real cédula necesaria para concretar la obra.

Además de esos conventos existía ya el Beaterio, casa de asilo, fundada en 1741 por el sacerdote fray Javier de Vera. Esa casa es la que sirve hoy de hospital de San Juan de Dios, edificio que las beatas cambiaron después por el convento de La Merced en donde están ahora. La comunidad está formada por niñas y mujeres que han decidido hacer votos por una vida de recogimiento, oración y trabajo para subsistencia. También se dedican a la formación y la enseñanza en la escuela para niñas que allí funciona.

El estilo de la construcción de las casas está todavía a la vista; las principales tenían una pequeña pieza de alto, con un balcón volado, figurando un corredor con sus gruesos pilares; los aleros sin canecillo, las aceras sin embaldosado, las puertas en el interior, en los rincones, a fin de que quedaran espacios suficientes para colocar grandes escaños; una o más ventanas en la sala, voladas, con balaústres torneados; la habitación siempre oscura, porque la única ventana que tenía y que caía a la calle, era pequeña, alta y rasa, para evitar las visitas posibles entre los jóvenes y las muchachas en las altas horas de la noche; en la esquina más notable de la sala estaba el aparador, construcción de ladrillo o adobe, con tres nichos en la parte baja en donde reposaban las tinajas de barro cocido, con dibujos en relieve; y una gradería de los nichos para arriba en donde se guardaba la vajilla y la loza de China.

Los que tenían título de nobleza, grababan su escudo de armas en los cueros de las sillas; y todos tenían divanes forrados en vaqueta, con patas doradas, figurando las de un león o las de un águila.

En la esquina exterior de algunas casas del centro de la ciudad, había un nicho en la parte alta de la pared, y en ese nicho, la imagen de un santo, a veces en estatua; allí se encendía un farol todas las noches.

El río no tenía puente permanente. Cada año se hacía uno de madera y guadua un poco más abajo de la Ermita; las crecidas se lo llevaban por delante, dejando cuando más los horcones.

Habiendo como había, tantos clérigos regulares y seculares, el número de sacerdotes que decían misa diariamente, pasaba de cuarenta. En los testamentos de aquel tiempo vemos que los moribundos ricos disponían que, al fallecer, se les dijeran veinticinco o treinta misas de cuerpo presente; y así se cumplía.

La influencia del clero regular era grande; la ciudad en sus costumbres parecía un convento; todas las familias se confesaban varias veces en el año, y forzosamente en la cuaresma, porque había excomunión por un canon del Concilio IV de Letrán, confirmado por el de Trento, para los que dejaban pasar años sin cumplir con el precepto anual.

Las costumbres públicas eran tan severas que podían pasar años sin que ocurrieran robos ni homicidios. Tiempo atrás fue juzgado un vecino por el hurto de una novilla; se le condenó a presidio, y después del presidio a destierro; pero antes del presidio y del destierro ya le habían cortado las orejas.

En esos tiempos, el correo de Cali a Popayán era un vecino de Jamundí y solía transportar grandes sumas en oro o plata; salía por la tarde, se quedaba tomando aguardiente en la Chanca, y el caballo con su carga de dinero seguía por el camino real, poco a poco; las gentes se apartaban de él con respeto, porque veían las armas del rey en la valija.

El caballo llegaba a la casa de su amo, en donde la mujer del correo le abría la puerta y lo descargaba.

Los habitantes de Cali estaban divididos en tres razas; blancos, indios y negros. A su vez, la unión de razas permitía otras clasificaciones: el mestizo, hijo de blanco en india; el mulato, hijo de blanco en negra o viceversa; y el zambo, hijo de negro en india, o de indio en negra.

Los blancos de la raza española tenían para sí todos los privilegios; después de ellos, los más considerados eran los mestizos, que hacían alarde de descender de españoles; a estos se les daba el nombre de montañeses. Los demás eran iguales en la humildad de la categoría, pero la del esclavo era la más triste. Los plebeyos que no eran mestizos, eran llamados monteras.

Toda familia acomodada tenía por lo menos una esclava para el servicio doméstico; la cocinera era siempre una negra. Estos esclavizados lo pasaban mucho mejor que los de las haciendas, que vivían al remo del trabajo y eran tratados con crueldad. Había amos tan crueles que eran utilizados como amenaza. Cuando un esclavo no se portaba bien, bastaba con que su bonachón amo le dijera: “Voy a venderte a don Fulano”, y el esclavo se doblegaba de inmediato. Los nobles vivían orgullosos de su linaje y miraban con desdén a la plebe; la plebe por su parte estaba acostumbrada a reconocer esa distinción y se sometía resignada porque no podía hacer otra cosa.

Cuando a un vecino se le escapaba tratar con el título de don a alguno que no fuera noble, lo cual era muy raro, al punto se levantaban mil voces entre los plebeyos mismos, reclamando contra esa mentira; ¿quién le dio el don? Su padre era *ñor* y su madre *ña*, decían, para hacer notar que sus padres no eran “señores”.

No todos los nobles sabían leer y escribir; y entre los plebeyos muy pocos. Algunas señoras leían en libro, pero no en manuscrito; sus padres les impedían que aprendieran a escribir, para que no tuvieran la tentación de enviar o de recibir cartas de amores.

No había médicos facultativos; los frailes, especialmente los de San Juan de Dios, hacían el oficio de tales. Había dos boticas, donde se vendían tres o cuatro ungüentos, unos purgantes y nada más. Si no había médicos, sí había abogados, graduados en Santafé o en Quito, todos ellos de las principales familias.

No había colegios; los hijos de los pobres solían aprender algo con los frailes. A los colegios de Santafé y de Quito solo iban los hijos de los nobles; para cerciorarse que así fuera, hacían una especie de examen de pureza de sangre o linaje.

Nadie deliberaba sobre asuntos de gobierno; todo mundo obedecía ciegamente, y el prestigio de la autoridad era indudable.

En los libros del archivo del Ayuntamiento vemos cuán barata era la subsistencia: una arroba de carne valía cuatro reales, o menos; un real los plátanos y un real la leña que podía cargar una bestia; un novillo para pesar, seis pesos, y una vaca, cuatro; un caballo regular importaba ocho pesos, y si era magnífico, una onza. El Cabildo ponía los precios a los artículos alimenticios de primera necesidad y designaba las personas que habían de abastecer de carne a la ciudad cada año.

El movimiento comercial era limitadísimo, y el país producía mil veces más de lo que alcanzaba a consumir.

Por lo demás, los nobles y los ricos vivían consagrados al cuidado de sus haciendas o de sus tiendas de mercancías (que eran muy pocas) o al desempeño de empleos civiles; los plebeyos trabajaban en la ciudad como artesanos, o en el campo como agricultores, o aquí y allá como jornaleros; o comerciaban con otros pueblos, principalmente con el Chocó.

Gran parte de su tiempo lo consagraban a las fiestas religiosas, las peleas de gallos eran muy populares, y allí se mezclaban nobles y plebeyos.

Los ricos llevaban a la gallera grandes talegos de plata sellada, cargados por un criado; unos apostaban cantidad determinada; y otros, lo que podía contener un mate lleno.

Cali era entonces la ciudad de las palmas; y en esos altísimos y elegantes vegetales anidaban los coclíes.

Estas grandes aves formaban allí por las tardes ruidosas algarabías, como las cigüeñas. Ese jolgorio ha sido siempre grato al oído del caleño; se sabe que cuando un caleño está lejos de su patria, llora de nostalgia por el cantar de un coclí.

Estando la ciudad tan ventajosamente situada, el viajero que se dirigía a ella, la alcanzaba a ver desde dos o tres leguas de distancia, cubierta de árboles; sobre los árboles se levantaban las palmas en un gran número y en toda su gentileza; y por entre las palmas se distinguían los blancos campanarios de sus iglesias. Cualquiera hubiera creído tener a la vista una ciudad oriental, tal vez Bagdad, coronada de palmeras y minaretes.

Cali recibió el renombre de “Muy noble y leal ciudad”, por real cédula, y desde 1559 recibió escudo de armas.

Capítulo VIII

La Pascua

La familia Caicedo se había mudado a Cali con anticipación para cumplir con el mandamiento de la comunión anual. La ciudad entera estaba entregada a la devoción y al ayuno. Las iglesias, particularmente las de los conventos, estaban todo el día colmadas de mujeres que iban a confesarse, así como los claustros se llenaban de hombres por la noche. Esos claustros eran alumbrados por faroles encendidos en las esquinas; allí, en esos largos, y silenciosos corredores, ponían los frailes sus sillas de brazos, a prudente distancia unas de otras, y sentados en ellas iban oyendo y absolviendo a los penitentes.

No había iglesia parroquial lo bastante grande para cubrir la celebración de la Semana Santa, que era la fiesta más concurrida de todo el año. La iglesia de San Pedro, que era la matriz, se había caído hacía mucho tiempo, y estaban apenas comenzando a reedificarla.

Al lado de la plaza había unas tiendas pertenecientes al Cabildo, en las que vivían algunas mujeres que vendían comida, aguardiente y cigarros; la parte del centro era el cementerio de los pobres; los ricos eran sepultados en el recinto de la iglesia.

La fiesta se celebraba igual que ahora; bendición de ramos traídos del palmar de Yunde; canto de maitines por la tarde en los conventos; sermón del *Lavatorio*, de *Tres horas* y del *Descendimiento*; procesiones de santos en las noches por calles llenas de fango, en medio de una honda devoción y recogimiento.

En ese tiempo se destacaban los animeros, que salían a altas horas de la noche, vestidos de hábito y capuz negro; se detenían en cada esquina, tocaban una campanilla y con voz lúgubre y a grito herido pedían un padrenuestro por una alma que estaba en pecado mortal, o por un gran pecador que estaba agonizando.

Esos gritos eran el terror de mujeres y de niños.

Y los demandaderos, gente de la primera nobleza, que salían el Domingo de Ramos, bien vestidos con un paño blanco terciado por el hombro y una pequeña palangana de plata; entraban de casa en casa pidiendo la demanda, limosna que recibían en la palangana y que servía para gastos de la Semana Santa en los distintos conventos donde ellos eran síndicos.

Para velar por la persistencia de la fe en todo el Nuevo Reino, existía en Cartagena el Santo Tribunal de la Inquisición, y tenía en Cali sus respectivos agentes que se llamaban “Familiares del Santo Oficio”.

Todo aquel que había ofendido a otro, con razón o sin ella, cualquiera que fuera su categoría, tenía que pedir perdón, o no había absolución posible. De esto resultaba que, después de Pascua, quedaban restablecidas las buenas relaciones entre todos los vecinos.

A las nueve de la mañana del Jueves Santo, la iglesia estaba colmada; los señores habían ocupado sus asientos, y las señoras se habían ubicado en sus respectivos sitios, pues cada familia tenía señalado su puesto en la iglesia con una tabla cuadrada en el

suelo, sobre la que ponían las grandes y gruesas alfombras que llevaba una criada. Ninguna de ellas invadía jamás el puesto de otra, porque en estos asuntos eran más intolerantes que los hombres.

Ya estaba allí la familia Caicedo con Inés de Lara, todas ellas vestidas con mucho lujo y exquisito gusto según la moda de la época.

En el extremo de uno de los escaños, cerca de la puerta principal, estaban sentados don Juan Zamora y Daniel, vestidos de paño fino; don Juan, con su porte acostumbrado tenía fijos los ojos en el altar mayor; Daniel no veía el altar; su mirada buscaba otra santa boca de la que era devoto.

Luego de la misa, durante la procesión, un sacerdote entregó el estandarte al señor alférez real, a quien correspondía de derecho; otros ayudantes abrieron el dosel de terciopelo carmesí, para que los miembros del Cabildo fueran a cargarlo.

Cuando se concluyó la fiesta, la romería de gente se repartió por las calles de la ciudad, y se dedicaron a visitar monumentos.

Nada tan alegre y pintoresco como el aspecto de la plaza, calles y plazuelas, atestadas de hombres y mujeres, adornados todos con los vestidos más ricos que tenían; por todas partes pululaba el esplendor de la seda, el oro, la plata y las piedras preciosas; las señoras, con sus faldones de brocado, tisú, glasé o terciopelo, y con sus grandes mantos bordados, ostentaban en sus cabezas los elegantes sombreros de pelo, blancos o negros, que les sentaban admirablemente.

Daniel se apegó al recogimiento fervoroso, visitando todos los monumentos junto a la familia del alférez real. Iba con el

corazón en la mano y una angustia que lo devoraba porque un caballero, un comerciante de apellido Arévalo, seguía a todas partes a la familia, sin quitarle de encima los ojos a Inés. A partir de ese día, Daniel lo declaró su enemigo mortal.

Capítulo IX

La enfermedad de Inés

Esa noche hubo en la casa muchas visitas de las señoras importantes de la ciudad, pero al toque de las nueve se despidieron todas.

Inés se retiró a su habitación y llamó a Andrea para que la ayudara a desvestirse.

—¡Qué calor! —dijo Inés, aflojándose el corpiño— No me siento bien. Tengo la cabeza pesada y malestar en todo el cuerpo.

—Eso debe de ser a consecuencia de la agitación del día: ¡tanta y tanta visita! Jamás había visto tanta gente en esta casa.

—¡Y visitas tan largas y pesadas!

—Pero ninguna más pesada que la del señor Arévalo.

—¿Quién?

—El que anduvo siguiéndola el Jueves Santo por todas las iglesias.

—Sí, fue la más larga de todas.

—Es porque está enamorado de usted. Pero si me permite que le diga mi parecer, se lo diré: a mí no me gusta ese blanco, ni a Fermín tampoco.

—¿Y qué le ha hecho a Fermín?

—Nada, pero él no lo quiere porque sabe que el niño Daniel tampoco lo quiere.

—Y Daniel ¿por qué no lo quiere?

—Yo no sé, pero Fermín me ha dicho que desde el Jueves Santo el niño Daniel le tiene un odio mortal. ¡Pobre muchacho!

—Pobre ¿por qué?

—Por nada. Dígame, señorita, ¿se ha fijado usted alguna vez en el niño Daniel?

—Muy poco, Andrea. ¿Y por qué me preguntas eso?

—Porque no hay entre todos los blancos que han venido hoy aquí, ni hay en toda la ciudad, un hombre más apuesto, ni más caballeroso, ni de mejor carácter. Si el niño Daniel fuera noble y rico, ese sí que sería un buen marido para usted. ¡Qué pareja, Dios mío! ¡Qué pareja!

—Basta, Andrea, ya puedes retirarte. Mañana recogerás estos vestidos y las joyas. Deseo acostarme, me siento mal.

Inés se metió en la cama, y Andrea a la suya que estaba en la antecámara de la misma habitación.

Andrea se durmió pronto pensando en Fermín. Inés se desveló, en parte por el malestar y en parte por la inquietud que le produjo la conversación con Andrea.

Al día siguiente, la familia del alférez real se levantó muy temprano, como de costumbre. A las ocho de la mañana sonó la campanilla anunciando que el desayuno estaba servido. Pronto estuvieron reunidos en la mesa todos los miembros de la casa, menos Inés.

—¿Dónde está mi ahijada? —preguntó don Manuel.

—Inés no se ha levantado aún —contestó doña Francisca—, porque amaneció indispuesta. He mandado que la dejen tranquila en cama y que le hagan silencio, tal vez habrá pasado mala noche.

—Pero es preciso saber qué tiene, no vaya a ser principio de alguna enfermedad grave.

Y levantándose de la mesa, se dirigió a la habitación de Inés y le preguntó cómo se sentía.

—Me duele la cabeza y debo tener fiebre, porque siento ardor en los ojos y mi aliento caliente.

Don Manuel le tocó la frente.

—Sí... tienes calentura... bastante fuerte. Esto debe de ser efecto de la agitación de ayer. Voy a ordenar que te preparen un bebedizo. No te alarmes, ya vuelvo —dijo—, y ordenó que le dieran sudor de borraja, una infusión utilizada como sudorífero.

Al terminar el desayuno, las niñas con su madre fueron a la cama de Inés, a darle cuidados y sudor de borraja, achicoria y saúco, la abrigaron con esmero y se retiraron para dejarla tranquila. Solo doña Rosa y Andrea se quedaron para cuidarla.

Después de tres horas de quietud y silencio no se había conseguido que sudara, y la calentura había aumentado.

Doña Francisca y sus hijas también se dedicaron con esmero a los cuidados de Inés, y a darle con estricto cumplimiento todas las medicinas prescritas por el padre fray Camacho.

Grande fue la sorpresa de Daniel al saber que Inés estaba en cama, que había sido preciso llamar médico, y que este había mandado total reposo y cuidados. Preocupadísimo, dio orden a Fermín para que regresara a la hacienda con las bestias y él se quedó allí, listo para lo que se ofreciera.

Allí permaneció toda la noche, en estado de vigilia, no perdía ocasión para preguntarle a Martina y a Andrea sobre el estado de Inés, pero cada vez la angustia crecía dentro de él, la enferma no mejoraba.

A las cuatro de la mañana, cuando se oyó la campana del alba en San Francisco, montó en su caballo con el pecho oprimido, y atravesando la plaza tomó la calle de San Pedro hacia el llano.

Daniel llegó a la hacienda y contó a don Juan Zamora lo que había pasado en la casa de Cali. Pasó todo el día en la mayor angustia sin encontrar alivio y sin tener un instante de reposo. A las doce se atrevió a decirle a Zamora:

—¿No le parece bien, señor don Juan, que mandáramos un muchacho a Cali a preguntar cómo sigue la enferma?

—Claro, manda ahora mismo a Fermín a averiguar cómo sigue la niña... o si quieres ir tú mismo, sería mejor.

—Mandemos ahora a Fermín, y yo iré a la noche para ver si puedo servir en algo.

A las tres de la tarde estuvo Fermín de regreso. Daniel le salió al encuentro:

—¿Cómo sigue la señorita Inés?

—Sigue mala —contestó Fermín—. No han conseguido que sude.

—¿Y qué dice el médico?

—El médico cree que la enfermedad es grave. Ese recado manda mi señora al amo Zamora.

Cuando llegó don Juan y recibió el recado de doña Francisca, dijo:

—Lo siento, Daniel. Sería una lástima que fuera a morir esa niña tan linda y tan buena. Esta noche irás tú, Daniel, por lo que se ofrezca.

—Sí, don Juan, cuando oscurezca, partiré.

Daniel tuvo que tragarse las lágrimas y hacer un gran esfuerzo para mantenerse de pie.

—Llévate a Fermín para que te acompañe.

Apenas comenzaba a oscurecer cuando Daniel y Fermín salieron a todo galope hacia Cali.

Daniel se presentó a las señoras y se puso a su disposición, tratando de disimular la turbación que lo carcomía. Ellas le agradecieron su buena voluntad y lo invitaron a cenar con la familia.

Daniel pasó toda la noche haciendo guardia en la puerta de la habitación de Inés, sentado a veces, caminando de un lado para otro, pidiendo a Dios tener él la fiebre y el malestar que aquejaba el cuerpo de Inés, porque su fuerza varonil podía con la tal enfermedad; pedía noticias a cada rato a Martina y a Andrea. Lo mismo hizo en los dos días siguientes.

Al quinto día Inés amaneció más débil; ya se creía que su mal era un fuerte tabardillo, es decir, tifus, enfermedad mortal la mayoría de las veces.

A las tres de la mañana, Daniel no aguantó más y decidió verla con sus propios ojos. Se acercó sigilosamente a la puerta, temía ser escuchado, pues su respiración se entrecortaba y su corazón parecía tronar como un tambor, dio un paso hacia adentro, vio en la cama el cuerpo de Inés a través de grandes colgaduras de damasco, abiertas por delante; vio a un lado a doña Rosa y a Andrea dormidas, sobre las alfombras de los estrados; una lámpara de plata alumbraba tenuemente la habitación; se

acercó a la cama con paso muy suave, casi levitando por la agonia en que se hallaba; se detuvo de pie cerca al borde de la cama; Inés estaba acostada de espaldas sobre sábanas blanquísimas, cubierta hasta el cuello con colchas de damasco; descansaba la cabeza sobre almohadones; la abundante cabellera estaba tejida en dos gruesas trenzas. Había sacado un brazo, cubierto con el camisón hasta el puño y lo tenía sobre el pecho, con la mano descubierta. El rostro quedaba a la sombra de la cortina; él separó blandamente la cortina para poder ver el rostro y la vio muy pálida, los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la respiración corta y anhelosa.

Daniel la contempló por un rato con inefable ternura; y de pronto, en un impulso irreprimible, besó la mano de Inés.

Ella abrió los ojos.

—¿Cómo se siente?

—Mal —contestó ella, y cerró los ojos.

Un sollozo se escapó del pecho de Daniel, la enferma abrió los ojos de nuevo, pero él no se dio cuenta porque en ese momento se había llevado el pañuelo a la cara y lloraba en silencio.

Inés exhaló un largo y triste suspiro, Daniel temiendo que despertaran las enfermeras y lo encontraran allí, salió al corredor y no hizo más que llorar inconsolable.

Andrea había observado toda esta escena haciéndose la dormida; Fermín ya le había comentado sus sospechas sobre la pasión de Daniel, y ella lo compadecía, resuelta a ayudarle en lo que pudiera.

A las cinco de la mañana salió Daniel para la hacienda acompañado de Fermín, con el corazón partido de dolor. No despegó

sus labios en todo el camino. Su mirada era lela, como encriptada en la tristeza y la nada.

Ese día, dieciséis de abril, hubo más visitas que de costumbre a la enferma. Todos recetaban. Doña Francisca era quien las recibía, porque sus hijas no desamparaban a Inés, que no mostraba mejoría.

—¿Qué enfermedad es la de Inés? —preguntó doña Antonia Cobo.

—Hasta ahora solo sabemos lo que está a la vista, es decir, calentura muy fuerte, con dolor de cabeza y letargo, pero lo que tememos es que vaya a ser tabardillo, dijo doña Francisca.

—¿Y qué remedios le han hecho?

—Muchos, los que ha ordenado el padre Camacho.

—¿Le han dado sudores de borraja, achicoria, saúco?

—Eso fue lo primero.

—¿Y baños calientes con hojas de naranjo y ceniza, hasta las rodillas?

—También se le ha hecho eso.

—Denle la mixtura salina.

—Actualmente se le está dando, pero la calentura no cede.

—Yo creo, doña Francisca, que ya es el caso de darle el aire fijo, no hay más remedio.

El aire fijo era simplemente una toma de soda, que era lo último que, como remedio heroico, se administraba a los que estaban casi agonizando.

—No, señora. Inés todavía está fuerte. El padre estuvo aquí no hace mucho y dejó una nueva receta que se está preparando.

Todas las señoras que entraban de visita hacían las mismas preguntas, y recetaban los mismos remedios. Lo notable era que todas concluían por indicar la aplicación del aire fijo.

Inés continuó enferma de gravedad durante siete días. En todo ese tiempo no cesaba don Manuel de visitarla, de día y de noche.

Daniel y Fermín tampoco faltaban, desde las siete de la noche hasta las cinco de la mañana.

Don Fernando de Arévalo mandaba a preguntar por la enferma todas las mañanas, y Andrea contestaba que seguía mejor.

El diecinueve por la mañana al llegar el padre Camacho a visitar a su enferma, la halló sin calentura; había sudado copiosamente por la noche, estaba fresca y tranquila, pero aún muy débil.

La buena nueva estalló como confite por toda la casa, colmando de alegría a amos y criados. Pero ninguno se alegró tanto como Daniel, no paraba de darle gracias a toda la legión santos y ángeles a quienes había rogado por la recuperación de Inés; en su rostro no se descolgaba la sonrisa. Por la tarde se marchó para la hacienda, con el corazón aliviado de un gran peso.

Al llegar, le salió al encuentro don Juan Zamora:

—¿Cómo está la niña?

—Está mejor, contestó Daniel. La calentura ha desaparecido y el médico la considera fuera de peligro.

—Me alegro mucho, hombre, Daniel. Habría sido una lástima que muriera en la flor de su edad esa joven tan hermosa. Es lo que yo digo. Una joven como esa está llamada a hacer la felicidad del hidalgo español más noble y más encopetado.

Daniel tragó grueso y calló.

Capítulo X

La propuesta de don Fernando de Arévalo

Tres días después de haber entrado Inés en convalecencia, se presentó don Fernando de Arévalo elegantemente vestido. Don Manuel lo recibió en el despacho de su habitación, en audiencia privada como se lo había pedido.

—El paso que doy actualmente, don Manuel, es demasiado serio para mí —dijo don Fernando—. El caso es que estoy prendado de la belleza de la señorita Inés de Lara, y querría, si usted no tiene algún inconveniente, que me concediera su mano, puedo prometerle que pondré el mayor empeño de mi vida en hacerla feliz. Yo le presentaré a usted los documentos que certifican mis bienes, suficientes para vivir con comodidad, también las pruebas de la nobleza de mi linaje.

Don Manuel contestó:

—La propuesta que usted hace es realmente seria. Mi ahijada está convaleciente. Espere que pasen algunos días. Cuando yo la vea un tanto repuesta, le hablaré de su proposición, luego le contaré lo que ella resuelva. Yo, como su tutor, no me opondré a su voluntad. Si ella desea casarse, se casará, si no, continuará

viviendo a mi lado. Hasta no saber el parecer de ella, es inútil que me enseñe los documentos de que me habla.

—¿Y cuándo podré saber esa respuesta?

—Dentro de tres días nos iremos para la hacienda, porque Inés necesita respirar los aires del campo. Allá le hablaré de su propuesta.

—¿Me permite usted que vaya a la hacienda dentro de quince días, a conocer mi suerte?

—Vaya, será bien recibido, pero no se haga muchas ilusiones, es una jovencita reacia al matrimonio.

—No importa, quiero probar fortuna.

—No me opongo, está usted en su derecho.

Don Fernando se despidió llevando pocas esperanzas, porque las respuestas del alférez real fueron muy secas y de mal agüero, pero igual salió ilusionado.

Don Fernando había conocido a Inés en las iglesias, y la había seguido de las iglesias a su casa, sin que ella se diera cuenta de esa persecución sigilosa.

En los tres días siguientes se consagró don Manuel a despachar con el escribano de número y cabildo don Manuel de Victoria, varios asuntos que le incumbían en su calidad de alférez real. El más importante de esos asuntos era el de reunir veinte hombres de contingente para mandarlos a Cartagena a reforzar la guarnición de aquella plaza fuerte. El virrey de Santafé, don José de Ezpeleta, había ordenado se tuviera lista esa gente para el mes de junio, a fin de que un piquete veterano que debía venir de Santafé, la encontrara preparada y pudieran seguir sin demora a su destino.

La víspera de marchar don Manuel para Cañasgordas con su familia, vino a visitarlo el padre Escovar. Departían los dos amigos en una sabrosa charla cuando el paje presentó a una mujer en el despacho. Parecía por su aspecto una madre de familia, iba vestida con pulcritud, descalza como iban siempre las plebeyas. Su semblante tenía dejos de hermosura, pero más predominaba el gesto de aflicción.

—¿Qué quieres, mujer?

—Señor don Manuel, han puesto a mi marido en la cárcel.

—¿Y por qué causa?

—Porque debe doscientos patacones y no ha podido pagarlos al cumplirse el plazo. Pero tenemos bienes, y si lo ponen en libertad, él pagará dentro de poco tiempo.

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Que lo ponga en libertad. A usted lo atienden al momento.

Don Manuel se inclinó, levantó el ruedo de la carpeta que caía hasta el suelo, y tomó un mate debajo de la mesa, contó y dijo:

—Toma los doscientos patacones, ve y págalos para que suelten a tu marido.

—Dios se lo pague, señor, Dios lo bendiga —dijo la mujer—. Ya sabía yo que no perdería inútilmente la vergüenza.

La mujer puso en un extremo de su rebozo todo ese dinero y salió llena de contento.

—¿Quién es esa mujer, compadre? —preguntó el padre Escovar.

—No sé, compadre.

—¿Y el marido?

—Tampoco sé.

—¿Y así da su dinero a gente que no conoce y hasta sin pedir recibo?

—Sí, compadre, esa gente paga, no lo dude.

Al día siguiente salió don Manuel para Cañasgordas con toda su familia, acompañado de Daniel y Fermín en su papel de escuderos.

Diez días después, a las nueve de la mañana, estando don Manuel en su cuarto, dijo a Pedro, su paje:

—Dile a Inés que me haga el favor de venir, que tengo que hablar con ella.

Era admirable cómo se había repuesto con los aires frescos del campo. Ya casi no se le notaban vestigios de la enfermedad. Iba vestida de blanco, color que prefería y que además le sentaba muy bien.

—Siéntate, hija, que tenemos que hablar de un asunto muy delicado.

Inés se sentó en una poltrona.

—Veamos, padrino, ¿qué asunto es ese tan grave que me anuncia?

—Es muy sencillo, ahijada, y en pocas palabras te lo diré: don Fernando de Arévalo me ha pedido tu mano.

—¡Bendito sea Dios! Si no es más que eso ya puedo respirar. Pensé que era algo grave —dijo Inés soltando un suspiro.

—Pero esta cosa es grave ahijada, don Fernando debe venir hoy a saber tu respuesta.

—Mi respuesta es muy sencilla: yo no quiero casarme.

—No, hija, no contestes así tan de pronto. Piénsalo bien. Este asunto reclama un poco de reflexión, ya sea para decir sí, o para decir no.

—Pues en este caso es inútil pensarlo. No quiero casarme. Esa es mi voluntad. Padrino, usted que es tan franco, y que jamás pide plazo a nadie para decir lo que piensa, sabrá comprenderme.

—Es verdad, pero yo quisiera que te tomaras unos días para pensarlo, y si insistes en tu negativa, nada tendré que alegar.

—Inés insistió en tono definitivo. No, padrino, no quiero casarme.

—Mira que este sujeto es de familia importante y además hombre rico. Ya has desairado a otros, y no creo que quieras quedarte para vestir santos.

—Dígale por favor a ese señor, que yo estoy contenta con mi libertad, que soy muy feliz al lado de mi padrino y que no cambio mi suerte ni por la de mi señora la virreina.

—Pero piensa, hija, que ya son muchas las propuestas que has desechado, y que la gente, como te he dicho otras veces, podrán pensar que soy yo quien me opongo a que te cases, para disfrutar de tu herencia. La herencia que te dejó tu padre está disponible, y el día que te cases recibirás de mi mano los treinta mil patacones con sus intereses.

—No se altere, padrino, que nadie será capaz de poner en duda su honorabilidad. Y no hable de intereses, padrino, porque que éstos sirven para los gastos de mi permanencia en esta casa.

—¡Por la Virgen Santísima! —exclamó don Manuel poniéndose otra vez de pie— ¡Nadie me había hecho jamás un agravio semejante! Y este me lo hace ahora, no diré mi ahijada, ¡sino mi hija! Sí, mi hija, porque así te considero. ¡Pagar la permanencia! ¡Y esto en mi casa! ¡Y me lo dice mi ahijada!

Diciendo esto comenzó a pasearse agitado, con las manos a la espalda.

—Padrino, por Dios —le dijo Inés—, hoy como que está usted con la luna. Todo cuanto le digo le molesta. Nunca se ha mostrado tan airado conmigo. Perdóneme, que no fue mi intención ofenderle.

—Bien, Inés. Te perdono, porque sé que no tenías ánimo de ofender. Esta casa es tuya, porque es mía, y mientras tú lo quieras vivirás a mi lado, muy a gusto mío.

Inés sonriendo le dijo:

—Entonces dígame a ese señor que yo no pienso en casarme, y no tenemos más que hablar.

—Eso no. Cuando llegue don Fernando, le diré que tú pides unos días para pensarlo.

—De ninguna manera, señor. El solo hecho de pedir plazo hace suponer que yo podría casarme con él. Y poniéndose muy seria le replicó:

—No, jamás, no quiero, y si su merced no me permite vivir así, le suplico me mande al Convento del Carmen, a Popayán, en donde está la hermana de mi señora María Francisca.

—No, no. Aquí estás bien. Permíteme que le diga a ese hombre, que solo hoy te hablé de su pretensión y que yo te he dado plazo de quince días.

—Si a mí me hace directamente su propuesta, desde hoy lo despacho con vientos frescos.

—No, hija. Es asunto de pura cortesía. Déjalo a mi cuidado. Y ahora que tú lo rechazas, te confesaré que a mí tampoco me agrada. Tú mereces algo mejor.

Apenas había terminado esta reunión cuando rechinó la puerta al abrirse de golpe, y entró don Fernando de Arévalo.

Don Manuel lo recibió con cortesía, lo llevó a la sala e hizo salir a las señoras para que recibieran la visita.

Don Fernando conversó con ellas con galantería, fijando a cada rato su mirada en Inés, ansioso de descubrir en los ojos de ella alguna señal a sus esperanzas.

Pero Inés lo trataba con la cortesía con que trataba a todos, sin mostrar ninguna actitud de afecto.

Cuando dio las doce, entró una criada y preparó la mesa para la comida.

Mientras comían, don Manuel y Arévalo sostenían la conversación; y este señor no perdía oportunidad para mirar a Inés con ojos de enamorado. Daniel ya lo había notado, no podía llevarse bocado a los labios ya tensos, estaba atento a este hombre y a Inés, deseaba a todo riesgo saber si Inés le correspondía.

Durante la comida Daniel notó la manera como don Fernando miraba a Inés, y sintió una punzada de celos. Para colmo de males, tuvo la pena de retirarse a cumplir con sus deberes, dejando a ese hombre en conversación familiar con las señoras.

Las señoras por su parte se turnaban para atender esa tediosa visita, Inés fue la que menos tiempo permaneció en la sala.

Don Manuel se retiró a su cuarto a dormir la siesta, hábito que nunca interrumpía; pero mandó a decir con su paje a don Fernando que lo esperaba en su despacho a las dos de la tarde.

Don Fernando acudió a la hora en punto, y allí le dijo don Manuel que solo ese mismo día había presentado a Inés su propuesta, y que le había concedido quince días para que reflexio-

nara y diera la respuesta, pues un plazo en asunto tan serio era indispensable hasta por decencia.

Don Fernando le respondió que sentía mucho tener que permanecer en la ansiedad por quince días más, pero que se sometía resignado.

Siguieron hablando sobre diferentes temas hasta que don Fernando, sacando su reloj y viendo que eran las cuatro, pidió su caballo, se despidió de las señoras y de don Manuel y partió decepcionado para Cali.

Al acercarse a la puerta de golpe para salir, llegaba del llano Daniel y se acercaba a ella para entrar.

Don Fernando detuvo su caballo al lado de adentro, y Daniel detuvo el suyo al lado de afuera; la puerta estaba cerrada en medio de los dos. Entonces don Fernando, le ordenó:

—Abre la puerta.

—Ábrala usted —contestó Daniel.

—Eres muy insolente.

—Y usted muy altanero.

Don Fernando pensó darle con su látigo, pero se contuvo porque ignoraba qué puesto ocupaba ese joven en la hacienda.

—Creo —le dijo— que tú perteneces a la servidumbre de esta casa, y en ese caso deberías hacer los honores a los que llegan.

—Yo no pertenezco a ninguna servidumbre. Soy secretario privado del señor alférez real y le sirvo a él y a su familia. Pero después de ellos, no me humillo ante nadie. ¡Del rey abajo, ninguno!

Un negro que había observado la discusión, llegó y abrió la puerta. Don Fernando se lanzó afuera primero, y al pasar por delante de Daniel, le dirigió una mirada colérica y le dijo:

—¡Ya nos veremos!

—Cuando usted guste —dijo Daniel levantando el rostro y correspondiéndole con mirada de fiera enardecida.

Los celos provocaron en él un lenguaje ajeno a su acostumbrado carácter. En ese instante se encendió el hombre enamorado que había dentro de él. Daniel acababa de enarbolar la bandera de guerra a su rival.

Capítulo XI

Diana y Endimión

Después de la cena, Daniel se fue a su cuarto muy preocupado, el desasosiego en su espíritu no le daba tregua, sentía un agujón metálico punzando su corazón, iba y venía de un lado para otro como un animal acorralado. Entró a la cocina, donde no solo se cocinaban las comidas sino también los rumores y las pequeñas intrigas de la casa. Daniel se sentó en un banco de ladrillo y puso el tema que lo tenía de vuelta y media.

—¿Cómo te pareció don Fernando Arévalo, Martina?

—Maluco... como todos los blancos. No puedo creer que la señorita Inés se vaya a casar con él.

—¿Que se casa? —gritó Daniel, sin poder disimular su alarma.

—Sí, señor, se casa, y según parece será pronto.

—Pero ¿cómo saben ustedes eso?

—Porque Pedro oyó el trato entre don Manuel y ese señor.

—Pues yo creo que Pedro se equivoca —dijo Daniel—. Es imposible que con el temperamento que tiene la señorita Inés, vaya a aceptar el capricho de semejante payaso.

—No me equivoco —dijo Pedro—. Yo lo oí con estos oídos que han de comer la tierra.

—Y bien, ¿qué oíste?

—Oí que ese señor le había pedido a don Manuel la mano de la señorita Inés desde Cali, y que lo había citado para darle hoy la respuesta. Don Manuel le dijo que la señorita Inés le daría el sí en quince días, y que no se lo daba hoy mismo porque era preciso pedir ese plazo por decencia. Eso oí desde afuera de la puerta, no hablaban en secreto.

Pedro lo contaba como lo había entendido, y lo sostenía con tenacidad, para hacer creer que él era persona enterada de los secretos de los señores de la casa.

Daniel sentía correr la sangre a galope por sus venas, sus sienes iban a reventar por la fuerza de las palpitaciones de ira. Por largo rato no pudo moverse, hasta que al fin, sin decir palabra y haciendo un esfuerzo supremo, se retiró a su cuarto y se tendió en la cama, herido de muerte.

Fermín, que comprendió cuán dolorosa debía de ser para su amigo esa noticia, lo siguió hasta su cuarto. Trató de sacarle alguna palabra de desahogo, pero Daniel no contestó.

Fermín pudo verlo tendido de espaldas en la cama, con los ojos cerrados y un brazo sobre la frente. Viéndolo en tal estado, resolvió quedarse para acompañarlo en su tragedia, tenía la esperanza de que al fin le dijera algo. Pero el tiempo pasaba sin que Daniel diera señales de vida. Calculando Fermín que ya eran las once y que era tiempo de ir a dormir, se acercó a la cama a despedirse. Daniel no contestó.

Notó que tenía movimientos convulsivos; le tomó una mano y la encontró ardiendo de calentura. Empuñaba rabiosamente un pañuelo blanco.

—Daniel —dijo Fermín— ¿Está enfermo? ¿Qué siente?

Daniel, como volviendo de un letargo, comenzó a quejarse y a pronunciar frases incoherentes. Era evidente que deliraba.

Fermín salió rápidamente a su casa en busca de Martina.

—¿De dónde vienes tan tarde? —le preguntó ella.

—Vengo del cuarto de Daniel, vine lo más rápido que pude para decirle que está muy malo, con mucha fiebre, delirando. Debe dolerle la cabeza porque se queja mucho, además, está convulsionando.

—¿Pero no estaba bien hace poco? ¿No estuvo conversando en la cocina? ¿De dónde le brotó esa enfermedad así de repente?

—Yo no sé, pero creo que debemos ir a acompañarlo esta noche y a hacerle algún remedio.

—¿Y qué remedio puede hacersele a esta hora? Todos duermen ya en la casa, hasta don Manuel, que podría decirnos qué se le hace por lo pronto.

—No importa, voy a acompañarlo. Puede ser que el delirio le pase y quiera tomar agua.

—Vamos, Fermín, ese pobre muchacho no debe pasar la noche abandonado.

Daniel deliró toda la noche, la mayor parte eran palabras ininteligibles y en voz baja, se distinguían a ratos los nombres de don Juan y de Fermín, y otras veces el de Arévalo. Pero había una frase que repetía con claridad: ¡Se casa!

Así se pasó la noche. Poco después del amanecer, Fermín resolvió ir a dar cuenta de la enfermedad de Daniel. Don Manuel fue al instante a ver al enfermo, lo pulsó, observó todos los síntomas de la enfermedad, no puso atención alguna en los disparates que hablaba, y llamó a Fermín.

—Vete ahora mismo a Cali, a llevarle una carta al reverendo Camacho. Lleva un caballo a cabestro, por si cree necesario venir a ver al enfermo.

Para ganar tiempo, don Manuel tomó el libro de medicina de Tissot. Estuvo leyendo largo rato, de una y otra parte del libro. Llamó a Martina y le indicó los remedios que por lo pronto debían hacerse al enfermo: paños mojados en agua fría, en la cabeza, y cataplasmas en las piernas. Mandó a que se le pusiera otra almohada, para que pudiera conservar en alto la cabeza.

Durante el desayuno, don Manuel anunció con pesar y preocupación a su familia, la repentina enfermedad de Daniel y el carácter grave que presentaba. Los hacendados de aquellos tiempos solían saber algo de medicina casera para atender en los primeros momentos tanto a los miembros de la familia como a los esclavos que se enfermaban.

A las nueve llegó Fermín con el padre Camacho y con el barbero de la ciudad, que hacía el oficio de sangrador. El padre visitó inmediatamente al enfermo, y después de examinarlo con atención, le hizo dar una sangría en el brazo, y ordenó le pusieran sanguijuelas detrás de las orejas y que, cuando pasara el delirio, le aplicaran un cáustico en la nuca.

Terminada la visita al enfermo, pasó a la sala en donde lo esperaban las señoras con el desayuno. Le preguntaron por el estado de Daniel y respondió con claro gesto de preocupación que estaba muy mal, su pronóstico era desalentador, pues muy pocos solían salvarse.

—Pero anoche estaba bien, ¿cuál cree usted que sea la causa de ese ataque tan grave? —preguntó doña Francisca.

—Yo creo —contestó el padre— que Daniel ha sufrido algún fuerte sacudimiento moral, alguna súbita y violenta pesadumbre que puede llevarlo a una muerte inminente.

El diagnóstico del padre ya venía siendo elaborado mientras iba camino a la hacienda:

—¿Ha sufrido Daniel algún golpe?

—No señor.

—¿Ha estado expuesto por largo tiempo a los ardores del sol?

—No señor.

—¿Sabes si ha tenido alguna tristeza?

Al oír esta pregunta, Fermín no supo qué contestar, sabía que él no debía revelar el secreto, pero el médico necesitaba conocer la verdadera causa del mal para poder dar con la cura.

—Yo creo que Daniel ha tenido una gran tristeza.

—¿Y cuál ha sido?

—Parece que él quería casarse con una niña de Cali, y anoche supo que ella se casaba con otro.

—¡Con razón! ¡Infeliz! Esos dolores son profundos, y recibidos de repente, producen fiebres cerebrales, y esta es la enfermedad que él tiene, no hay duda.

Cuando el padre se despidió, pasaron las señoras a visitar al enfermo; doña Francisca iba adelante y de última iba Inés.

En el cuarto del enfermo estaban don Juan Zamora y Martina. Fermín había ido a la ciénaga a recoger las sanguijuelas. Daniel seguía quejándose y delirando de cuando en cuando. Doña Francisca se acercó a la cama y tocó el cuello del enfermo con el envés de su mano. Estaba ardiendo.

Inés se fijó atentamente en el enfermo que estaba tendido de espalda. Repasó aquel torso fuerte y masculino, siguió lentamente las líneas de su cuerpo hasta llegar al rostro. Tenía una expresión exquisita. Sus labios carnosos y definidos estaban encendidos por la fiebre, igual que sus mejillas. Un extraño palpar sacudió el cuerpo de Inés.

De pronto, notó que tenía en la mano un pañuelo blanco; lo miró con atención y recordó entonces que pocos días antes se lo había regalado a Andrea. Examinó con curiosidad el cuarto de Daniel; en la mesa donde él escribía había una cuartilla de papel, unos pocos renglones cortos, parecían versos.

Se levantó con disimulo, quería leer el papel, se acercó con prudencia a la mesa y pudo leer un texto apenas comenzado:

*¿Por qué remonta el águila su temerario vuelo
Cual si quisiera intrépida al mismo sol llegar?
¡La unión es imposible! Dios quiso colocar
Las aves en el aire, los astros en el cielo.*

En eso llegó Fermín llevando en la mano un frasco de cristal lleno de agua en donde nadaba un montón de sanguijuelas.

Inés salió a avisarle a doña Francisca. Mientras atravesaba el pasillo, caminaba lentamente mientras repetía:

“Las aves en el aire, los astros en el cielo...”.

Doña Francisca acudió de inmediato y aplicó las sanguijuelas con destreza. Cuando las quitaron llenas de sangre, volvieron a sus habitaciones a esperar que hiciera efecto la cura.

Inés se retiró a su habitación con Andrea; y una vez allí, le preguntó:

—¿Qué hiciste el pañuelo blanco que te di en Cali?

Andrea se ruborizó y se quedó callada.

—Dime la verdad —insistió Inés—, pues ya sé a dónde fue a parar el pañuelo.

—Yo nunca le digo a usted una mentira. El pañuelo se lo di a Fermín, pero si hice mal, iré a pedirselo.

—No es necesario que se lo pidas, basta con que le preguntes qué hizo con él.

—Voy ahora mismo. Allí está en el cuarto del niño Daniel —Andrea salió, y un instante después estuvo de vuelta.

—Dice Fermín que Daniel se lo pidió diciéndole que ese pañuelo era el preciso para atarse la cara cuando le duelen las muelas, y que le dio en cambio uno de seda, que Fermín me regaló después.

—¿Y en dónde está ese de seda?

—Voy a enseñárselo.

Andrea pasó a la pieza contigua que le servía de dormitorio, abrió un baúl, sacó el pañuelo y se lo mostró doblado a Inés.

Inés tomó el pañuelo, lo desdobló y lo examinó; luego lo acercó a su nariz y suavemente aspiró cada doblez, buscando el olor de Daniel.

—Es un hermoso pañuelo, de buena seda y muy fino, Fermín ganó en el cambio. Dime Andrea, ¿tú sabes algo de la causa de la enfermedad de Daniel?

—No señora. Anoche temprano estaba bien. El padre Camacho dice que ha sufrido un sacudimiento moral... ¿qué será eso?

—Sacudimiento moral es alguna pesadumbre profunda, una desgracia repentina, algún dolor de esos que se sienten solo en el alma.

—¡Ah, entonces ya sé la causa de la enfermedad!

—¿Y cuál es?

—No me atrevo a decírsela.

—¿Así tan mala es esa causa que no te atreves a decírmela?

—Es que usted podría enfadarse conmigo.

—No seas tonta, dila, cualquiera que ella sea, no me enfadaré.

—Daniel cayó en ese accidente anoche a las nueve, al momento en que supo que usted se casaba.

—¿Y quién ha dicho que yo me caso?

—Pedro dijo en la cocina delante de Daniel, que ese señor había pedido su mano a don Manuel, y que usted le daría el sí dentro de quince días. Que no le daba el sí ayer mismo, porque era de buenos modales pedir unos días de plazo. Daniel se enojó y le dijo a Pedro que una señorita como usted no podría jamás enamorarse de un payaso. Pero Pedro insistió que lo había oído con sus oídos. Desde ese momento Daniel se levantó y se fue a su cama, según me contó Fermín, quedó privado y desvariaba.

—¡Pero qué estupidez! No hay ninguna boda. Yo contesté que no quería casarme, y fue mi padrino quien dijo que no debía decirle eso enseguida. Que por decencia debía pedirse un plazo de quince días para contestarle, pero esa contestación era resueltamente un no. ¡Pedro estúpido!

Por un largo rato, Inés se quedó inmóvil en el sillón, con la cabeza inclinada y su mirada fija en el suelo.

Fermín estaba en expectativa, con el caballo ensillado esperando órdenes. A las tres de la tarde lo mandó don Manuel a Cali, a darle cuenta al padre Camacho del estado en que se hallaba el enfermo y del resultado de los remedios; a las seis estuvo de regreso con nuevas prescripciones escritas.

Por la noche estuvieron las señoras haciéndole las últimas aplicaciones ordenadas por el padre, y se retiraron a las nueve, dejándolo sin mejoría alguna, y con orden de que las llamaran en caso necesario.

Inés permanecía en su cuarto, una angustia le oprimía el pecho, estaba agitada y sin deseos de irse a dormir.

A las diez llamó a Andrea y le ordenó que preguntara cómo seguía Daniel; Andrea fue y al momento volvió para contarle que estaba muy mal y que continuaba el delirio.

Inés sintió desfallecerse, comenzó a hablar muy bajo, como si estuviera rezando. Así permaneció largo rato.

De repente se levantó y le dijo a Andrea:

—Acompáñame a ver a Daniel.

Eran las once de la noche; Fermín estaba sentado en la puerta del cuarto; Martina dormitaba en la sala.

Al llegar Inés, Fermín se puso de pie. Ella le dijo:

—No te muevas, vengo a ver cómo sigue, antes de acostarme.

Andrea se puso a hablar con Fermín en voz muy baja; Martina continuó dormitando y no sintió que Inés entraba.

Atravesó la sala y se detuvo en la puerta. Al llegar allí se puso la mano sobre el corazón como para acallar sus latidos. Daniel estaba a media luz, deliraba, y era muy poco lo que se le entendía.

Inés puso la mayor atención tratando de entender el sentido de alguna frase o por lo menos de alguna palabra.

Escuchaba sin entender nada, de pronto, oyó claramente que decía con insistencia:

“¡Se casa! ¡Se casa!”.

Fue como si cayera una tormenta repentina y terrible dentro del pecho de Inés, sintió una pena tan grande y al mismo tiempo una ternura inmensa por ese hombre que yacía delirante de amor y dolor. La amaba, Daniel, la amaba a morir. Inés respondió a sus instintos, se sentó en el borde de la cama, sus caderas rozaban el torso febril de Daniel, tomó su mano, la apretó contra su mejilla, y acercando sus labios casi al roce del oído, le susurró suavemente:

—¡Daniel, Daniel! ¡Óyeme, Daniel! No me caso. ¡Daniel, Daniel! No me caso ¿Me oyes? Soy yo, Inés.

Daniel dejó de delirar, como si realmente hubiera entendido, pero no abrió los ojos, ni contestó ni pronunció una palabra más.

Ella, temerosa de que la hubieran oído, apretó la mano de Daniel contra su pecho, como para despedirse, y salió apresuradamente de la habitación. Al salir de la sala, le dijo a Andrea:

—Quédate acompañando a Martina un rato. Te dejaré la puerta ajustada para cuando quieras ir a acostarte.

Y con ligeros pasos se dirigió a sus habitaciones. Acababa de hacer con Daniel lo que hacía Diana, la casta diosa, cuando enamorada y compadecida de Endimión, pastor de Caria, iba a visitarlo dormido en la caverna del monte Latmos.

Al entrar en su cuarto, se dejó caer de rodillas junto a su cama, reclinó la cabeza sobre los brazos y rompió en un amarguísimo llanto; como si hubiera muerto para ella toda esperanza.

En medio de su desconsuelo, repetía entre sollozos:

“¡Dios mío, Dios mío! ¡Mírame, no puedo más! ¡Esta lucha es superior a mis fuerzas! ¡Bastante he resistido! Desde el principio supe del amor de Daniel y me hice la desentendida. ¡Que más podía hacer yo, he tratado de aplacar esta locura que se apode-

ra de mi alma, yo no he alentado este amor insensato con una palabra, ni siquiera con una mirada, yo no le he dado alas, Dios mío, Dios mío, qué voy hacer, qué infeliz soy, cuántas veces he fingido indiferencia, Daniel es mi único pensamiento, y cuando lo veía mi alma se iba tras él, estoy cansada, ya no puedo más, él me ha estado amando como un loco!

¿Y yo? ¿Y yo? ¡Ay qué desgraciada soy, yo lo amo, sin dejar que sepa de esta pasión que me enciende y me hiere, yo he sido más infeliz que él porque sé que no tenemos ni una mísera esperanza, qué va a ser de mí, por qué no me dejaron morir cuando estuve enferma, tal vez él hubiera muerto también de pesar y ya todo habría acabado! Ahora, si a Daniel le sucede algo, yo moriría. ¡Qué voy a hacer Dios mío!

El llanto la ahogaba y su voz se entrecortaba con el dolor que desgarraba su aliento. Así estuvo más de una hora, abatida, vencida por la tristeza.

Pasada la medianoche, entró Andrea, tratando de no hacer ruido, sin embargo, Inés despertó sobresaltada por el chirrido de la puerta.

—¿Cómo sigue Daniel?

—Está tranquilo —contestó Andrea— y parece que duerme. Doña Martina dice que le ha bajado la calentura y que es el primer momento de alivio que siente el pobre desde que cayó en cama.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Inés con un suspiro que no pudo retener, elevando sus ojos al cielo.

Por fortuna la agitación había sido tan grande, que al calmarse con la noticia de que Daniel estaba mejor, se sintió rendida de cansancio y pronto se quedó dormida.

Capítulo XII

Los dos huérfanos

A l amanecer, Andrea fue a la habitación de Daniel.
—¿Cómo ha pasado la noche? —le preguntó.

—Nunca había tenido una noche más plácida, esta madrugada tuve una experiencia de otro mundo, ha sido delicioso. Me pareció que un ángel blanco se acercaba a mi cama, me tomaba la mano y me decía “Inés no se casa”. Luego desapareció.

—Eso no fue un sueño.

Daniel quedó mudo de la sorpresa.

—Sí, digo que no fue sueño.

—¿Pero hay en realidad ángeles que bajen así visiblemente a la cama de los moribundos?

—Sí los hay, de carne y hueso. Fue la señorita Inés quien vino anoche y oyendo que deliraba se acercó a usted y le dijo que ella no se casaría.

—¿Ella misma me lo dijo?

—Ella misma.

—¡Bendita sea!

Quince días después de su enfermedad, Daniel estaba sentado en una silla en el corredor, vio salir a las señoras en dirección a la quebrada de Las Piedras. Poco rato después, apareció Inés en la puerta de la sala, y saludándolo desde allí, le dijo:

—¿Cómo va la mejoría?

—Voy bien, señorita, mil gracias.

—Ven acá un rato, conversemos para que te distraigas. Lo hizo sentar muy cerca de ella y tomó la costura, pero antes de dar una puntada, lo miró fijamente, ella sabía hasta dónde podía llegar con esos ojos.

Se quedaron un rato en un silencio en el que retumbaba la respiración agitada y temblorosa de ambos. Al fin Inés, haciendo un esfuerzo, le preguntó:

—Dime, Daniel, ¿cuál fue la causa de tu enfermedad?

—La ignoro absolutamente, el ataque fue repentino, y solo cuando pasó el mal vine a darme cuenta que había estado enfermo.

—Si no sabes cuál fue la causa, yo sí la sé Daniel.

—¿Usted la sabe? —dijo Daniel sorprendido.

—Sí, creo saberla, y si quieres te la diré.

—No, contestó resueltamente, no quiero saberla, por lo menos ahora.

—Pues sí te la diré y lo haré ahora mismo que estamos a solas, tú me amas apasionadamente y te enfermaste porque te dijeron que yo me casaba.

Como un reo que está oyendo su sentencia de muerte, Daniel se arrodilló y le dijo:

—Sí, es verdad, yo la amo, perdóneme si es un atrevimiento, pero este amor no tiene remedio ¡Yo la amo!

—Levántate, no quiero que te vean, siéntate a mi lado... Sé que me amas desde hace tiempo, pero esto no puede ser, tú conoces las reglas de mi padrino y sabes que una relación entre nosotros es imposible y no por mí. Al pronunciar esta última frase, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Inés —le dijo Daniel—, no llore, sus lágrimas me duelen.

—Si tanto la hace sufrir esta locura, prefiero morir.

—No, Daniel —dijo Inés enjugándose las lágrimas—, no quiero que nada malo te pase, no quiero sentirte lejos de mí.

—Mi amor ha sido silente, casi una neblina, desde el día que la vi por primera vez, supe que estaba perdido, perdido en sus ojos, en su voz... Quiero que sepa que este hombre sin fortuna, ni padres ni linaje la seguirá como la luna a su reflejo en el agua, no me importa lo que me diga, no quiero curarme de esta locura de amarla, dueña de mis noches y mis sueños.

—Bien, Daniel, ámame con todas tus fuerzas, aunque sepas que lo haces contra el destino. Yo nunca podré caminar de tu mano ni amanecer a tu lado. ¡Cómo me duele que nuestro amor nazca muerto, que lo que debiera ser una dicha sea una desgracia!

—¿Nuestro amor? ¿Qué ha dicho usted? ¿Nuestro amor? ¿He oído mal?

—¡Ah, no! Yo no dije eso —replicó Inés alarmada.

—Sí, lo ha dicho, acaba de decirlo, no lo niegue ¡No sea cruel conmigo!

Inés lo miró por un momento con profunda ternura, y luego, bajando los ojos, contestó suavemente:

—Es verdad, eso he dicho.

—¡Dios mío! ¡Esto es demasiado! —poniéndose en pie de un brinco, se llevó las manos al corazón, y sabiéndose ya de Inés, se deshizo de esa otra barrera que les daba la formalidad:

—¿Pero es posible? ¿No es un sueño? Es verdad que tú, la más hermosa de las mujeres, ¿has fijado tus ojos en mí?

—Daniel, yo no soy de piedra. Y si no te hubiera visto al borde de la muerte por mi culpa, todavía estuviera callando esto, pero no puedo más, ¡me rindo!

—¡Me haces el hombre más dichoso de todos! ¡Jamás me hubiera atrevido a soñar tanta dicha!

—Pero ¿qué va a ser de nosotros ahora? Pensar en una relación es un imposible, tú mismo lo escribiste en el poema: “Las aves en el aire, los astros en el cielo”.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Daniel admirado.

—Porque vas dejando rastros por doquiera. Estuve enferma, y lloraste al borde de mi cama y besaste mi mano. Le pediste a Fermín un pañuelo que había sido mío, y durante tu enfermedad apretabas ese pañuelo contra tu pecho. Dejas sobre la mesa de tu cuarto, versos que revelan lo que sientes. Casi herido de muerte porque te dicen que voy a casarme, caes enfermo y en tu delirio dejas salir tu amor y tus celos. ¿Cómo no ibas a enamorarme?

—...

—Daniel, ¿qué vamos a hacer?

—No te preocupes por eso ahora, sabes que nada diré, además, ¿quién conoce los arcanos de Dios? ¿No hay acaso una Providencia que vela por la suerte de los mortales y que ampara y favorece a las almas enamoradas?

—Daniel —dijo Pedro en voz alta desde la puerta de la sala—, don Manuel lo llama.

—Voy al instante —contestó Daniel.

Inés le tendió la mano, y él la besó con delicadeza llevándola a su pecho sin importarle que podían ser vistos. Cuando Inés se quedó sola en la sala, se cruzó de brazos, estaba encendida como un clavel, comenzó a decirse: ¿habré hecho mal? Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo negarlo? Y ahora, después de esto, ¡ha terminado de encenderme por dentro! ¡Qué me importan a mí las riquezas! Tengo lo bastante para ser felices los dos. Pero ¿y cómo se lo explico a mi padrino y qué hago con esas tontas reglas? ¿Y qué hago con la voluntad de mi papá? En esto sintió la voz de las señoras que regresaban del baño, y tuvo que interrumpir su soliloquio.

Capítulo XIII

El paje y Arévalo

Daniel acudió al llamado de don Manuel.

—Entra, Daniel, ¿cómo te sientes?

—Muy bien, ya puedo trabajar normalmente.

—Lo celebro mucho. Ven a escribir una carta. Siéntate.

Don Manuel dictó:

Señor Fernando de Arévalo. Muy señor mío: la presente tiene por objeto comunicarle que Inés de Lara y Portocarrero, mi ahijada, no desea y no quiere comprometerse en matrimonio; y me ha encargado que le haga saber, que le agradece por crearla digna de ser su esposa. Nuestro Señor le dé mucha salud. Cañasgordas, Mayo 30 de 1789.

Terminada la escritura, Daniel le echó arenilla y se la presentó; él la leyó y puso su firma: “Manuel de Caicedo”.

Daniel se puso de pie para retirarse y preguntó:

—Señor, quiero pedirle un favor. Un amigo mío se casará el domingo y me ha elegido como padrino. Me iría el sábado por la tarde y regresaría el lunes muy de mañana.

—Está bien, puedes ir. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Manuel Arce.

—¿Y la novia?

—Mercedes Salguero.

—¿Es de los Salgueros de Catayá?

—Sí señor.

—Buena gente. ¿Y qué piensas llevarles para la boda? Porque supongo que les llevarás algo.

—Nada, señor.

—Eso no puede ser. Dile a Zamora que mande mañana una novilla gorda a Catayá en tu nombre. Yo daré orden a María Francisca para que te dé una botijuela de vino.

Entre tanto Pedro, a quien don Manuel llamaba Roña, seguía su camino en dirección a Cali.

Arévalo abrió la carta con precipitación, la devoró con la vista, y quedó en un profundo silencio. Al rato dijo al paje:

—Da la vuelta por el portón y entra, que tengo que hablar contigo. Arévalo se sentó en un escaño que allí había, y el paje quedó de pie.

—Tú eres el paje de don Manuel, estás siempre en la puerta de su cuarto y ves qué personas entran en la casa y cuáles salen de ella. Dime, ¿sabes si Inés de Lara tiene algún novio?

—No señor, no lo sé.

—¿Nadie la visita? ¿Ama a alguien?

—¿Cómo voy a saber eso?

—Tú sabes algo... ¿por qué qué te ríes? Toma este patacón para que compres cigarros.

—El que parece quererla mucho es el niño Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Es el escribiente de la hacienda.

Fue a la tienda y sacó de ella un pañuelo de algodón de colores vivos y lo dio al paje. En seguida le dijo:

—¿Por qué crees que la quiere?

—Porque el otro día que ella estuvo enferma, Daniel llegó a la cama, le besó la mano y se puso a llorar, y hoy, antes de salir de la hacienda para acá, los vi conversando muy animados a solas en la sala. ¿Quiere saber algo más?

—No. Vete. La carta no necesita contestación.

Capítulo XIV

Una nueva Arcadia

El día estaba magnífico. Llegaba junio con su espléndido clima y las señoras de la casa organizaron un paseo al río Pance. Daniel y Fermín prepararon los animales. A Daniel lo emocionaba la idea de escoltar a Inés.

El sol de junio brilla mucho y quema poco; no marchita la grama ni los árboles, ni merma el caudal de los arroyos, como el sol de agosto, que tuerce las puertas y achicharra las flores. Para Inés y Daniel, el paisaje era una extensión de la sensualidad que significa un amor prohibido, cómplice y secreto.

Cuando coronaron el lomo de la colina, se detuvieron para gozar de la panorámica. Desde allí se distinguía toda la colina cubierta de césped y su larguísimo declive, como si fuera obra de albañil maniático; ni una cabaña ni un árbol ni una mata impedían que los ojos la exploraran íntegra, desde su origen hasta su término, desde el monte al llano.

Al norte el horizonte es tan extenso y el valle por ese lado es tan bajo, que, como en el mar, se alcanza a ver el cielo sin alzar los ojos. A dos leguas de distancia se levanta la ciudad de Cali, reclinada sobre las faldas de la cordillera, coronada de montes y collados, de campanarios y de palmas, arrullada por el murmu-

llo de su río, a la sombra de sus naranjos, nísperos y tamarindos, refrescada por las brisas de la sierra y perfumada por el aroma de los azahares, flor de blancura sin mácula, emblema de la pureza, escogida por las vírgenes para tejer con ella sus coronas.

—Mire, Daniel, allá lejos, del otro lado del río Cauca, en medio de esas selvas, se ven muchas casas de teja, ¿serán haciendas?

—Esas no son casas de teja —dijo Daniel—, esas son las copas de los cachimbos que sobresalen y están florecidos.

Cuando estuvieron cerca del río, caminaron un rato a la sombra de un bosque de madroños cargados de fruto. El rumor del río convidaba a meterse en sus aguas. Fermín los llevó a la playa, cubierta de menudos guijarros, por donde podían escoger el remanso que más les provocara.

Bañarse allí era atravesar una lámina líquida, delgada y transparente.

Cuando se bañó, Inés subió sobre la barranca de la mano de Zamora y Daniel; comió con ganas los más jugosos madroños que Daniel puso en sus manos. De regreso a la hacienda, Inés y Daniel se retrasaron.

—Por qué será —dijo Daniel— que hoy estas llanuras están más hermosas que otras veces, tan hermosas, que duelen... Bendita sea esa enfermedad que cambió mi suerte.

—No te hagas ilusiones, Daniel. Tu suerte no ha cambiado.

—Yo, para ser feliz, solo necesito que sepas cuánto te amo y eso me basta.

—Pero, Daniel, no hay cosa peor que un amor sin esperanza, ahora estamos en peor situación que antes.

—Solo para los que están en el infierno muere la esperanza, ¿quién sabe los designios de Dios? Inés, no me falta valor para decirte:

*Busquemos otro llano
busquemos otros montes y otros ríos
otros bosques floridos y sombríos
do descansar y siempre pueda verte
ante los ojos míos
sin miedo y sobresalto de perderte.*

—Qué hermosos versos hace usted, Daniel.

—Esos versos no son míos, son de uno de nuestros más grandes poetas, de Garcilaso de la Vega ¿Ves allá al oriente esas montañas azules? Del otro lado de esa cordillera hay gente, hay pueblos. Allá queda el reino. Pues bien, quisiera tomarte por la cintura, montarte en mi caballo y salir a escape contigo, y pasar esas sierras, caer al otro lado y presentarme al cura del primer pueblo que encontrara y pedirle nos echara la bendición.

—¡Daniel! Antes de llegar a ese pueblo, habría muerto de vergüenza en el camino.

—Me gusta tu respuesta.

—Mira, Daniel, allá se han detenido a esperarnos, hablemos de otra cosa. ¿Piensas ir a Cali esta noche?

—No esta noche, sino esta tarde, porque soy padrino de un matrimonio mañana.

—¿Y cuándo volverás?

—El lunes por la mañana, porque los novios harán baile y debo estar. El novio es un gran amigo mío.

—Dime la verdad, ¿te hago falta? Siempre que vas a Cali me siento sola, inquieta, el desespero de no verte no me deja dormir hasta que oigo rechinar la puerta de golpe, entonces me tranquilizo, me acuesto y ya puedo dormir porque sé que estaremos durmiendo bajo el mismo techo.

—¡Amo la linda boca que me dice todo eso!

Capítulo XV

La serenata

El sábado partió Daniel para Cali, después de despedirse de Inés con el lenguaje de los ojos.

Al llegar, todo estaba preparado para el matrimonio. Mercedes, la novia, una robusta muchacha, de dieciocho años, estaba ataviada a la usanza de la ocasión, zarcillos, gargantilla, el rosario, que le llegaba a la cintura, terminaba en una gran cruz de filigrana, que se llamaba la *maría*. Los pies descalzos. Manuel, el novio, era un muchacho de veinticinco años, blanco y bien parecido.

A las siete de la noche comenzó la música de tambor y pito en la puerta de la calle, interrumpida a ratos por el estruendo de los cohetes.

Se hizo la ceremonia con los convidados y muchos curiosos que habían acudido a la llamada del tambor y el pito.

La fiesta duró bien poco, pues al toque de la *queda* se retiraron todos. Las doce de la noche serían cuando se plantaron frente a la ventana donde dormía la novia un grupo de silenciosos muchachos: Salguero, Manuel, Daniel, Fermín, los dos aprendices del maestro Saucedo, un arpista, dos flautistas y un cantor con su mujer; iban a darle serenata a la novia, con permiso del alcalde.

Daniel dio unos golpes suaves en la ventana, y cuando se oyó que contestaron adentro, comenzó el arpista a tocar por *cuatro blando*. En ese tiempo nadie conocía la nota musical, a excepción de los frailes que sabían el canto llano, tal como estaba en los Rituales. La mujer entonó una canción de un aire dulce y melancólico, haciéndole dúo el marido.

Cuando iban por la segunda canción, ya se habían acercado algunos curiosos, de esos que vagaban por las calles en altas horas de la noche, con el oído atento a todo ruido, en busca de fiesta, y que jugaban a la gallina ciega con la ronda del alcalde. Luego cantaron la despedida y se marcharon.

Como la ventana permaneció cerrada, no hubo reparto de aguardiente, y los curiosos se retiraron sedientos a buscar fortuna por otra parte. Pero Daniel, a pesar de la oscuridad de la noche, había reconocido a Matías, y llegándose a él le dijo:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—No se enoje, niño Daniel —contestó Matías—. Supe que usted era padrino de un matrimonio y vine pensando que habría baile.

—No hay tal baile. Al fin harás que don Juan Zamora o el mismo don Manuel lleguen a saber de tus venidas a Cali sin objeto y sin licencia, y te castigarán. Tú no haces sino causarle pesadumbres a la pobre Toribia.

—No, señor Daniel, nadie sabrá que he venido, ahora mismo me voy y no faltaré al rezo a las cinco de la mañana.

Capítulo XVI

Las bodas en Catayá

El patio de la casa estaba lleno de caballos, porque al terminarse la ceremonia debían partir todos para Catayá, en donde se hacía el fandango, como llamaban al banquete y baile de bodas.

La misa duró solo media hora; a las cinco estaban los novios y su pequeña comitiva de regreso; salieron en dirección al llano, toda la naturaleza parecía acompañarlos en su alborozo.

Al anunciarse la llegada de los novios por los cohetes que iban quemando, salió a recibirlos al corredor de la casa doña Magdalena en compañía de su hijo Antonio, de las cocineras, de algunos mozos de labranza y algunos convidados de la vecindad. Antonio abrió la puerta de trancas, y entró la pareja con todo su cortejo.

Mercedes se precipitó en los brazos de su madre, que la estrechó contra su pecho, y así enlazadas, lloraban la una sobre el hombro de la otra. Viendo esto, Salguero dijo a su mujer:

—No llores, Manuel es un buen muchacho.

—El que quiera vino, que avise —dijo Salguero con orgullo.

Entraron todos en la sala. Un momento después se sirvió el desayuno y disfrutaron de la camaradería, el vino y la buena mesa.

A las doce volvieron a quemar cohetes en la casa, para anunciar que se acercaba la hora del almuerzo. La comida debía servirse en el cacaotal, en un punto en donde la sombra era más densa.

Las brisas que corren a esa hora en el ancho cañón del Cauca, refrescaban el ambiente con los bálsamos del perfume de las flores de los árboles; la vainilla enviaba sus aromas desde un guadual vecino; y estos gratos olores se mezclaban con el apetitoso de los guisos y las ensaladas. La comida fue abundante y exquisita; cuatro grandes porrones de vino y otros de aguardiente y de mixturas adornaban el centro de la mesa; había sopa de arepa con gallina; a este plato siguieron pasteles de pato, piezas de *guagua* bien condimentadas, lengua de vaca en adobo, pescado salpreso, barbudo fresco y lomos de cordero.

Después llegó a la mesa un lechón asado al horno; iba echado de barriga en ancha fuente de loza fina, como una gallina en su nido, y tenía atravesada en el hocico una mazorca de maíz. Después del lechón trajeron un pavo en una bandeja, con un ramo de flores en el pico.

—Beban ustedes de este vino —decía Salguero—. El mismo señor alférez real se lo dio a Daniel para que obsequiara con él a Mercedes. Sirvieron al fin muchos postres, y el infaltable manjar blanco con brevas en almíbar y queso fresco. A esa hora comenzó a dar vueltas el jarro por toda la mesa, y en él bebían todos.

A la hora del reposo, el maestro Saucedo abordó a Daniel, a la sombra de un corpulento árbol del pan.

—¿Cómo te va con el señor alférez, Daniel?

—Muy bien, maestro, estoy muy contento.

—¿Y no piensas casarte?

—No, maestro, yo no me casaré nunca.

—¿Nunca? Eso es mucho decir. Solo cuando se ha tenido un amor profundo y ese amor ha sido desgraciado, puede hacerse semejante propósito.

—Sin eso puede uno hacer resolución de no casarse. No es indispensable un amor desdichado para tomar la decisión de no casarse. Usted, por ejemplo, permanece soltero, y no creo que haya tenido desgracias amorosas.

—Si tú supieras...

—¿Verdad? ¿Ha tenido usted penas de amor? Perdome mi atrevimiento...

—Tú tienes derecho a atreverte. Eres la única persona a la que contaría mis desdichas porque te he preferido siempre entre todos mis discípulos. ¿Sabes por qué? Porque te pareces mucho a la mujer que amé en mi juventud.

Una luz se encendió en el cerebro de Daniel.

—¿Sería esa mi madre? —preguntó con urgente curiosidad.

—No, no fue tu madre. Mi amada, Dolores Otero, murió soltera, de dieciséis años, murió virgen.

—Ella no quiso casarse conmigo, al principio me dio esperanzas, después cambió hasta el extremo de rogarme que no volviera a su casa, porque mis visitas comprometían su reputación.

—¿Y usted se retiró?

—¡Al momento! Un año después supe que había muerto de reumatismo. Lloré por ella como si hubiera sido mi esposa, y

desde entonces me hice el propósito de no amar a ninguna otra mujer.

En ese instante hubo alboroto en la casa: ¡Llegaron los músicos!

Comenzó Zapata a preludiar por *cuatro blando*. De repente rompió el cantor la tonada del bambuco, y todos los instrumentos lo siguieron. Un grito unánime de alegría acogió el canto popular. Esta primera pieza fue bailada por los novios, animados con calurosos *vivas* de la barra.

Le tocó en seguida a Daniel con Teresa, la madrina, que lo miraba con insistencia, pero Daniel no se dio por enterado. Era cerca de medianoche cuando todos pidieron que bailaran los dueños de la casa. Salguero, que estaba alegre, fue al momento en busca de su mujer.

Magdalena, con un pañuelo blanco en la mano, doblado en forma de abanico, se ubicó en un extremo de la sala; se terció otro pañuelo grande de seda en el pecho, asegurando una punta debajo de la tira de la camisa en el hombro izquierdo, y la otra en el lado derecho de la cintura. Mientras entonaban el verso, se miraban y sonreían, él de amor, ella de vergüenza. Salguero se dirigió bailando hacia su mujer; ella, al verlo cerca de sí, se fue sobre él y lo obligó a retroceder hasta el otro extremo; llegada allí, dio la vuelta con la rapidez de un trompo, bailando en la punta de los pies, como si fuera en el aire y seguida de cerca por Salguero.

El galán siempre le da el frente a la dama; ella le da la espalda y huye, pero no lo pierde vista, lo mira siempre por encima del hombro. Luego quedaron frente a frente, y bailaron largo rato; ella, en sus airosos movimientos, le presentaba un lado, le presentaba el otro, le presentaba el frente. Salguero, a su vez, daba pruebas de una elasticidad increíble; había vuelto a sus veinte

años; con qué gracia y ligereza movía todo su cuerpo; avanzaba, retrocedía, sacaba ya una pierna, ya la otra, las cruzaba, tendía el pie hacia adelante y tocando el suelo con la punta de los dedos, lo agitaba con temblorosa rapidez y luego hacía lo mismo con el otro; a esto llamaban *escobillar*. Salguero dio un salto y cayó de rodillas a los pies de su mujer; ella le azotó el rostro con su pañuelo perfumado; él, de otro salto, volvió a su puesto. Entonces Magdalena se dirigió hacia Salguero con aire provocativo; él, al verla cerca, en vez de retroceder, hizo ademán de abrazarla; ella hizo ademán de defenderse y dio la vuelta huyendo, imitando en su fuga las ondulaciones de una culebra que se escapa, y ostentando el gracioso movimiento de sus redondas caderas, la flexibilidad de mimbre de su talle, y haciendo desdenes con su cabeza y con sus hombros. Al pasar cerca, volvió el frente, le hizo una inclinación de cabeza, se despidió con el pañuelo y se perdió en la recámara. Una viva general acompañó el fin de la pieza. Salguero quedó en la sala, contento, como en la gloria; y enamorado de su mujer más que nunca. Se limpió el sudor del rostro y dijo:

—¡Epa, muchachos, vamos a tomar una copa! La mesa estaba servida en el corredor interior, pero no solo había vino y bizcochuelos, sino también succulentas viandas, todas las que no habían alcanzado a servirse en la comida.

La música calló. Manuel le dirigió a su esposa un verso amoroso; cuando terminó, volvieron la música, el canto y el baile; luego calló la música y los novios se pararon frente a frente. Entonces Mercedes contestó a su marido con otros versos llenos de pasión. Siguió la música, dieron los novios una vuelta, y luego ella invitó a otro galán y él a otra dama, para que los reemplazaran en el puesto. Así continuó el baile hasta que le

tocó a Nicolás bailar con Teresa. Nicolás, que estaba enamorado de ella, aprovechó la oportunidad y le recitó estos versos:

*De tus hermosos ojos
no tengo queja,
ellos mirarme quieren,
tú no los dejas
Si los dejaras,
yo fuera el absoluto
dueño de tu alma.*

Ella contestó:

*Si piensas que en ti
piensa mi pensamiento,
piensas en una cosa
que yo no pienso
que si pensara,
como mal pensamiento
lo desechara.*

Cuando acabó de hablar, dirigió una ansiosa mirada a Daniel, buscando en sus ojos alguna señal de aprobación, pero él solo reía de oír respuesta tan franca. Ella recibió esa risa como un aplauso, y alegre y satisfecha dio la vuelta y tomó su asiento.

Daniel mandó a Fermín que trajera los caballos y los ensillara, se despidió de los dueños de casa y del maestro Saucedo, montó en su caballo y partió acompañado de Fermín. Al salir por la puerta de trancas al callejón, Teresa que estaba en el corredor con sus padres viéndolo partir, se atrevió a decirle:

—No deje de volver.

Capítulo XVII

Desaparición

El sábado siguiente al anochecer fue Daniel a avisarle a Juan Zamora que ya se iba a hacer la visita de costumbre a su madre adoptiva, con el corazón lleno de gozo porque antes de salir de la hacienda, pasó por el salón a despedirse de las señoras y pudo ver por un momento a Inés, que le regaló una mirada llena de ternura.

Después de leer unas páginas de fray Luis de Granada, Inés se acostó acompañada de Andrea y estuvo largo rato sin poder dormir, hasta que el reloj dio las diez. Al oír las campanadas sintió una gran emoción porque sabía que dentro de poco llegaría Daniel. Pero se pasó otra hora sin que rechinara la puerta, ni ladraran los perros, ni los gansos graznaran: el reloj dejó oír once campanadas.

Ya no vendrá, pensó ella. Pero ¿qué motivo lo habrá obligado a quedarse? Es verdad que una que otra vez se queda en Cali hasta el día siguiente, pero hoy me había prometido estar aquí a las diez, solo una causa muy poderosa puede haberle impedido cumplir su palabra. ¿Será que ha encontrado enferma a su madre? ¿O tal vez mi padrino lo habrá detenido para que se venga mañana con él? Inés sufría al saber que él no estaba esa noche en la hacienda y que dormía lejos de ella.

Al día siguiente, cuando estuvo de día, se levantó y abrió las ventanas de su habitación y vio en el patio a Fermín a caballo, y a Juan Zamora y al tío Luciano que hablaban con él, rodeados de varios esclavos.

En esas entró Andrea asustada y le dijo:

—Algo pasó anoche.

Inés se alarmó.

—¿Qué pasó?

—Daniel se fue anoche para Cali y debió volver a las diez, como lo hace siempre, pero no volvió.

—Ya sé eso, ¿y qué le pasó? —preguntó Inés perdiendo el color.

—Hoy al amanecer, al levantarse el tío Luciano, alcanzó a ver un caballo blanco ensillado y sin jinete en la puerta, como esperando a que le abrieran para entrar, fue a ver y era el caballo de Daniel.

—¿Y no han mandado a averiguar? —preguntó con el corazón en la mano.

—En este momento se va Fermín a buscarlo por el camino, porque don Juan cree que tal vez lo botó el caballo y que estará por ahí aturdido de la caída, o con algún hueso roto, desde que no ha podido llegar a pie.

Inés se desplomó en la silla, quedó paralizada con la noticia.

Andrea salió, y ella se quedó rezando y encomendando a Dios a Daniel.

Llegó la hora del desayuno, en la mesa no se habló sino de Daniel; Inés oía angustiada las diversas versiones, tomando parte en la conversación y haciendo enormes esfuerzos para que no se le notara mucho la desesperación.

A las nueve regresó Fermín, en el camino no encontró a Daniel, ni vivo ni muerto, y aunque averiguó por él a cuantos iban y venían por el camino y a los habitantes de las pocas casas que por allí había, no halló uno solo que diera razón de él. En una casita que había en el paso del río de Meléndez, en dos o tres que había en Cañaveralejo y en las pocas casas de la ciudad al lado de la Chanca, le dijeron que lo habían visto ir en dirección a la ciudad a eso de las siete y media de la noche, pero que no lo habían visto regresar. Fue a casa de la señora Mariana, y esta le dijo que había permanecido con ella hasta las nueve en punto, y que al oír la primera campanada en la torre de San Francisco, había partido para la hacienda. Con noticias tan poco satisfactorias crecía el nerviosismo en la casa y se agudizaba la angustia de Inés.

Doña Francisca dio nuevas instrucciones:

—Juan, es preciso que mande los criados por diferentes rumbos, hasta que lo encuentren. No es posible que se quede así, perdido, por tanto tiempo, en alguna parte tiene que estar. ¡No se lo puede haber tragado la tierra!

—Es lo que yo digo —terció don Juan—. Es preciso examinar no solo el camino, sino también los bosques de uno y otro lado y las haciendas vecinas. Ahora mismo voy a mandar a los más vivos para que hagan cuantas pesquisas puedan, hasta dar con él.

Los exploradores pasaron el día en la búsqueda. Nada.

—Hombre, Luciano —dijo don Juan—, ¿qué habrán visto aquellas águilas que revolotean al pie de la loma?

—Es que algún esclavo ha prendido los pajonales —explicó el tío Luciano—, vea el humo. Las águilas están allí para caer sobre las sabandijas que salgan huyendo de la candela.

—Vamos, hombre, a ver qué hay por allá.

Un negro andaba por esas faldas quemando pajonales, pasando en esa diversión el día de fiesta. Las cuatro de la tarde serían cuando regresaron a la casa don Juan y el tío Luciano; a las cinco llegaron los demás sin traer noticia alguna, ni buena ni mala.

Entonces la agonía de la pobre llegó a su límite y se retiró a la habitación, temía que descubrieran su desesperación. A las seis llegó don Manuel con su paje. Las señoras salieron a recibirlo al corredor e inmediatamente doña Francisca le contó lo ocurrido.

—¿Y qué han hecho para averiguar el paradero de Daniel?

—He mandado diferentes partidas —contestó don Juan—, por todos los rumbos y yo mismo he recorrido con el tío Luciano toda la hacienda, y no hemos encontrado ni rastro de Daniel. Yo creo que el caballo, que es muy brioso, lo habrá botado, y que debe de estar en alguna casa donde lo habrán auxiliado.

—Tiene que aparecer —dijo don Manuel, convencido como siempre de su omnipotencia.

—Es lo que yo digo, don Manuel, si no lo hemos encontrado, ya vendrá él por sus pies cuando menos se piense.

—Si no aparece esta noche —dijo don Manuel— escribiré mañana a don José Micolta para que ponga en movimiento a los alcaldes, alguaciles y regidores, hasta que den con él vivo o muerto.

Estas palabras acabaron de destrozar los nervios de Inés, que pasó toda la noche llorando pegada de todos los santos.

A la hora del desayuno, Andrea avisó que Inés seguía con mucho dolor de cabeza, y que desayunaría en su cuarto. Inés estaba a media luz, casi en el oscuro, para evitar que le vieran los ojos y descubrieran que había llorado. A poco rato entró don Manuel, la saludó con mucho cariño, le tomó el pulso y dijo que

solo sufría un ligero dolor de cabeza, que no era nada de cuidado, sin sospechar la causa de su encierro.

De esta manera pasaron ese día y la noche y el día siguiente, sin que Daniel apareciera y sin que Inés hallara consuelo. La invención de que sentía ardor en los ojos le servía de pretexto para permanecer en la oscuridad. En todos esos días no cesaron las expediciones de búsqueda de los criados de la hacienda. Fermín era el más acucioso y estaba casi tan angustiado como Inés. Don Manuel, en su calidad de alférez real, dio a los alcaldes de Cali órdenes terminantes para agilizar las expediciones, y todos hicieron lo humanamente posible, pero no encontraron huellas del desaparecido.

Lo único que sostenía un poco el valor ya casi agotado de Inés, era la convicción íntima y fervorosa de que Daniel estaba vivo. Ni a ella ni a ninguno de la casa se le había ocurrido pensar que lo hubieran asesinado.

Así transcurrieron los meses de julio y agosto. Don Manuel solía hablar de vez en cuando de Daniel, con su mujer y con sus hijas y se quejaba de la falta que le hacía; don Juan y Fermín agotaban las cábalas; Inés agonizaba en silencio sin hablar con nadie del desaparecido, pero no pensaba en otra cosa.

Andrea, compadecida, sacaba a Daniel cuantas veces podía en sus conversaciones con ella, con el buen deseo de darle indirectamente algún consuelo.

—Desde que él desapareció, Fermín vive en las nubes y no se fija en mí. A mí se me pone que él salió de Cali por algún otro barrio que el acostumbrado, y que el caballo lo botó, y que tal vez se golpeó, y que algún vecino lo recogió y estará curándolo.

—¡Pero ese vecino —decía Inés— habría avisado!

Quizá no lo conocerá ni sabrá que vivía en esta casa.

—Entonces habría avisado Daniel mismo.

—Es verdad —tenía que aceptar Andrea.

Y de ese modo se le acababan sus argumentos de consuelo, a pesar de su buena voluntad. El sufrimiento de la pobre Inés era intenso, profundo y sin descanso, porque no tenía ni siquiera el alivio de descargar su pena.

Al principio lloró mucho, hasta que al fin aprendió a llorar por dentro, como lloran tantos.

Capítulo XVIII

El rodeo

Cada mes se hacía el rodeo de todo el ganado manso, pues el arisco no entraba nunca en el corral; en otro día se hacía la recogida de las yeguas. Solo interrumpían la monotonía de las labores algunos vecinos de Cali, hombres y mujeres, que iban a la hacienda con bastante frecuencia, aquellos a comprar ganado y estas a comprar miel o azúcar.

De esta manera se pasaron los meses de julio, agosto y septiembre, que son de verano en el valle. Los rodeos mismos eran por lo regular uniformes y no se diferenciaba uno de otro sino por alguna eventualidad particular: un accidente, alguna pericia de vaquero...

El último día de septiembre hubo faena de rodeo. Era una fiesta para los vaqueros. Ningún deleite es comparable al que siente uno de esos centauros, vigoroso y ágil, al enlazar, en carrera tendida por la extensa y suelta llanura, una res bravía que huye veloz con la cabeza levantada y la cola al viento. Cuando el vaquero se pone a ocho varas de distancia, agita rápidamente en el aire el lazo abierto, trazando círculos, y en el momento oportuno, lo lanza a la cabeza de la res, que queda enlazada de los cuernos; si la enlaza de otra parte, tiene que sufrir las burlas de sus compañeros.

Al sentirse enlazada, la res se revuelve contra el vaquero, que la conduce hacia una de las horquetas del gran corral, llamados *bramaderos*, pasa la soga por entre horqueta y sigue halando hasta que la res queda pegada al poste.

A veces algún vaquero novato hacía un movimiento imprudente y entonces toda la manada se asustaba, y presa de pánico se precipitaba sobre los vaqueros que custodiaban la puerta, los atropellaba y salía en estampida, sin que hubiera poder humano capaz de contenerla.

Cuando estuvo todo el ganado reunido, dejaron salir del corral los toros, los bueyes, las vacas. A las once de la mañana todo era ruido, actividad y movimiento en el corral; algunos vaqueros aplicaban fierros al rojo vivo a los terneros que faltaban por marcar, otros curaban las bestias heridas, enfermas o agusanadas, otros herraban mulas y caballos, y otros, los matarifes, mataban y descuartizaban las reses para el abasto de la hacienda y distribuían la carne entre las familias de la heredad del hacendado.

Entre el ganado de Morga (una región de la vasta hacienda del alférez, como sabemos) había caído por casualidad un toro negro, de esos que jamás iban a los corrales, corpulento como un elefante, de cuello doble, altas paletas, cabeza baja, frente rugosa, ojos encendidos y grandes cuernos, gruesos en la base y curvos hacia adelante.

Uno de los tratantes ofreció comprarlo.

—Nada más fácil que vendértelo —le contestó don Juan—, pero ¿qué harás con él?

—Llevarlo a Cali y venderlo en mi carnicería.

—¿Y quién lo enlaza? ¿Quién lo lleva?

—Los vaqueros —dijo el tratante.

—Pues yo te aseguro —dijo don Juan—, que no habrá quién lleve ese toro a Cali, a lo menos vivo.

—Yo mismo lo llevaré —dijo el tratante—. Solo necesito dos vaqueros que me ayuden.

—Está bien —dijo don Juan Zamora—, ¿cuánto ofreces por él?

—Por tener el gusto de llevarlo a Cali, soy capaz de dar ocho patacones.

—¿Ocho patacones? Ese animal vale una onza, ni un real menos. Una res común vale seis patacones, y esta equivale a tres.

—Daré diez.

—Es poco, llévelo por doce, y es muy barato.

—Es mío.

—¿Lo enlazo? —preguntó un mozo que se había ofrecido de vaquero y que estaba bien montado.

—Haz la prueba —dijo el tío Luciano con una sonrisa malévola.

El mozo se puso a una distancia prudente del animal, desenrolló su soga, la voleó cuatro veces en el aire con el lazo abierto, la lanzó a la cabeza del toro, lo enlazó de los cuernos y templó la soga. Antes de que tuviera tiempo de enrollar la soga en el horcón, el toro sacudió la cabeza y dio una estampida. El mozo plantó su caballo de frente, le templó la rienda y esperó el estirón. En cosa de un momento, el caballo fue arrancado de su puesto, cayó al suelo y fue arrastrado por la llanura abajo como una paja, con todo y jinete, que llevaba una pierna cogida debajo del caballo. El toro corría al simple trote, con el mayor desembarazo, como si no llevara en rastra peso alguno.

—¿No se lo dije? —exclamó el tío Luciano— Ese toro no irá a Cali ni a cuatro sogas, porque es montaraz, y antes de llegar a Meléndez caerá encalambrado de rabia y de rabia morirá.

El mozo quedó muy golpeado, aunque sin rotura de huesos.

Luego del revolcón del vaquero llegó otro tratante.

—Hola, Vicente, ¿cómo te ha ido? —lo saludó don Manuel—
¿Qué asunto te trae por aquí?

—Vengo a pedirle que me fíe una vaquita a para salarla y llevarla al Chocó... Allá la carne está escasa, y aprovecho para vender la carne pronto y a buen precio.

—¿Y qué utilidad vas a sacar de una vaca? Lleva siquiera dos, ya que piensas hacer un viaje tan largo.

—Eso sería mucho mejor, si no desconfía y me hace el favor por completo.

—Tú eres formal. ¿Qué plazo quieres?

—No puede ser menos de tres meses.

—Te concedo seis —y volviéndose a don Juan le dijo—:
Zamora, entréguele dos vacas buenas a Vicente y arregle con él el precio.

A las seis se suspendió la operación de herrar y curar terneros, y los vaqueros se fueron a sus casas a comer con el apetito propio de los hombres que pasan el día pegados al remo del trabajo.

Capítulo XIX

Octubre en Cañasgordas

A mediados de octubre, don Manuel recibió una carta de Juan Valois. Allí le avisaban que había llegado un lote de sesenta y cuatro esclavos que le remitían de Cartagena para que los vendiera en el valle, y le sugerían que, si estaba interesado en comprar algunos, fuera a escogerlos pronto antes de que otros hacendados se llevaran los mejores.

Don Manuel necesitaba reponer tres esclavos que había perdido ese año, uno de muerte natural, otro fulminado por un rayo y una negra que había muerto a consecuencia de un accidente: el trapiche le molió un brazo y se lo dejó como bagazo de caña. El miembro se le gangrenó y, aunque un cirujano empírico se lo amputó, murió en cuestión de días.

Escogió dos negras jóvenes, robustas y sanas, y un negro de iguales condiciones, y mandó a redactar la escritura:

Don Juan Valois vende a don Manuel de Caicedo, alférez real, tres negros: dos hembras y un varón, de casta congos, herrados con la marca de enfrente, con todas sus tachas, vicios y defectos, enfermedades públicas y secretas, por de alma en boca y costal de huesos, a uso de feria y mercado franco, y según y como se estila y vende en el real mercado de la ciudad de Cartagena de Indias, en el precio y cantidad de cuatro-

cientos y cuarenta patacones cada uno, libres de escritura y alcabala, que son de cargo del vendedor; renuncia la ley de ordenamiento real fechada en Cortes de Alcalá de Henares y los cuatro años más que en ella se declaran para repetir el engaño.

Don Manuel le pidió a Fermín que fuera adelante con los negros para la hacienda, que él los alcanzaría en el camino, porque los tres negros iban a pie.

Días después, cuando ya los viajeros atravesaban la quebrada de Cañaveralejo, se desató la ferocidad de un rayo, cayeron grandes goterones y luego ¡el diluvio! El viento del sur sopló con tanta fuerza que los caballos se encabritaron. A ese primer relámpago siguieron otros y otros. La lluvia era tan copiosa que no permitía ver a media cuadra de distancia.

Ya recorrido un largo trecho llegaron a un bosque espeso, y escamparon bajo un gigantesco higuieron. Fermín se arrimó al tronco debajo de las ramas más gruesas; los negros se metieron entre las combas del árbol y se acurrucaron ahí, parloteando en algún dialecto congués. Fermín no entendía ni jota.

Allí permanecieron durante una hora, sobrecogidos por la vivísima luz de los celajes de los relámpagos, el estampido del trueno, los zumbidos del viento y el traqueteo incesante de la lluvia sobre las hojas de los árboles. Fermín, acostumbrado a esos estremecimientos de la naturaleza, encendió un cigarro para calentarse un poco, y aspiró con fruición el humo del maguey.

En la hacienda la tormenta fue más fuerte; las señoras se encerraron en una recámara y rezaron a la luz de una vela bendita. Hubo un instante en que el fulgor de un relámpago fue tan intenso y tan rojo, y el estallido del trueno tan violento, que temblaron las puertas y las ventanas, y ellas, todavía encandiladas,

trataban de verse unas a otras para asegurarse de que seguían vivas.

Inés veía con envidia cómo las criadas se consolaban mutuamente, mientras que ella no tenía brazos donde albergarse, y la tristeza era más poderosa que la tormenta, pues ni su padre, ni su madre, ni Daniel, estaban allí para abrirla en su pecho y darle el calor del sosiego.

Dos horas duró la tempestad; a las cuatro de la tarde abrieron las puertas y las ventanas; la lluvia había cesado, aunque la tempestad bramaba todavía en la otra banda del Cauca, arrojada allá por el viento. El cielo comenzaba a despejarse.

Al corredor del trapiche llegaron un arriero y su ayudante, un muchacho, con cuatro bestias cargadas de fardos de dulceabrigo. El arriero le preguntó al muchacho:

—¿Dónde se habrá quedado Pedro?

—Quién sabe —contestó el muchacho—. Hasta que llegamos a la piedra grande venía atrasito, con las otras dos bestias.

—Vamos a buscarlo —propuso el hombre.

Una legua después de la piedra grande, encontraron al otro arriero tendido en el suelo con las dos bestias cargadas; a los tres los había matado un rayo.

Aunque la tempestad había cesado desde las tres de la tarde, don Manuel, Zamora, Fermín y los esclavos no llegaron a la casa sino por la noche, porque el río de Meléndez y la quebrada de Las Piedras habían crecido mucho y no bajó sino hasta pasadas las seis de la tarde (don Manuel los alcanzó un poco más acá de la quebrada de Cañaveralejo). Los esclavos recibieron con solidaridad a los nuevos congos, pues hablaban su misma lengua, venían de la misma tierra y profesaban la misma fe.

Capítulo XX

Remedio desesperado

Estaba terminando noviembre, mes triste y lluvioso. A Inés, la ausencia de Daniel le arrugaba el corazón más que todos los inviernos juntos. Lo pensaba desde antes del amanecer, recordaba cada línea de su rostro, su porte viril y ese andar tan masculino que la encendía y le turbaba la razón. La voz de Daniel no dejaba de resonar en sus oídos, era una suerte de susurro en la espalda, en el cuello, un aliento que le cerraba los ojos y la estremecía toda... deseaba ardientemente volver a sentir el roce de sus manos... suspiraba... esperaba...

Daniel no tenía ni podía tener enemigos. ¿Tendría parte en esto don Fernando de Arévalo?

Inés dormía muy poco; después de rezar y conversar un rato con Andrea, salía al largo corredor que daba al patio, se recostaba sobre la baranda y cada que sonaba la puerta de golpe miraba con la esperanza de ver a Daniel, que llegaba a buscarla.

Desde ese balcón se veía todo el patio, las cabañas de los esclavos, la portada de la hacienda y la gente que pasaba por el camino real. Podía pasar horas allí, hasta que cansada, suspirando por la esperanza burlada, se retiraba a su habitación.

Con luna y sin ella, con buen tiempo o con lluvia, los vecinos que volvían de Cali a sus casas, en altas horas de la noche distinguían siempre ese bulto vestido de blanco en el balcón de la casa, en un mismo punto, inmóvil, como un alma en pena.

El último día de noviembre, Inés fue al despacho de don Manuel.

—Padrino, deseo ser monja del Carmen.

—¿Monja tú? —exclamó don Manuel extrañado— ¿De dónde te ha venido ahora ese antojo?

—No es de ahora, padrino, quiero en verdad una vida de clausura, monástica, de tranquilidad de espíritu, de recogimiento y de paz interior. Esa vida en que no tendré otra ocupación que prepararme para comparecer ante la divina presencia del Señor. Yo seré muy feliz siendo monja.

—Eso es muy grave, hija, muy grave. Hablaré sobre ello con mi compadre Escovar.

—Padrino, si en la edad en que estoy quiero ser monja, con mayor razón querré serlo cuando tenga más edad.

—Espera a tener más edad, y si entonces persistes en tu vocación, no seré yo quien me oponga.

—No, padrino, no espero más. He venido a pedirle que me dé su consentimiento para tomar el velo y recomendarme a la madre, su cuñada.

—No, Inés —repitió en voz alta—, yo no puedo permitir eso, a lo menos por ahora. Es indispensable un plazo, siquiera de un año.

—¿De un año? De aquí a entonces me he muerto.

—¡No te vas a morir! A no ser que tengas algún motivo especial para dar ese paso. Dime la verdad: ¿no estás contenta en la

casa? ¿Te enamoraste de alguien y no te atreves a decírmelo? Si es esto último, habla con franqueza.

—Nada de eso, padrino, yo no tengo sino motivos de gratitud con la vida y sobre todo con usted.

—No me fuerces a darte un consentimiento precipitado, es un paso demasiado serio el que piensas dar y tú eres una mujer demasiado joven. Esperemos a mi compadre Escovar, él es hombre prudente y nos ayudará a tomar la mejor decisión. Hoy es sábado, ha quedado de venir, esta misma noche consultaré con él, ¿te parece bien?

—Sí señor, pero si él no se opone, ¿me mandará inmediatamente al convento?

—Espera, espera, ¿por qué había de ser inmediatamente? Es indispensable tomarse el tiempo necesario para hacer los preparativos.

En efecto, el padre Escovar llegó a las seis de la tarde acompañado de Fermín. Al poco rato de la cena, se presentó don Manuel en el cuarto y abordó el tema.

—Esta noche tengo que pedirle consejo sobre un asunto muy delicado. Figúrese que a Inés se le ha metido en la cabeza hacerse monja, y hoy mismo me ha rogado con insistencia que le diera mi consentimiento.

—Ciertamente —observó el padre—, el asunto no puede ser más delicado. Y ¿qué le contestó?

—Yo me he negado a complacerla hasta consultarle a usted.

—Es necesario tomarse algún plazo para poder juzgar si esa vocación es verdadera, o solo transitoria y efecto de algún capricho...

—Precisamente le he dicho eso, de suerte que veo que estamos de acuerdo. Ella quiere irse a Popayán inmediatamente.

—Dele un tiempo suficiente para probar su vocación, por lo menos de seis meses, si insiste en su propósito, me parece bien no contrariarla.

—De acuerdo, un año, o por lo menos ocho meses es tiempo suficiente para que ella desista, si se trata de una pataleta de juventud. Esperaré hasta julio del año entrante. Mañana se lo haré saber.

—¿Tendrá esta niña algún motivo particular que la mueva a tomar semejante decisión? Por más que pienso no sospecho que tenga un motivo particular y me inclino a creer que está siguiendo realmente el llamado de Dios. Esta niña, compadre, es de carácter serio, no es fiestera ni es inclinada a los devaneos. Ha tenido pretendientes y los ha desairado a todos. Vive siempre ocupada en algo.

—¿No será que se enamoró de un hombre imposible?

—En tanto tiempo que vive en mi casa, nunca la he sorprendido en palabras o miradas, ni siquiera en un gesto que desdiga su ecuanimidad.

Al día siguiente, don Manuel hizo llamar a Inés.

—Hija, anoche hablé con mi compadre Escovar acerca de tus intenciones, y él piensa exactamente como yo, es decir, que no debo impedirte que vistas el hábito de religiosa, pero sugiero que esperemos unos meses, siquiera hasta julio del año próximo para darte tiempo a que medites despacio y con calma sobre el delicado paso que quieres dar, y puedas estar segura del llamado de tu vocación. Inés guardó silencio por un momento y luego, con los ojos fijos en el suelo, contestó:

—Sé muy bien, padrino, que es inútil pedirle que acorte el plazo, pero le ruego que el último día de julio, a más tardar, me dé su permiso, yo esperaré.

—Haces bien, hija. Tú siempre has sido juiciosa. Dios te confirmará en tu propósito en estos ocho meses, es decir, de aquí a julio, o te hará mudar de parecer, y para el caso de que insistas en querer ser monja, debes ir pensando desde ahora qué destino has de dar a tu patrimonio.

—Solo necesito la suma que me exijan en el convento como dote, lo demás lo dejo a su disposición.

—¡Dios me guarde! —dijo don Manuel levantándose y dando pasos largos en la estancia— ¡Muere mi primo Henrique, que vivía en mi propia casa, y me nombra heredero universal! ¡Se hace monja mi ahijada, y me deja sus bienes! ¡No faltaba más! ¿Qué se dirían de mí? Pero confío en Dios, que no llegará el caso. No puedo convencerme de que una muchacha vaya a agonizar tan joven entre los muros de un convento.

—Ahora quiero pedirle un favor, encargue que me manden de Popayán mi hábito de monja, hay que enviarle a la madre Gertrudis las medidas y las telas, para que antes de julio esté aquí mi hábito.

Mientras tanto, Toribia, una negra joven tocaba con temor la puerta de la habitación del padre.

—¡Adelante! —dijo el padre.

Juntando las manos y arrodillándose, Toribia dijo:

—Alabado sea el nombre de Dios.

—Por siempre.

—Padre, van a castigar a Matías, porque se fue a Cali desde antenoche y apenas ahora ha vuelto.

—Ha hecho mal, pero no tengas cuidado... Oye cómo grita ese niño, ve y álzalo para que no llore.

—No es niño, es el negrito.

—Simple, ese negrito es niño. Tómalo, vete y dile a Matías que venga. La negra salió, y el padre se dirigió al cuarto de don Manuel.

—Compadre, van a castigar al negro Matías y yo vengo a pedirle que lo perdone.

—Ese negro es un rufián —contestó don Manuel—, sé que casi todas las noches va a Cali y no pierde baile. Antenoche se fue, se juntó con unos vagabundos que andaban dando serenatas, y don Andrés Camarada con la ronda les puso la mano y los llevó a la cárcel y los ha tenido arrestados hasta hoy. Luciano me dice que no hace mucho llegó.

—Perdónelo, compadre. La esclavitud es ya una ignominia, no la haga más grave tratando con crueldad a los esclavos.

Don Manuel se frunció.

—La ignominia, si la hay, no es obra mía, ya eran esclavos los que tengo y los compré a sus amos, o los compró mi padre. Ni usted ni yo los redujimos a la esclavitud, y el mismo rey, que Dios guarde, autoriza ese comercio.

—Usted no es el autor de esa injusticia, pero confío en Dios que no pasarán muchos años sin que desaparezca del mundo, aunque nosotros no lo veamos, y desaparecerá por orden del Gobierno mismo.

—Sea así —y añadió llamando a su paje—: Roña, di a Luciano que no le haga nada a Matías.

Capítulo XXI

Las sesiones del Ayuntamiento

Doña Mariana amaba a Daniel con el entrañable amor de una madre, si todos los demás se habían cansado ya de buscar el paradero de Daniel, ella no se dejaba vencer.

Importunaba a los alcaldes ordinarios, al procurador general y al padre de menores, acudía donde el mismísimo teniente de gobernador. Quien más la consolaba era el padre Escovar, que no se limitaba a pedir por Daniel en sus oraciones, sino que hacía por su parte cuanto le era posible para descifrar el enigma, poniendo en juego su influencia y sus relaciones.

El primero de enero de 1790, se reunió el Concejo en sesión ordinaria para hacer la elección de nuevos empleados, informarse del estado en que se hallaban los preparativos de las fiestas de celebración de la coronación de Carlos IV y despachar varios asuntos que había sobre la mesa, entre estos las respuestas relativas a la búsqueda de Daniel.

Abrieron luego los pliegos que se habían recibido de varias ciudades del valle, relativos a la averiguación del paradero de Daniel. Uno de esos pliegos estaba fechado en la ciudad de San Esteban protomártir de Caloto; otro, en la ciudad de los Caballe-

ros de la Señora Santa Ana de Anserma; los otros eran de Buga, Toro y Cartago.

Los alcaldes de esas ciudades coincidían en asegurar que no había sido vista persona alguna que se acomodara a las señales de Daniel. El alférez real se impacientaba en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, y se manifestaba ofendido personalmente y en sus privilegios, puesto que Daniel era su secretario privado.

Los demás miembros del Ayuntamiento creían que Daniel había sido asesinado; que tal vez tendría algún enemigo oculto, pensaban; que ese enemigo sabría sin duda que Daniel transitaba el camino de Cali a Cañasgordas, que pudo apostarse en alguno de los puntos del camino y que desde allí, a quemarropa y sobre seguro, le habría disparado o apuñalado; que el asesino habría arrastrado el cadáver adentro del bosque y lo habría sepultado, cubriendo después cuidadosamente el rastro borrando toda huella. Aseguraron que en su concepto, ese habría sido el fin de Daniel, y esa explicación era la única admisible.

El alférez real replicó diciendo que no se asesinaba así tan fácilmente a un súbdito fiel de su majestad sin que el asesino cayera inmediatamente bajo el peso de la ley.

Los concejales contestaron que si Daniel viviera, habría dado noticias de su existencia por un recado, por una carta o por cualquier otro medio, a su madre o a su señoría el alférez real mismo.

En las sesiones del mes de enero había todos los años dos asuntos importantes que era forzoso despachar de preferencia: el nombramiento de los nuevos empleados y el abasto de carne para la ciudad. El Concejo designaba, entre los dueños de ganados, los individuos que debían abastecer la carnicería, semana por semana, durante todo el año. Despachados estos dos negocios que eran de rutina, las demás sesiones del año tenían por

objeto oír solicitudes, administrar justicia y dictar providencias especiales, o autos de buen gobierno:

Don Vicente Serrano presenta unos documentos para probar la limpieza de su sangre. Don Manuel Camacho pide al Cabildo una certificación sobre la distinción de su familia y sobre los empleos que ha ejercido. Se dicta una orden para que Don Ignacio González Arce no cargue bastón.

Se manda, en obediencias de orden del Virrey, que se invigile a los extranjeros y no se permita que comercien ni se casen. Se da orden para que el carpintero Manuel Castro no haga un viaje que tenía necesidad de hacer, porque don Juan Antonio Monzón dice que ese carpintero hace falta en la ciudad.

En cuanto a los miembros que componían el muy ilustre Concejo, era el primero, el señor alférez real, que era un pequeño rey en la ciudad y cuyo dictamen era decisivo en todo asunto público; era el jefe del Concejo, donde se hacía siempre su voluntad.

El segundo era don José Fernández de Córdoba. Pareciera que Dios lo hubiera creado sobre medidas para ponérselo por delante al alférez real a fin de que le probara la paciencia. En el mes de marzo de ese año de 1790 fue nombrado alcalde mayor provincial, empleo que le daba derecho a ser presidente del Concejo y de aprobar o vetar las elecciones que este hiciera.

Don José de Córdoba tenía varias hijas, virtuosas todas. Un caballero noble y rico se enamoró de una de las menores, la más bella, y se presentó a pedirla en matrimonio. Don José, después de oír la arenga del apasionado pretendiente, le preguntó, como si no hubiera oído bien:

—¿Cuál es la que usted me pide?

—A Francisca.

—No le doy esa, pero sí le doy a Josefa.

—Pero, señor, si la otra es la que me gusta.

—No importa, Josefa es la mayor y debe casarse primero.

—Y si Josefa no se casa, ¿impedirá usted que se casen las otras?

—Por supuesto, todo debe hacerse según el orden natural, la mayor primero.

—Pues yo no quiero esa.

—Pues no le doy la otra.

—Adiós, señor José.

—Vaya usted con Dios, mi amigo.

Y todas esas muchachas, tan buenas y de tanto mérito, murieron solteronas, solo porque Josefa no encontró novio.

Capítulo XXII

La jura de Carlos IV

El primero de enero, los organizadores de la fiesta iluminaron la Casa Municipal, colgaron los retratos de los soberanos debajo de un dosel, con su respectiva guardia, y luego condujeron desde el barrio de La Merced hasta la plaza un carro acompañado de música, tambores y cohetes y una escolta de fusileros.

El 28 por la noche se dispuso un paseo a caballo por toda la ciudad, presidido por los alcaldes ordinarios; llevaban todos ellos varas con cirios encendidos en los extremos, y recorrieron todas las calles con la música, vivas al rey y gritos de alegría. La ciudad estaba iluminada, y con particular esmero la plaza mayor, las casas del Ayuntamiento y la del alférez real. En los faroles se leían frases y vítores al soberano, escritos con variados colores, y algunos muy ingeniosos. Esa iluminación duró por tres días en toda la ciudad y por nueve en la plaza mayor.

El 29 a las doce del día se anunció la proclamación real con repique general de campanas y pólvora. El señor alférez real dirigió ese día una esquila de brindis, acompañada de una medalla de plata, a todo sujeto notable, vecino o forastero. La medalla llevaba por un lado el busto del rey y por el otro, las armas de la ciudad con una inscripción en latín que decía: *“Manuel de Caicedo,*

que en otro tiempo proclamó al señor don Carlos III, y hoy al señor don Carlos IV”.

El 30 de enero la ciudad amaneció engalanada en toda su extensión. A las dos de la tarde, un escudero tenía de la rienda el caballo en que debía montar el alférez real, adornado con lujo asiático: gran gualdrapa de paño de grana bordada de oro, con flecos y borlas; la silla forrada en terciopelo, con pistoleras también de terciopelo y bordadas de oro; dos pistolas de media vara de largo con culatas de plata cinceladas; y todos los demás arneses cargados de chapas y hebillas de oro.

Las señoras se asomaban por las ventanas para ver los caballeros que se dirigían a la casa del alférez real.

Al pasar de un salón a otro, Inés vio el caballo de Daniel; salió al patio, acarició con ternura el lomo del animal, no pudo contener las lágrimas, y como si hablaran desde el mismo silencio, el caballo la husmeó, la miró con sus grandes ojos líquidos y se dejó acariciar mansamente.

Al presentarse el alférez real en la plazuela con el pendón ya bendecido, una compañía de Dragones, mandada por el capitán de Milicias, y otra de Infantería, le hicieron las salvas de ordenanza con una descarga de fusilería.

Entonces el alférez real, tremolando el pendón, dijo en alta y sonora voz: *Oídme, todos; Castilla, Castilla, Castilla, Cali, Cali, Cali, por el rey nuestro señor don Carlos Cuarto.*

A esta proclamación contestó la multitud con vivas y aclamaciones repetidas, en medio de tambores, clarines, chirimías, repiques de campanas, descargas de fusilería y estallidos de pólvora. Entre tanto, el alférez real y los dos reyes de armas arrojaban dinero sobre la multitud, en monedas de dos reales, de real

y de medio real, tomándolo de grandes talegos que sostenían varios criados.

En seguida se encaminaron a la casa del alférez; la gente se agolpó en los patios y corredores y participó del brindis; a los que no pudieron entrar por falta de espacio, se les sirvió en la calle; frente a la puerta principal se había construido una pila que por diferentes tubos arrojaba vino en cantidades generosas para todos los concurrentes, en vasos de cristal dispuestos allí para su uso; y se les arrojaba, desde los balcones, panes, bizcochuelos, dulces, queso y frutas. Allí mismo, en la calle, se había colocado un poste cargado de los mismos manjares, para diversión de los muchachos, que pronto dieron cuenta de ellos.

Las puertas de la calle estaban abiertas para todo el mundo, porque era noche de fiesta, de alegría popular. Las hijas de don Manuel estaban ya vestidas, menos Inés.

—Ten en cuenta —le decía él— que yo doy este baile en honor de su majestad el rey, y sería muy desagradable que faltara una de las principales personas de mi casa.

—Pero —contestaba ella— yo no debo asistir a fiestas, ser monja no es un juego.

—Recuerda que has convenido en esperar hasta el mes de julio, la solidez no puede probarse si permaneces siempre encerrada y retraída de la sociedad, es preciso que te expongas hasta a las tentaciones.

—¿Tentaciones a mí, padrino? ¡Ay! ¡Mi corazón está muerto!

—Como quiera que sea, yo te lo suplico, y, si es necesario, te lo ordeno en nombre de tu padre. Déjate ver un rato siquiera en el baile, y te retiras temprano.

—¡Ni modo! Obedeceré.

Al instante cayeron sobre ella las muchachas a desvestirla para ponerle los lujosos trajes de fiesta.

La música era interpretada por dos arpas, dos flautas y dos violines, acompañada por el ruido del pandero y del alfandoque y por el remo que se hacía en la caja del arpa. El baile comenzó desde un principio con mucha animación, porque en la cabeza de todos bullían aún los humos del vino. En la primera parte de la noche no se bailó otra cosa que el bambuco.

Inés soportó al principio con paciencia los galanteos de dos jóvenes que se mostraban locamente prendados de ella, aunque la veían triste y silenciosa. Esos bellísimos ojos aterciopelados y húmedos, hacían más estrago en los hombres, que cuando en tiempos mejores brillaban de felicidad.

Las personas educadas eran muy pocas y estaban casadas o pertenecían a la Iglesia; los jóvenes que seguían carrera literaria o científica, estaban en Santafé o en Quito, o por lo menos en Popayán haciendo sus estudios. Inés oyó pacientemente sus floreos de mal gusto, sus elogios hiperbólicos y sus comparaciones exageradas.

Eran las doce de la noche.

—Padrino, ya le di gusto en asistir al baile, ahora le ruego me permita retirarme porque no me siento bien, me duele un poco la cabeza.

—Bien, hija, puedes retirarte, ahora es diferente, pues todos te han visto en la fiesta.

Luego de quitarse esos pesados y sofocantes vestidos de gala, se sentó en una poltrona y comenzó a pensar en todo lo que había visto y oído esa noche. Ninguno de esos almibarados que la habían asediado, pensaba ella, se comparaba con Daniel. De pronto creyó que ya era un sacrilegio pensar en Daniel como su

amante, que ya no debía dejarse seducir por su recuerdo, pero no; su amor iba más allá, decidió que sí lo pensaría tantas veces como fuera posible, hasta el día que se cerraran frente a sus ojos los portones del convento, como se cierran las olas sobre la cabeza del que se ahoga.

A las nueve de la mañana se celebró la misa solemne en la iglesia de San Francisco, con asistencia del Ayuntamiento y de todo el señorío. Por la tarde se lidiaron diez toros en la plaza, y se terminó la fiesta del día con varias danzas bien ejecutadas por jóvenes lujosamente vestidos. Por la noche hubo fuegos artificiales, después una obra de teatro, *La Raquel*, con entremeses y contradanzas ejecutadas por niños.

Las fiestas duraron hasta el 8 de febrero, con la misma esplendor que el primer día, con alboradas, toros a mañana y tarde, danzas, paseos a caballo, fuegos artificiales, máscaras, teatro y banquetes.

Capítulo XXIII

Placer y dolor

Llegó el mes de junio con su sol oblicuo, su luz suave y de mil matices, una atmósfera transparente sobre los campos verdes, las flores silvestres estallando entre las brisas frescas. Era el 20 de junio.

Don Manuel estaba en Cali, vigilaba los trabajos de desviación del curso del río, que en los inviernos más crudos amenazaba llevarse parte de la ciudad.

El tiempo era magnífico y había luna. Pasadas las nueve, Inés salió como lo tenía de costumbre al corredor. Hacía un año que Daniel había desaparecido. Excepto ella, Fermín y doña Mariana, nadie lo echaba de menos.

El próximo mes marcharía a Popayán a tomar los hábitos y a guardar su memoria, a rumiar el sabor del romance que nunca fue, a huir de un mundo que le había arrebatado su más lindo sueño, y de pronto a buscar el bálsamo del duelo que la estaba matando lentamente... Pero en el fondo de su corazón abrigaba una remota esperanza, y le pedía con fervor a la Virgen del Carmen, su futura patrona madre, que le concediera la gracia de ver a Daniel antes de partir.

Era muy tarde, faltaba poco para las doce. La hacienda toda estaba en silencio y solo se escuchaban los agudos gritos de los grillos, que le parecían un eco del titilar de las estrellas.

Inés estaba recostada sobre la baranda del balcón con el pecho sobre los brazos, mirándolo todo, como despidiéndose ya de la casa y de esos campos. Por el patio murmuraba el canal que llevaba el agua de la quebrada al molino del trapiche.

Un perro viejo ladraba sin ganas a la luna, al otro lado de la portada, echado en el camino. La lechuza que tenía su dormitorio en la capilla, dejaba oír a ratos sus sonidos sibilantes. A lo lejos, por el lado de Morga, se oía el bramido bajo y profundo de algún toro extraviado de la vacada.

El cielo estaba limpio de nubes y la luna alumbraba el patio y las cabañas de los negros. De repente, en el llano inmediato a la portada, alzaron el vuelo graznando unos pellares, señal de que habían sentido algo. Inés pensó que alguien pasaba por el camino, y puso atención.

Se estremeció al ver un bulto que abría la puerta de golpe y entraba en el patio. El chirrido de los goznes alertó a los perros, se lanzaron ladrando sobre el intruso, pero seguro reconocieron el bulto porque al instante se calmaron. El hombre acarició los perros, permaneció un rato inmóvil, luego miró el balcón y se encaminó hacia la casa.

A Inés le latía el corazón con violencia. Casi no podía respirar. Le faltaba el aire. Esa silueta le resultaba familiar... la misma estatura, el mismo caminado... Se apoyó contra el pilar para no desmayarse. Esperó con el alma en la mano. El hombre llegó al pie del balcón.

—¡Inés!

—¡Daniel!

Daniel se lanzó hacia la escalera y en cuatro pasos estuvo arriba. Inés se quedó como clavada en el mismo punto, fijos los ojos en la boca de las gradas. Daniel cruzó el corredor de un salto.

—¡Inés, Inés!

—Daniel... —Inés estaba conmocionada.

Él la estrechó fuertemente contra su corazón, besó sus mejillas con ardor, y ella, que aún no se reponía del impacto, lo apartó:

—Daniel, ¿qué haces?

—¡Déjame, Inés, no te imaginas cómo te he llorado, cuánto he sufrido!

—Pero... ¿dónde estabas... de dónde sales?

—Vengo de Cartagena.

—¿De Cartagena? ¿Qué fuiste a hacer allá?

Sin soltarla y casi rozándola con sus labios, Daniel comenzó a explicarle todo.

—Esa noche, cuando salí de mi casa para acá, cuando apenas había caminado cuadra y media, me rodearon seis soldados, cogieron la rienda de mi caballo y me ordenaron desmontar. Dijeron ser “servicio del rey”, me echaron al centro y me arrestaron. Todos llevaban espadas.

—Aquí llegó tu caballo ensillado. Te han buscado por cielo y tierra. Yo me he negado a pensar que habías muerto.

—No, mírame Inés, aquí, a tus pies y loco de amor, más que antes, ¡y feliz porque al fin estoy de vuelta!

—¡Ay, Daniel, no imaginas mi desgracia! Mañana te diré todo, ahora vete para que nadie te vea.

—¿Irme? ¡Si acabo de llegar! ¡Si hace un siglo que no te veo!
¡Estás loca, amor!

—...

—Vengo de Cartagena. Un largo viaje. Anoche dormí en Buga, a las nueve venía por Arroyohondo, paré en Cali, abracé a mi madre y me vine ahí mismo, prometiéndole que volvería mañana, porque la impaciencia de verte me estaba carcomiendo los hígados... Pero ¿qué haces acá arriba y a esta hora?

—Yo duermo acá, en ese cuarto.

—¿Sola?

—Me acompaña Andrea.

—Llama a Andrea, si no quieres estar a solas conmigo, porque yo no me voy ni ahora ni nunca. Necesito mirarte... olerte...

—...

—Cuéntame de ti. ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—He sufrido lo innumerable. Pedí este cuarto para que no me oyeran llorar y para atisbar la portada a toda hora, sobre todo en las noches... te esperaba... siempre te esperé... creo que sabía que aparecerías una noche... tienes razón, estoy loca.

—¡Hermosa! Quedan pagos todos mis sufrimientos.

—Pero ¿qué te hicieron eso soldados?

—Me llevaron a la casa del Ayuntamiento. La noche era oscura y las calles estaban desiertas porque ya habían tocado la *queda*. Entré al Ayuntamiento. Había muchos hombres acostados en el suelo, pregunté al oficial por qué estaba arrestado y me contestó que él seguía órdenes superiores, que al día siguiente me lo explicarían todo. Como a las tres de la mañana nos hicieron levantar, éramos unos cuarenta. A esa hora salimos custodiados

por veinte soldados a órdenes de un teniente Prieto. Hicimos una parada en el río mientras el teniente compraba aguardiente y cigarros. Pero se demoró. A las cuatro continuamos la marcha. Caminamos. Caminamos. Caminamos.

Después de las Juntas del Dagua tomamos el camino del Chocó, hacia Citará. En todos los ríos encontramos canoas y guías. Al salir al mar, fuimos llevados en un navío a Cartagena. De los cuarenta hombres que formábamos esa recluta (porque ya sabíamos que habíamos sido reclutados), veinte éramos de Cali. En Cartagena nos vistieron de soldados y nos entregaron al gobernador de la plaza. Cuando el jefe se enteró de que yo escribía bien y que sabía hacer cuentas, me mandó a la Comandancia... Bueno, es una larga historia que te iré contando. ¡Ahora lo que cuenta es que ya estoy aquí!

—¿Y cómo hiciste para venir?

—¡Gracias al padre Escovar! Se me ocurrió escribirle y contarle todo lo que me había sucedido y le rogué al comandante que le hiciera llegar mi carta a Cali por el correo. Esto fue en octubre. En abril recibí la respuesta del padre. Poco después, y no sé por qué milagro, el gobernador de Cartagena recibió del virrey Ezpeleta la orden de que me diera de baja en la guarnición de la plaza, y los auxilios de viaje para trasladarme a Cali. El padre Escovar debe ser amigo del señor virrey o de algún principal de Santafé.

—¿Y por qué no le escribiste a mi padrino? ¿Por qué no me escribiste a mí?

—Me dio miedo escribirle a don Manuel porque temía que nos hubiera descubierto y ordenado desterrarme a Cartagena. Y tampoco quise escribirte a ti por temor a que la carta fuera interceptada por mis enemigos... Deben ser sujetos peligrosos...

—Mi padrino no tuvo nada que ver en esto, ni siquiera sospecha de nuestro amor. Ha estado muy preocupado por ti y ha hecho hasta lo imposible por encontrarte.

—Me tranquiliza saber eso. Te confieso que llegué de noche porque temía que me vieran. Hasta pensé quedarme en casa de Fermín y comunicarme contigo por su intermedio. Si don Manuel no tuvo nada que ver en esto, el responsable tiene que ser Fernando de Arévalo. Es mi único enemigo.

—De él estaba sospechando yo.

—¿Qué sabes de él?

—Dicen que vendió sus mercancías y regresó a su tierra.

—Ojalá que nunca vuelva a atravesarse en mi camino. ¡Ay de él si algún día llegamos a encontrarnos!

—Pero ¿por qué el padre Escovar no nos dijo que estabas en Cartagena?

—Porque él creía, como yo, que don Manuel era la causa de todo.

—Temo mucho que alguien llegue a verte aquí. Ya he vuelto a la vida de solo escucharte. Esta noche será la primera vez que pueda dormir tranquila, después de un año de desvelo por tu ausencia.

—¿Te veré mañana?

—Sí, nos veremos en la sala.

—¿Y por qué no aquí, de noche?

—No, Daniel.

—Pero ¿por qué tanto rigor?

—¡Ay, Daniel, no sabes la desgracia que me atormenta ahora!

—Tus palabras me asustan, ¿dime qué te pasa?

—En julio viajo a Popayán, me voy de monja.

—¿De monja? —repitió Daniel angustiado sin poder dar crédito a sus oídos.

—Sí, de monja del Carmen. Ya estoy admitida y tengo el hábito y el escapulario.

—¡Dios de mi alma! —exclamó Daniel sin poder creer que su felicidad solo durase unos minutos— ¡Y para saber esto he venido desde Cartagena! ¡Para saber esto he caminado tantas leguas, la mayor parte a pie, ansioso de llegar, bajo el sol y la lluvia, con calor y cansancio, casi muriendo de hambre y sed! ¡De monja! ¡Y tienes el coraje de decírmelo! ¡Y sabiendo que te adoro, que eres lo único que me aferra a la vida! ¡Y yo que pensé que me amabas!

Daniel se recostó sobre un pilar, se dejó caer lentamente y rompió a llorar como un niño.

A Inés se le partía el corazón de verlo así, y acabando de llegar de semejante viaje y en medio de la felicidad por el reencuentro. Se sintió pésima, lo peor de lo peor.

—No me atormente más de lo que ya estoy, Daniel. No aumente mi desdicha. Nuestro amor es imposible. Jamás podré ser su esposa, y mi conciencia me prohíbe amarlo de otro modo. Esta desdicha es la que me lleva al convento.

—Bonito amor el tuyo —dijo Daniel con ironía—. Pero tienes razón... además no puedo exigirle nada, ni ofrecerle nada... Adiós, debo irme.

—Daniel, vamos a calmarnos, yo estoy muy impactada y ni sé qué decirte, solo quiero que sepas que te he amado tanto, que preferí el encierro de un claustro, morirme en vida, antes que vivir sin ti.

—Adiós —dijo él con frialdad.

—Veámonos mañana... yo te avisaré con Andrea.

Daniel le tomó las manos y las puso contra su mejilla y las besó con fervor.

Inés entró en su habitación tratando de mantener la calma, pero solo quería romper a llorar de pena y alegría al mismo tiempo, no lo podía creer. Daniel era el hombre más hermoso que había podido conocer, además, despertaba en ella una pasión incorregible, una impudorosa felicidad en todo el cuerpo, besaba sus propias manos, buscando los besos que Daniel había dejado en ellas y temblaba de placer. Lo amaba... pero era un amor sin remedio, el claustro los condenaba ahora a la amarga separación.

Daniel bajó la escalera, atravesó el patio y salió al extenso llano a pasear su dolor con un fuego que lo abrasaba.

—¡Tanto empeño por venir y tanta lucha por llegar! ¡Para esto! ¡Para verla una vez más y perderla en seguida para siempre! ¡Qué fatalidad tan miserable es esta que no se cansa de perseguirme!

Era la una de la mañana, el cielo permanecía limpio. En la dilatada extensión que abarcaba su vista, no se alcanzaba a ver ni una sola casa ni un cortijo. Ni le importaba. Su imaginación estaba en aquel corredor en donde había estado un momento antes con Inés, y la escena que había pasado allí entre ellos se reproducía sin cesar con toda su viveza, con toda su amarga realidad de apellidos y barreras sociales.

—¡Qué haré yo, Dios mío! ¡O muero o me vuelvo loco! Levantó los ojos al cielo y dijo en voz alta: "Providencia Divina, ¡manifiéstate! ¡Haz que te vea, o haz que te sienta!"

—¡Niño Daniel! —dijo una voz alegre a su espalda, al pie de la piedra. Daniel volvió a mirar y se encontró cara a cara con Fermín.

Fermín subió sobre la piedra y Daniel lo abrazó tan fuerte como pudo.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Me vine detrás de usted. Usted no se dio cuenta por andar hablando solo.

—¡Ay, Fermín, no podría ser más desgraciado! ¡La amo con todas mis fuerzas, con todo mi cuerpo, y esta misma noche me ha dicho que va a hacerse monja!

—Es verdad, en el mes entrante se va para Popayán, ya está todo preparado.

—¡No, Fermín, no quiero verla así! Yo me muero, yo no resisto este golpe.

—Pero ¿en dónde ha estado usted? Andrea y yo pensamos que ella resolvió hacerse monja cuando se convenció de que usted no volvería jamás.

—He estado en Cartagena. ¡Fermín, yo me muero, no hay remedio!

—Mire, Daniel, vámonos para la casa, hablemos con mi mamá.

Fermín abrió la puerta de su casa y llamó a Martina. Casi se va de espaldas la pobre. Por fortuna Daniel alcanzó a abrazarla. Cuando se repuso del susto y de la alegría, ella le preguntó:

—¿De dónde aparece usted después de tanto tiempo?

Daniel le hizo un resumen apretado porque solo quería hablar de Inés, y de Inés habló.

—Ese amor es un disparate, Daniel —le dijo ella—, olvídela por su bien.

—¿Olvidarla? ¿Cree que es muy fácil? ¿Acaso yo puedo decirlo y ya?

—Entonces queda un remedio: váyase a Cali y cuénteles todo al padre Escovar. ¿No dice que la ama con locura? Cuando se ama de veras, ningún sacrificio es demasiado. Además, el amor de ustedes es una locura manifiesta, pero no es un delito. Encuentre una solución. Dígale al padre que le ayude. Si no, esa niña se hará monja, eso puede usted jurarlo, y no volverá atrás aunque le cueste la vida. ¡Yo la conozco!

Daniel se acostó en el camastro de guadua que le preparó Martina y se durmió de inmediato. Estaba rendido de alma y cuerpo. Pero Martina y Fermín no volvieron a conciliar el sueño; ella, preocupada con el secreto que acababa de revelársele; y él, loco de alegría por el regreso de su amigo.

Capítulo XXIV

El convento de San Francisco

Antes del despertar de Daniel, contaremos cómo se fraguó su rapto: Cuando llegó a la ciudad el piquete veterano, el teniente fue a visitar al tal señor Arévalo y pronto se hicieron amigos.

Una noche que el teniente visitó su casa, Arévalo le preguntó:

—¿Cuántos hombres ha reclutado usted en Cali?

—Llevo veinte, y veinte más de Cartago y Buga. Cuarenta por todos.

—¿Y usted cuándo partirá?

—Pasado mañana sábado.

—¿Podría hacerme un favor? Hay un mozo de pésimas costumbres que no se lo han entregado a usted porque no han podido ponerle la mano, pero yo sé cómo prenderlo.

—Me sería imposible llevar uno más, porque ya me han entregado los veinte que corresponden a esta ciudad.

—No importa, a mí me interesa que se lleve a ese, aunque tenga que soltar a otro.

—Eso sería muy grave y yo no me atrevo a hacerlo.

—Atrévase, el beneficio que hará será tan grande, que no sabré cómo pagarle. Por lo pronto, y como un recuerdo, aquí tiene este reloj de oro, que me costó cincuenta doblones de a dos escudos. Tendré gusto en que usted lo use en mi nombre.

El teniente Prieto recibió el reloj, lo miró y sus ojos brillaron. Era una joya espléndida. El sábado ocurrió lo demás.

Daniel se levantó muy temprano, y se presentó a don Juan Zamora que estaba en su cuarto.

—Daniel... ¡Daniel!

El hombre no podía hablar.

—¿De dónde diablos sales ahora? ¡Ven a mis brazos, muchacho! ¡Cómo me alegro de volver a verte! ¿En dónde has estado?

—Vengo de Cartagena, don Juan.

—¿De Cartagena, España, o Cartagena de Indias?

—De Cartagena de Indias.

—¿Qué diablos fuiste a hacer allá?

Daniel volvió a contar lo sucedido.

—Me has hecho mucha falta. Tu caballo está muy hermoso, yo mismo lo he cuidado, y he montado en él una que otra vez, allí en la manga podrás verlo.

—Me alegro de eso, don Juan, porque necesito ir a Cali ahora mismo, y regresaré esta noche o mañana.

Apenas pasó la puerta de la manga el caballo lo reconoció, levantó la testa y dejó oír un relincho bajito. Daniel lo abrazó por el cuello. El caballo lo olisqueó en el hombro, seguramente para confirmar la identidad del recién llegado, y pareció quedar satisfecho.

Cuando abría la puerta para salir, volvió a mirar hacia la casa y vio a Inés en el balcón, que lo seguía con sus ojos. Daniel la saludó agitando el pañuelo y partió al galope.

En un momento estuvo en su casa contándole a doña Mariana todo cuanto le había sucedido desde su salida de Cali hasta el día de su regreso. Después del desayuno se dirigió al convento de San Francisco.

A las doce llegó el padre Escovar. Su alegría fue muy grande cuando lo vio:

—¿Cuándo viniste?

—Llegué anoche, señor, y vengo a darle las gracias por todo lo que ha hecho.

—Ya te esperaba, porque mis cartas a Santafé fueron escritas desde fines de diciembre, desde el momento en que recibí la tuya. ¿Te dieron auxilios de viaje?

—Sí señor.

—Ya averiguaremos quién es el responsable de esta bellaquería... o tal vez no sea buena idea... tal vez sea mejor dejar las cosas de ese tamaño. “Mía es la venganza”, dice el Señor.

En ese momento sonó la campana del claustro llamando a la comunidad al refectorio.

—Ya nos llaman, Daniel —dijo el padre—, vuelve a otra hora para que me cuentes todo lo que te ha pasado por allá.

—Dígame, a qué hora debo volver, porque tengo que consultarle sobre un asunto muy importante.

—Ven esta noche a las ocho.

Pasó la tarde en la más grande ansiedad, e impaciente por confiarle los tormentos de su alma, con la esperanza de hallar

algún alivio. Desde las seis de la tarde se encaminó al convento, porque le parecía que con solo entrar en ese santuario del recogimiento y de la paz, se calmaría un poco la agitación de su espíritu.

Daniel pasó las dos horas meditando y reflexionando sobre la vida santa y de contemplación que llevaban los hombres de aquel monasterio, luego largó un suspiro diciendo: “Yo pude ser como ellos, ahora ¡ya es tarde!”.

Un novicio encendía los faroles de los claustros altos y bajos, y los de las gradas; un momento después sonó la campana del claustro anunciando que los maitines habían terminado. En efecto, la comunidad fue saliendo del coro en formación y en silencio.

El padre Escovar entró en su celda; detrás entró Daniel.

—Bien, pues —dijo el padre, cuando Daniel concluyó su relato—, al fin has vuelto a tu tierra bueno y sano. ¡Bendito sea Dios! Ahora dime el asunto “importante” que quieres tratar conmigo.

—No sé cómo empezar... ¡Inés de Lara se va de monja!

—Sí, lo sé, pero ¿qué tienes qué ver tú con las decisiones de Inés?

—Eso es lo que no me atrevo a decirle.

Al decir esto, Daniel se llevó el pañuelo a los ojos.

—Pobre Daniel —dijo el padre—, ya sé lo que tienes... ¿Y qué quieres que yo haga?

—Quiero que usted la haga desistir de esa locura.

—¿Y qué conseguirías tú con eso?

—Nada, pero ella continuaría viviendo en la hacienda y yo trabajando para don Manuel, y podría verla alguna vez, porque

cuando pienso que se va... y que se va de monja... y que se va para siempre...

Daniel lloraba sin consuelo.

—¡Amor, amor! —murmuró el padre, luego de un breve silencio, levantó los ojos del suelo y le dijo:

—Haré por ti cuanto me sea posible. Ahora vete, y dile de paso a don Manuel que me preste mañana su caballo para ir a Cañasgordas, tú vendrás a las ocho para que me acompañes.

Daniel besó la manga del hábito del padre, y salió con alguna esperanza.

Capítulo XXV

Confidencias

Al día siguiente a las diez de la mañana entró el padre Escovar al patio de la hacienda, acompañado de Daniel. Las señoras y los criados no daban crédito a lo que veían, era Daniel que venía como si regresara triunfante de la muerte.

Mientras él contaba las aventuras a su auditorio reunido en el salón de la casa, el padre se dirigió al cuarto de don Manuel.

—¿A qué debo esta agradable sorpresa?

—Ya le contaré. ¿Sabe, compadre, que ya apareció Daniel?

—Sí, compadre, me lo dijo Zamora. Pero ¿dónde está?

—Está aquí, ha venido conmigo, estaba en Cartagena.

—¿Y cómo fue a parar a Cartagena?

El padre le narró todo lo que Daniel le había contado, don Manuel se puso furioso al saber la violencia que se había ejercido sobre su secretario privado y juró que averiguaría bien el asunto y haría castigar al culpable.

—Pero ¿dónde está Daniel, que no viene a saludarme?

—Está con las señoras, yo le ordené que se estuviera allá hasta que lo llamara. Luego, cambiando de tono, añadió:

—Dígame, compadre, ¿por qué no se casó Inés con Fernando de Arévalo?

—Porque no quiso, no le agradó, de lo cual me alegro, porque mi ahijada merece algo mejor.

—Vengo a confiarle un secreto, con la condición de que lo oirá con calma. Yo le diré, por qué doña Inés no se casará con nadie y por qué va a hacerse monja.

—Hable, compadre.

—Daniel es un joven, gallardo, instruido, de muy buenos modales y de conducta intachable... y se ha enamorado de Inés. No se exalte, compadre, déjeme terminar, y ella le ha correspondido en ese amor. Inés conoce la desigualdad de condiciones, ha perdido la esperanza y ha resuelto hacerse monja.

—Muy bien hecho que se haga monja. Ahora apruebo con toda mi alma su resolución.

—¿Le parece una boda imposible?

—Imposible de todo punto, compadre. Se ha equivocado profundamente Daniel en poner sus ojos en mi ahijada, no toleraría jamás semejante escándalo. Además cumplo también la última voluntad de su padre. Daniel no reúne las condiciones que un buen candidato debe tener, las que don Sebastián De Lara estipuló en su testamento y que juré cumplir y hacer respetar.

El padre se quedó pensativo. De repente, fijando los ojos en don Manuel, le preguntó:

—¿Se acuerda de Dolores Otero?

Don Manuel se puso de pie.

—¿Dolores Otero? ¿Cómo sabe ese nombre? —la agitación de don Manuel era notable.

—Hace muchos años usted guarda ese secreto, y piensa que nadie más en el mundo lo sabe.

—¿Cómo llegó usted a saberlo?

—Ahora se lo diré... Le propongo un trato: usted sabe una parte de esa historia. Cuéntemela, y yo le contaré lo que sé, que es mucho más.

—No tengo inconveniente, compadre, antes me alegro de hallar al fin una persona de toda mi confianza, con quién poder hablar de esos tristes recuerdos.

—Hace de eso veinticinco años, pero todo lo recuerdo con tanta viveza como si hubiera sucedido ayer. ¿Conoció a don Henrique de Caicedo?

—Sí, compadre, lo conocí, pues apenas hará diez años que murió. Don Henrique de Caicedo era mi primo. Hacía estudios de Derecho en la ciudad de Quito, y cuando ya estaba próximo a coronar su carrera, vino aquí de paseo en unas vacaciones. ¡Qué talento tan claro y qué corazón tan magnánimo! Lo tenía todo. Jamás alguien ha ejercido sobre mi espíritu una influencia más grande. Yo lo amaba como si fuera mi hijo. Había entonces en Cali, en el barrio del Gran Padre San Agustín, una muchacha hermosa pero plebeya, llamada Dolores Otero, los pocos que la conocían le habían dado el sobrenombre de *la Flor del Vallano*.

«Mi primo conoció a Dolores Otero una tarde —continuó don Manuel— y la pasión que sintió por ella fue la más violenta que haya dominado jamás el corazón de un hombre. Ella no tenía madre, y su padre, que andaba en los sesenta y cinco años, estaba enfermo de reumatismo. Una criada vieja les servía, y no había otra persona en la casa. Era una familia pobre y vivía únicamente del trabajo de Dolores, que era la mejor costurera del barrio.

»Comenzó, pues, a perseguir a la pobre muchacha con su amor desesperado y loco, pero en esa mujer de escasos dieciocho años encontró una roca. Argumentos, ruegos, obsequios, promesas... todo fue inútil, y esa resistencia avivaba el fuego que lo devoraba.

»Una noche, cuando él pensaba haberla convencido con sus argumentos, ella le dijo que no insistiera más, que ella sabía cuáles eran sus virtudes y sus limitaciones y que las reglas de la sociedad jamás les permitirían una unión. Era una mujer orgullosa de su origen y su dignidad. Él se quejó de su insensibilidad y de lo poco que valoraba su amor. Ella le contestó que no era insensible sino realista. Conozco y acepto la posición que Dios me dio, dijo, y le confesó que había un joven carpintero que le había propuesto matrimonio, y que tal vez lo aceptaría porque era del gusto de su padre.

La lucha continuó por varios días hasta que consiguió vencerla, convinieron un matrimonio en secreto y él le prometió que al cumplir los veinticinco publicaría su enlace y la presentaría al mundo como su esposa legítima.

»Un amigo quiteño que regresaba de Santafé a Quito pasó a visitar a Henrique, que resolvió aprovechar para irse acompañado, porque ya habían terminado las vacaciones. Cuando Dolores supo que su amante se iría dentro de quince días, casi se muere.

»Una noche, estando yo en mi cuarto, se presentó Henrique acompañado del caballero quiteño y me dijo:

—He resuelto casarme con Dolores.

—¿Casarte con Dolores? —exclamé asombrado— ¿Estás loco? ¿Piensas siquiera en lo que dices?

—Lo tengo bien pensado y es cosa resuelta. El favor que te pido es que me sirvas de padrino.

»Al oír esto, salté de mi asiento como un resorte.

—Ahora sí no me queda duda de que has perdido el juicio —le dije—. ¿Autorizar con mi presencia semejante despropósito? ¡Jamás!

—Oiga usted, primo, me dijo con la mayor dulzura. Yo quiero que mi casamiento se haga en secreto, porque mi madre, moriría de pesadumbre si llegara a saberlo. No quiero que intervenga mujer alguna, porque con una que lo sepa, aunque sea con el carácter de madrina, bastará para que lo sepa todo el mundo.

—Pero ¿cómo es que temes que tu madre muera al saberlo ahora, y no temes que muera más tarde cuando al fin lo sepa?

—Yo he resuelto casarme ahora, ir a Quito a coronar mi carrera, regresar dentro de un año, y entonces recoger a mi esposa y trasladarme con ella a Quito, llevándola en secreto. Allá será bien recibida. Usted sabe que tengo patrimonio propio.

—Haz lo que quieras, yo no me meto en tus calaveradas.

—Bien, primo, adiós —dijo, y diciendo esto, se volvió a su compañero—: vamos, Juan, cualquier vecino que hagamos levantar de la cama, será el otro testigo.

—Espérame, Henrique —le dije. No se dirá que te niego el único favor que hasta hoy me has pedido.

»Nos dirigimos al barrio de la Ermita; en un caserón viejo que tiene un balcón, vivía el padre Andrade, un anciano sacerdote. Tocamos suavemente en el portón y él mismo, que nos había visto desde el balcón, nos abrió la puerta. Estaba esperándonos. Mi primo le había rogado que lo casara, encargándole el secreto y diciéndole que tenía todas las dispensas. El padre tomó su sombrero y su bastón, y envuelto en su manteo siguió con nosotros por la calle de San Agustín abajo. Llegamos a casa de Dolores. La

ceremonia se hizo de inmediato. Antes de retirarnos, Henrique le dijo a su futura esposa:

—Este matrimonio no se sabrá por boca del padre que es persona de toda confianza, ni por los padrinos que son caballeros y han prometido guardar el secreto, ni por mí, que no lo publicaré sino en tiempo oportuno. El único peligro está en ti misma: ¿me juras por la salvación de tu alma no revelarlo a nadie, en ningún caso, hasta que yo lo publique? Ella contestó mansa y dulcemente: “Sí, lo juro”. Ahora, dijo mi primo, quedo tranquilo. Quince días después partió para Quito.

»Un poco más de ocho meses haría que mi primo había partido, cuando un día, estando en la mesa, me dijeron: hoy ha muerto una de las jóvenes más hermosas de Cali, la llamaban *la Flor del Vallano*. Dicen que murió de reumatismo. Indecible fue el terror que me causó semejante noticia, pensando en mi pobre primo.

»Mi terror creció cuando un mes después llegó mi primo. Estuvo a poco de volverse loco, no volvió a enamorarse de mujer alguna, y su tristeza lo acompañó hasta la tumba.

»Decidió viajar a España. En vísperas de su partida, montó en un caballo brioso, y corriendo por la calle de Nuestra Señora de las Mercedes, al doblar una esquina, fue lanzado por el caballo contra el empedrado de la calle. Y eso es todo lo que yo sé, compadre. ¿Qué es lo que usted sabe?

Capítulo XXVI

El resto de la historia

—Voy a satisfacer su curiosidad —dijo el padre Escovar—. El padre Andrade murió hace cinco años. En los últimos días de su enfermedad yo iba por las tardes a visitarlo. Una tarde me dijo: “Vengo a contarle un hecho grave, que ha sido hasta hoy un secreto: don Henrique de Caicedo se casó en secreto, hace como dieciocho años, con una muchacha mestiza, del Vallano, llamada Dolores Otero. Yo los casé. Recibí un pliego de don Henrique y sin leerlo lo guardé. Al fin del mes quise entregar ese pliego a un sacerdote de la curia para que asentara la partida de matrimonio en los libros parroquiales. Al abrirlo encontré las dispensas, pero no tenía la licencia del párroco Nagle, que era indispensable para la validez del matrimonio. Esto me mortificó muchísimo, porque comprendí que yo había cometido una gran falta. Por fortuna para mí, la cosa era fácil de remediarse. Resolví esperar a que volviera, pero la desgracia quiso que la muchacha muriera a los ocho o nueve meses. Cuando don Henrique regresó, solo encontró la tumba de su esposa, pero yo sé que Dolores no murió de reumatismo sino a consecuencia de parto: ella dio a luz un niño”.

—¿Un niño? —repitió don Manuel, alzándose violentamente del asiento— ¿Y en dónde está ese niño?

—Ese niño —contestó tranquilamente el padre Escovar— murió con su madre.

—¡Qué desgracia! —murmuró don Manuel, dejándose caer desalentado en la silla.

—Fue mejor así, compadre. Ese niño no tenía padre legítimo, ya que el matrimonio de sus padres fue nulo.

—Se equivoca —replicó don Manuel—. Ese niño era hijo legítimo de Henrique de Caicedo. Si a ese matrimonio le faltaba una licencia, cuyo requisito mi primo ignoraba, él lo habría revalidado si Dolores no hubiera muerto. Ojalá viviera ese niño, hoy yo no dudaría en reconocer su sangre.

—Me alegra que piense con tanta generosidad, compadre. Siendo así, puedo contarle con franqueza toda la verdad: ese niño vive.

—¿Vive? ¿En dónde está?

—Está aquí, en su casa. Ese niño es Daniel.

—¿Daniel? —repitió don Manuel asombrado. Y dirigiéndose a la puerta gritó—: ¡Daniel, Daniel!

—Espere un poco, compadre, no se precipite, me falta decirle cómo sé que Daniel es hijo de don Henrique de Caicedo y de Dolores Otero.

—Basta con que usted lo asegure.

—No, compadre, oiga. Doña Mariana Soldevilla, que es quien ha criado a Daniel y de quien he sido siempre consejero, era madrina de Dolores y fue quien la asistió en el parto. Dolores le entregó el niño, al nacer, tarde de la noche, rogándole se lo llevara consigo, y le entregó también un paquete de cartas para que se las guardara, si acaso se empeoraba. Le rogó encarecidamente le guardara el secreto, hasta que el padre del niño viniera por él, si

ella moría. Pero no le dijo que era casada ni quién era el padre de esa criatura. Al día siguiente murió. Todos creyeron que había muerto de reumatismo, porque ella había fingido tener esa enfermedad, diciendo que era dolencia común en su familia. Hacía esto para estarse en la cama y ocultar su vientre.

El padre Escovar le entregó un paquete de ocho cartas.

—Estas cartas son de mi primo... esta es su letra... pasaron por mi mano a la de Dolores, pues venían con las que él me escribía. Sí, son las mismas. Aquí está el seudónimo con que él firmaba, porque así habían convenido.

—Esta es la historia —concluyó el padre Escovar—. Daniel es, pues, hijo legítimo de un noble y por consiguiente es noble, puesto que según nuestras leyes, la nobleza la da el varón.

Cuando el padre acabó de pronunciar estas palabras, ya don Manuel, estaba en la puerta, y abriéndola, dijo:

—Roña, di a Inés y a Daniel que vengan.

Don Manuel estaba muy emocionado. Un instante después entró Daniel. Don Manuel lo abrazó y luego se puso a contemplarlo con una ternura que jamás había sentido, y terminó con los ojos llenos de lágrimas. Acaba de caer en cuenta del parecido de Daniel y su primo Henrique. Entonces comprendió por qué le había simpatizado tanto ese muchacho desde el primer día.

—Siéntate, Daniel —le dijo—, tenemos que hablar.

A ese tiempo fue entrando Inés. Sería, pálida, impasible. Ya nada en el mundo le importaba nada.

—Inés, ¿es verdad que quieres casarte con Daniel?

Inés se alarmó, se puso todavía más pálida y contestó con voz temblorosa:

—¿Quién ha dicho eso? Mi... única intención es... hacerme monja...

Apenas terminó la frase comprendió que estaba mintiendo, y lo peor es que era una mentira inútil que solo servía para partirlle el corazón a Daniel. Entonces, se quebró, no pudo resistir más y rompió en llanto cubriéndose el rostro con el pañuelo. Don Manuel la dejó llorar, y le dijo a Daniel:

—¿Y tú también lo negarás? ¿O es verdad que quieres casarte con Inés?

Daniel que tenía ya el valor que puede dar la sobrevivencia militar y que en ese momento lo atormentaba ver a Inés llorando sin poder consolarla, contestó:

—Yo no aspiro a casarme con ella, porque no la merezco. Si la mereciera y ella me amara, me casaría ahora mismo aunque me fuera la vida en ello.

—Compadre —exclamó don Manuel volviéndose al padre Escovar— oiga cómo contesta este muchacho. No hay duda, es mi sangre, la reconozco.

—Daniel, acabo de saber por mi compadre Escovar quiénes fueron tus padres. Eres hijo legítimo de un gran hombre, de mi misma familia, y llevas un apellido ilustre unido a una gran fortuna. Ahora puedes escoger la esposa que quieras. No será ciertamente tan hermosa ni tan arrogante como Inés. Eso no, yo soy justo, pero buscaremos una que se le asemeje entre lo más selecto de Cali. Ninguna señorita, quienquiera que sea, te negará su mano. Yo mismo seré quien la pida. No te aflijas porque Inés no quiera casarse contigo.

—Sí, sí quiero —dijo doña Inés en voz baja enjugándose las lágrimas.

—Ya sabía yo que solo una gran contrariedad podía arrojarte a un claustro. Pero esa actitud te dignifica y ahora te quiero mucho más. Ven acá, Daniel. Inés, dame tu mano.

Daniel iba abriendo más sus ojos por cada frase que escuchaba, no entendía nada, estaba conmocionado, le parecía que no era real lo que estaba escuchando. ¿Hijo de un pariente del alférez? ¿Una gran fortuna? ¿Elegir la esposa que quisiera? ¿Oyó bien? ¿Inés había dicho “Sí, sí quiero...”? Eran muchas emociones para un mismo día.

Cuando tomó la blanca y pequeña mano de Inés, Daniel había llegado al límite de sus emociones, pero aún tuvo que hacer de tripas corazón, mantener la compostura y ahogar un grito de alegría.

—Daniel, yo te otorgo la mano de mi ahijada Inés de Lara y Portocarrero. Inés, hija mía, jamás pensé que llegaría a darte un esposo con tantas virtudes. La voluntad de mi compadre don Sebastián queda cumplida. Te casarás en el mes entrante, el mismo día en que debías partir para el convento.

Daniel se inclinó y besó la mano de Inés primero y después la de don Manuel.

Esos dos jóvenes, que habían entrado allí pálidos y abatidos, estaban encendidos de felicidad, tocaban el cielo.

Volviendo Daniel de su arrobamiento, y tratando de entender un poco todo lo que estaba sucediendo, le preguntó a don Manuel:

—¿Señor, quiénes son mis padres?

—Ya lo sabrás, mi compadre te lo explicará todo.

—Pero ¿mi apellido? Dígame siquiera mi apellido.

—Tu apellido es Caicedo.

—¡Caicedo! —exclamaron al tiempo Inés y Daniel.

—Sí, Caicedo. Eres mi primo.

—¡Pero... esto es un milagro! —dijo Daniel hecho un manojito de nervios.

—¿Es verdad que también tengo fortuna?

—Sí, tienes un caudal igual al de Inés.

—En ese caso, quiero pedirle un gran favor. Tome de ese caudal lo necesario para obtener la libertad de Fermín.

—Bien. ¡Desde este momento Fermín es libre!

Daniel no pudo retener esta noticia ni un segundo más, y salió al corredor y lo llamó.

Cuando Fermín entró en el cuarto, don Manuel le dijo:

—Fermín, eres libre desde hoy. Daniel te da la libertad. Fermín se quedó como una estatua, tal fue el asombro que le causó la súbita noticia. Tratando de sobreponerse, repitió:

—¿Libre?

—Sí, libre —contestó don Manuel.

—¿Y mi madre? —preguntó con timidez.

Al oír esto, don Manuel lo miró fijamente hasta que Fermín tuvo que bajar los ojos.

—Bien. Yo le doy la libertad a Martina. Bastante me ha servido y bien la merece. Mañana otorgaré la escritura para ambos.

Fermín salió corriendo como un loco a contarle a su madre, y luego fue con la noticia a donde Andrea.

—Ya soy libre, Andrea —le dijo—. Ahora solo trabajaré para librarte a ti.

—No es necesario —contestó Andrea—, la señorita Inés me ha prometido darme la libertad el día que yo quiera.

—Dile, pues, que ya es tiempo. Desde hoy está en tu mano el que seamos completamente felices.

—Pero ¿cómo es eso que eres libre?

—No sé qué sucedió allá adentro, algo muy grande debió ser, porque las caras que vi, ¡nunca las había visto!

Don Manuel dejó a Daniel y a Inés en su cuarto con el padre Escovar y salió a contarle a doña Francisca y a sus hijas la buena nueva de la fortuna de Daniel y de su matrimonio con Inés, noticia que ellas recibieron con júbilo y una alegría de fiesta patronal.

—Ya ves, Daniel —le dijo el padre—, que la Providencia no te abandona.

—Yo nunca dudé de ella, señor, y siempre, siguiendo sus consejos: *“ponía mi labio en el polvo por si acaso había esperanza”*.

En la casa de Fermín rebosaba la alegría y la celebración. Ebrio de contento, bailaba un bambuco imaginario alrededor de su madre.

—Pero, madre —le decía—, ¿qué ángel del cielo ha hecho que de un momento a otro cambie nuestra suerte?

Martina le contestó con serenidad:

—No seas simple, hombre, qué ángel ha de ser sino el padre. Jamás ha venido aquí que no haya sido para nuestro bien.

—Es lo que yo digo —decía don Juan Zamora después de que supo la noticia del matrimonio—, no es posible hallar una pareja más linda. ¡Parecen sevillanos!

Epílogo

En los días siguientes, don Manuel pasó contándole a Daniel con apasionado entusiasmo quién fue su padre. Doña Mariana, por su parte, le explicó quién había sido su madre, y le habló de todas sus virtudes.

Daniel se sentía enamorado de sus padres y pensaba en ellos con la veneración más profunda... Se acordó del pobre maestro Saucedo, a quien él había visto llorar por esa misma Dolores, *la Flor del Vallano*, bajo la arboleda de Catayá.

En el mes de julio siguiente, en el mismo día que estaba señalado para que la enamorada novicia marchara al convento del Carmen, se celebró el matrimonio de don Daniel de Caicedo con doña Inés de Lara y Portocarrero, en la capilla de la hacienda; el reverendo padre fray José Joaquín Escovar les dio la bendición nupcial, con licencia escrita del doctor Juan Ignacio Montalvo, que era a la sazón cura de Cali. Don Manuel y su esposa fueron los padrinos.

El banquete de bodas, suntuoso y digno de la riqueza y linaje de la familia, fue servido en el gran salón del piso alto, destinado para ese tipo de fiestas, y asistieron a él los caballeros y las señoras más notables de la nobleza caleña. La fiesta fue espléndida; el movimiento en la hacienda era parecido al de un enjambre

de abejas; los criados tuvieron vacaciones desde la víspera; los novios, la familia de don Manuel y él mismo, ostentaron lujos; don Juan Zamora fue invitado y estuvo muy locuaz y divertido como legítimo andaluz.

Doña Josefa y doña Gertrudis querían que hubiera baile, pero ninguna se atrevió a hacerle tal petición a don Manuel. Daniel se estableció en Cali con su esposa y se dedicó a la carrera de comerciante, que había sido la de su suegro, y trató de aumentar su fortuna por medio de los números.

Doña Mariana se encargó de la casa, auxiliada por Martina; Fermín y Andrea se casaron; el primero quiso ser siempre el paje de Daniel; y la segunda, libre ya, la recamarera de doña Inés. Don Manuel alcanzó una venerable vejez; y al final de su vida recibió del rey Carlos IV la señalada distinción de ser nombrado caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, que se concedía únicamente a la virtud y al mérito, como lo decía su divisa: *Virtuti et merito*.

Pero el alférez real, que a consecuencia de su avanzada edad había dado en varias extravagancias, de las cuales todavía se recuerdan algunas recogidas de los ancianos, a fin de hacer una fiesta la más pomposa posible el día que se cruzara caballero, mandó hacer en Quito la oblación y los dulces del brindis; y mientras estaba esperando esa pesada encomienda, murió cristianamente sin haber hecho la ceremonia, en el año de 1808. En Cali, siempre que se habla del alférez real, se entiende que es de don Manuel de Caicedo y Tenorio, pues aunque hubo muchos antes que él y otro después, a él se le da en la ciudad ese título por antonomasia.

Doña Francisca murió mucho antes que don Manuel. El padre Escovar se afilió desde un principio entre los patriotas; predicó la independencia al pueblo caleño en la plaza pública;

fue vicepresidente de la Primera Junta Revolucionaria de Cali; y al fin fue preso y enviado a España. Al cabo de los años alcanzó la libertad, y cuando venía en camino, ansioso por volver a respirar los aires de su valle, al llegar a Acapulco, en México, entregó su alma a Dios. Es seguro que al expirar, como Antor en Virgilio, pensaría en su querida patria: *Et dulces moriens reminiscitu Argos* (de su amada Argos al morir se acuerda).

Por último. Don Juan Zamora hizo una pequeña fortuna, y regresó a Sevilla. Se cuenta que al despedirse de su patrón le dijo estas palabras: “Don Manuel, me duele en el alma separarme de usted porque no he conocido jamás un hidalgo más caballero ni más cumplido, pero es lo que yo digo, ya estoy envejeciendo y debo volver a mi tierra, para morir allá en las orillas del Guadalquivir”. Seguramente Inés y Daniel tuvieron hijos y sus descendientes deben andar por ahí, bajo el sol de este Cali. Lo cierto es que son muchos los individuos que en Cali llevan el apellido Caicedo.

Con el ánimo de seducir lectores jóvenes (o impacientes), la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo presentan esta adaptación de *El alférez real*. En sus páginas el lector conocerá cómo eran los trabajos y los días, el amor y las costumbres en la Cali de finales del siglo XVIII.



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA
Y TURISMO

Construyendo hoy
la Cali del mañana

ALCALDÍA DE CALI